



# Locura salvaje

Brianne  
Miller



**Locura**

**Salvaje**

**Brianne Miller**

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición:

Título original:

© año autor

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

Imágenes de portada:

Imágenes de portada:

ISBN-13:

ISBN-10:

# **Introducción**

## **Prólogo**

## **Capítulo 1**

## **Capítulo 2**

## **Capítulo 3**

## **Capítulo 4**

## **Capítulo 5**

## **Capítulo 6**

## **Capítulo 7**

## **Capítulo 8**

## **Capítulo 9**

## **Capítulo 10**

## **Capítulo 11**

## **Capítulo 12**

**Capítulo 13**

**Capítulo 14**

**Capítulo 15**

**Capítulo 16**

**Capítulo 17**

**Capítulo 18**

**Capítulo 19**

**Capítulo 20**

**Capítulo 21**

**Epílogo**

# Introducción

En la Escocia del siglo XII, una joven bruja se enamoró de Mikael, campesino de la casa Bruce, un clan procedente de Kincardine. La joven se desvivía por agradarle, por llamar su atención, pero él solo tenía ojos para la hija menor de su laird, y se conformaba con amarla en la distancia.

Las dos mujeres eran polos opuestos. Mientras que la hija del laird era una mujer menuda, con el cabello del color del trigo y los ojos del azul intenso del mar, la joven hechicera era alta, curvilínea, con una melena rizada de azabache fundido que le rozaba los muslos y los ojos de color miel. Mientras la una dedicaba su tiempo a suavizar su piel y cuidar su cabello, la

otra debía ocuparse del huerto para poder sobrevivir.

Cuando la bruja confesó a Mikael el amor que le profesaba, fue rechazada de forma delicada, pues el muchacho tenía un gran corazón y no quería hacerle daño. Pero ella no fue capaz de entenderlo, y cegada por el resentimiento y la pena, le lanzó una maldición:

*En las noches de luna llena tu cuerpo se cubrirá de pelo blanco como la nieve, y cada una de tus extremidades será transformada en garras. Te retorcerás entre espasmos de dolor hasta transformarte en una fiera, para que la amada hija de tu laird te tema y no pueda ser tuya jamás.*

El muchacho comenzó la transformación. Sus cara mutó hasta poseer un poderoso hocico dotado con hileras de dientes letales, y sus

brazos y piernas se convirtieron en enormes zarpas de cinco dedos con enormes uñas de felino. Su cuerpo se cubrió de pelo blanco atigrado, la columna vertebral se le curvó, y de su garganta surgió el rugido que durante siglos los enemigos de los de su especie han tenido el atino de temer: el primer weretiger, un tigre albino con el doble de tamaño de un tigre común.

Por suerte, la inexperiencia de la hechicera hizo que el proceso no fuese doloroso como ella había vaticinado, por lo que dicha maldición no fue tan terrible como ella deseaba. Mikael descubrió que, aunque en las noches de luna llena era irremediable la transformación, también era capaz de mutar a voluntad. Vio su nuevo estado como un don, no como una maldición, y utilizó su nuevo poder para proteger



a los Bruce de los ataques de otros clanes, convirtiéndose en guerrero, ganándose el respeto de todos y el amor de la mujer de sus sueños.

Y así, en las noches de luna llena, los descendientes del guerrero maldecido sufren una maravillosa transformación. Cada uno de ellos se convierte en un felino salvaje, y tal como hizo su antepasado, han usado siempre su poder para hacer el bien.

En cada generación nace un solo albino. Él es el elegido para ser el monarca, para guiar a los suyos en su lucha contra el mal. Pero en la última generación algo ha cambiado. Blake Bruce, descendiente directo de Mikael, ha engendrado dos albinos: Nahuel, el tigre albino, y Gabriel, la pantera blanca. Por orden de nacimiento le corresponde reinar a su

primogénito, Nahuel. Pero el destino le tiene reservada a Gabriel, dos años menor, una misión que no será capaz de rechazar.

## Prólogo

Blake Bruce temblaba mientras leía la carta que a duras penas sostenía entre los dedos. Ya la había leído dos veces, y aún no podía creer lo que estaba leyendo. El momento que más había temido se acercaba. Pensó que jamás tendría que decirles a sus hijos toda la verdad, pero por desgracia se equivocaba. En ese momento, Yvaine, su esposa, entró en la habitación y puso las manos sobre sus hombros.

—¿Qué ocurre? —preguntó— Estás demasiado pálido y serio.

—Llegó el momento, cariño —contestó él pasándole la carta.

Su esposa abría los ojos a cada frase que

leía, y terminó con los ojos anegados en lágrimas. Se dejó caer sobre la silla que tenía a su lado, y la carta cayó sobre la falda de su vestido de Armani con cuidado.

—¿Cómo vamos a decírselo? —preguntó con un suspiro.

—Yo me encargaré.

—Va a odiarnos el resto de su vida, Bruce.

—Gabriel sabe cuál es su deber. Lo entenderá.

Cien años atrás, las cosas no eran como hoy en día. Ahora podían convivir dos albinos en una misma familia, pues él se había encargado de cambiar las leyes, pero su padre no fue capaz de hacerlo. Blake tenía un hermano, un hermano albino. Los dos jóvenes eran idénticos tanto en

su forma humana como en su forma animal, aunque Duncan era cuatro años menor que él. Pero en aquella época las leyes antiguas determinaban que el último albino en nacer en una misma familia debía morir para no poner en peligro el liderazgo de la manada, así que su padre tuvo que tomar una dura decisión. Incapaz de condenar a su pequeño, mandó a Duncan en un barco rumbo a América bajo la tutela de su mano derecha y capitán de su guardia, Kendrick McDougal. Su hermano había vivido siempre alejado de los suyos, deseando volver a su país, pero cuando él tomó el mando de la congregación, Duncan ya había formado una familia en Estados Unidos, y no quiso volver a Escocia.

Cuando Kendrick llegó a su destino, Nueva York, descubrió que allí lo weretigers no

estaban organizados como en Escocia, y por tanto eran vulnerables a los ataques de otras especies. Él se dedicó a reunirlos, a formar una nueva congregación, que acogió a Duncan como su nuevo monarca cuando tuvo la mayoría de edad. Había sido un gran rey durante todos estos años, firmando alianzas con los licántropos para proteger a los humanos de los vampiros, que eran muy numerosos en aquella ciudad. Poco a poco la paz reinó entre los suyos... pero ahora se avecinaban problemas.

Duncan volvía a Escocia, su casa, porque necesitaba la ayuda de sus hermanos. Le explicó en líneas generales que el problema era un nuevo demonio, muy parecido a Sammael, pero él se sentía muy viejo y cansado como para enfrentarlo. Su congregación no era guerrera, como la de Nahuel. Su misión de defender a la

humanidad se limitaba a los acuerdos, al papel. Sus hombres estaban desentrenados, y los licántropos ya tenían suficiente con los vampiros como para lidiar con otro monstruo más.

Blake sabía muy bien a qué venía su hermano. Duncan había tenido dos hijas con una humana, y ninguna poseía los genes de sus antepasados. Duncan necesitaba un heredero, y ese título pertenecía a Gabriel. Blake se puso de pie con un suspiro y extendió la mano hacia su mujer.

—Vamos, cielo, tenemos que decirle a los chicos que su tío vuelve a casa.

—¿Vas a hablar con Gabriel ahora?

—No, esperaré a que llegue mi hermano.

Nahuel llegó a la sala de reuniones llevando en brazos a Mikael, su primogénito.

Sonrió al ver a su nieto gorjear tirando del pelo de su padre. Era el juguete de la familia, el primer descendiente de la actual generación. Como cabía esperar, poseía el gen albino, pero Mikael era único en su especie. Al ser su madre humana, lo normal era que el pequeño no hubiese sufrido su primera transformación hasta la pubertad. Aún cuando ambos padres eran weretigers, las crías no conseguían mutar hasta dar sus primeros pasos. Pero Mikael se transformó en lince en los brazos de su madre nada más nacer. No había constancia de ningún caso anterior, por lo que todos creían que él sería el encargado de terminar con la maldición.

Con su primer diente y aún balbuceando sus primeras palabras, el pequeño Mikael era una copia exacta de su padre. El pelo caía con gracia sobre su frente en suaves rizos, y los ojos



de los Bruce miraban embelesados a su padre, que le hacía carantoñas para que riera. Sus mofletes rosados cubiertos de babas dejaban asomar un par de hoyuelos cuando sonreía, y sus bracitos rechonchos sostenían su juguete preferido: un tigre de peluche.

A los pocos minutos entraron en la habitación su hijo Gabriel y su nuera Aileana. La elegida. La marca de nacimiento de su muñeca apenas se notaba ya, debido a que Sammael había sido borrado de la faz de la tierra el año anterior. La muchacha había sido puesta en el camino de su hijo por culpa del demonio, que la eligió para perpetuar su especie, cosa que por suerte no consiguió. Aileana le hacía mucho bien a la familia, era un soplo de aire fresco para todos ellos. Era fantástica como esposa, como madre... pero sobre todo como reina. Entendía

perfectamente a su hijo. Aileana le hacía sentir más joven, y el amor que se profesaban suavizaba el carácter de Nahuel siempre que ella estaba cerca.

Miró entonces a su hijo menor, del que pronto tendría que despedirse. Mientras Nahuel era fuerte, poderoso, todo un guerrero highlander, Gabriel era varonil, pero de rasgos suaves. Sus músculos apenas se perfilaban bajo la camisa de seda negra que llevaba puesta, pero todos sabían que su fuerza era equiparable a la de su hermano. Sus ojos eran del mismo azul intenso que los de Nahuel, y llevaba el pelo rubio de punta. Lo que más llamaba la atención de sus rasgos era su sonrisa. Cuando sonreía, se marcaban dos hoyuelos en sus mejillas, y sus ojos quedaban reducidos a dos pequeñas rendijas de luz en su cara.

Pero su mayor belleza quedaba de manifiesto cuando se convertía en felino. Una pantera albina con los ojos más azules y cristalinos que había visto en su larga vida. Su pelo era suave como la seda y de un blanco níveo, surcado de motas negras. Sus movimientos eran gráciles y silenciosos. Gabriel era sigiloso como ninguno de sus compañeros... rápido y mortal. Iba a echarle terriblemente de menos, pero sabía que no había otra solución. Aunque su corazón se rompiera en mil pedazos, el destino de su hijo menor estaba marcado, y él no podía hacer nada para remediarlo.

—Papá, ¿ocurre algo? —preguntó Nahuel

— Llevas un bien rato perdido en tus pensamientos.

—Hay algo que debo decir, y debería haberlo hecho hace mucho tiempo. ¡Dios! No sé

por dónde empezar...

—Es muy fácil, papá —bromeó Gabriel—. Empieza por el principio.

—Gabriel, no es momento de bromear —le regañó su madre.

—Sabéis que antes de mi reinado existía una ley por la cual si en una familia nacían dos monarcas, uno de ellos debía morir —comenzó Blake.

—Gracias por abolirla —dijo Gaby acariciándose el cuello instintivamente—. Era mi cuello el que corría peligro.

—Si abolí esa ley fue porque antes que vosotros ya se había dado esa condición en mi familia. Mi madre también tuvo dos albinos.

—¿Por qué nunca nos dijiste nada? —preguntó Nahuel.

—Porque nadie debía saberlo.

—¿Por qué? —preguntó Aileana— Creo que a toda la familia le habría gustado saber dónde se encuentra enterrado tu hermano.

—Mi hermano no ha muerto. Mi padre fue incapaz de hacerlo.

—¿Y dónde está ahora? —preguntó Nahuel.

—Duncan fue enviado a Nueva York con su hombre de confianza. Allí las cosas no eran como en Escocia, y los weretigers estaban dispersos por la ciudad. Él se encargó de reunirlos en una congregación, y le aceptaron como su monarca. Para cuando abolió la ley ya había formado su propia familia allí, y ya no tenía mucho sentido que volviese a Escocia.

—¿Por qué nos lo cuentas ahora, papá?

—preguntó Gabriel.

—He recibido una carta en la que me avisa que vuelve a casa porque necesita nuestra ayuda. Sabremos más en cuanto llegue.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó Nahuel.

—Si todo va según lo esperado, llegará mañana por la noche.

—Muy bien —dijo Leah levantándose—. Voy a prepararlo todo para que el tío Duncan se sienta como en casa. ¿Me ayudas, Yvaine?

—Claro —dijo la aludida saliendo detrás de ella.

—Yo también me voy —dijo Gaby estirándose en su silla—. He quedado con Adry para echarle una mano en la clínica, que con la gripe está hasta arriba de trabajo.

Cuando su hermano salió de la habitación, Nahuel se sentó junto a su padre, mirándole serio.

—Hay algo más que no nos has contado, ¿verdad?

—Me temo que sí, hijo. Ha aparecido en Nueva York un nuevo demonio, por lo que dice mi hermano muy parecido a Sammael, y él no está preparado para enfrentarlo.

—¿Quiere que vayamos a echarle una mano? Estupendo, que nos estamos oxidando desde que terminé con ese maldito demonio.

—Por desgracia creo que es más que eso lo que quiere. Mi hermano solo ha tenido dos hijas con su mujer, y ambas son humanas.

—Joder... —susurró Nahuel sabiendo lo que eso significaba.

—Tu hermano no va a tomárselo nada bien, aunque sé que cumplirá con su deber.

—¿Te preocupa que no pueda con ello?

—Me preocupa que esté solo, en una ciudad nueva, con un montón de weretigers extraños que posiblemente han soñado con el puesto que él va a heredar.

—Gaby es fuerte, papá, mucho más de lo que crees. Podrá con ello, estoy seguro.

—Eso espero, Nahuel, porque no estaré allí para apoyarle.

—Él sabe que si me necesita me tendrá allí lo antes posible. Y tiene al tío Duncan, no estará solo.

Su hijo salió del despacho dejándole solo con sus pensamientos. Esperaba que lo que se avecinaba para su hijo no fuese nada comparado



con Sammael, porque de ser así Gabriel iba a tener serios problemas. Sin un equipo de defensa preparado, su congregación sería vulnerable, y él solo no sería capaz de terminar con la amenaza.

Unos golpes en la puerta lo sacaron de su ensimismamiento. Su sobrina Ithuriel cruzó el umbral con el pequeño Mikael en brazos.

—Tío, ¿puedes quedarte con él un momento? Leah y la tía están muy ocupadas y el pequeño demonio no deja de hacer trastadas.

—A ver qué le pasa a mi pequeño.

Cogió al niño en brazos, que empezó a balbucear y a jugar con su corbata, y todas las preocupaciones y tensiones acumuladas sobre sus hombros quedaron relegadas a un segundo plano. Su pequeño lince era su debilidad, le hacía sentirse más joven, más vivo. Se tumbó con él

en la alfombra y pasó toda la tarde entre risas y juegos.

Gabriel llegó a la clínica de su primo Adriel media hora después. En cuanto entró en la consulta, se puso su bata y comenzó a auscultar a un pequeño aquejado de fiebre.

—Muy bien, jovencito —dijo colgándose el escalpelo al cuello—. Te has portado muy bien.

Sacó del bolsillo de su bata una piruleta y se la entregó al pequeño, que sonrió encantado. Seguidamente, abrió con llave una vitrina a su espalda y sacó un par de frascos de medicamento, que entregó a la madre del pequeño.

—Señora Mathews, su hijo tiene gripe,

como usted sospechaba. Dele este jarabe si le sube la fiebre, y estas pastillas son para contrarrestar los síntomas. Si empeora tráigalo de inmediato, ¿de acuerdo?

—Muchas gracias, señor Bruce. De no ser por ustedes no sé qué habría sido de mi hijo.

—No pienses en eso, mujer. Y tú, pequeñajo, más te vale que le hagas caso a tu madre y te quedes en la cama un par de días, o te llevaré a mi casa y te echaré a los tigres para desayunar.

—¿Tiene tigres, señor Bruce? —preguntó el pequeño con los ojos como platos.

—Y panteras, y leones... tengo muchos animales salvajes, así que hazle caso a mamá.

Cuatro horas después, Adriel y él se preparaban para salir.

—¡Dios, estoy molido! —exclamo Adry estirando la espalda.

—A mí me ha venido muy bien desconectar. ¿Te has enterado de la última?

—¿Qué ha pasado?

—Resulta que tenemos un tío en Nueva York del que no sabíamos nada

—Espera, ¿qué?

—Lo que oyes. Por lo visto también es albino, y el abuelo le mandó a Estados Unidos para no tener que matarle.

—¿Y mi padre lo sabe?

—Pues no tengo ni idea. Desde luego el mío sí, y lo ha mantenido en secreto hasta ahora.

—¿Y por qué ahora? —preguntó Adriel poniéndose la chaqueta.

—Porque mañana llegará a casa. Viene a

pedirnos ayuda, así que lo más seguro es que en unos días vayamos todos de camino a la gran manzana para ayudarle a terminar con algún problema.

—¡Perfecto! Ya me hacía falta una buena pelea... Estoy empezando a oxidarme de no hacer nada.

—Hemos vivido tanto tiempo persiguiendo y luchando contra Sammael que ahora que no está nos falta algo, ¿verdad?

—Ahora nuestra herencia no tiene mucho sentido, tío.

—Nuestra misión es proteger a los humanos en la forma que sea. Aquí les ayudas más de lo que te imaginas, Adry. Todas estas personas no pueden permitirse pagar un buen seguro médico.

—Tienes razón. ¿Una cerveza?

—Qué va... Me voy a casa. Anoche no dormí demasiado bien, y necesito acostarme temprano.

—¿Vendrás mañana?

—No lo sé, tengo trabajo en la oficina. Vamos a abrir un nuevo hotel y tengo que encargarme de contratar al personal. Quiero ir echándole un vistazo a los currículums que me han enviado.

—Lástima... contigo el trabajo es menos complicado. Nos vemos en casa, entonces.

Gabriel vio alejarse a su primo en su moto y se fue a casa. El castillo Bruce estaba en silencio, y salió por la puerta trasera para llegar a su apartamento, una de las antiguas casas del guarda que había sido completamente

reformada. Se metió en la ducha y dejó que el agua caliente relajase sus músculos tensos debido a tantas horas de trabajo, y se metió entre las sábanas, sin saber que al día siguiente su vía daría un giro de ciento ochenta grados.

# Capítulo 1

Al día siguiente, Blake y Nathan fueron a esperar a su hermano al aeropuerto. Llevaban demasiado tiempo sin verse, más de ciento cincuenta años, y necesitaban pasar algo de tiempo con su hermano antes de enfrentarse al problema de Gaby.

El avión procedente de Nueva York aterrizó en ese momento, y ambos hermanos se acercaron a la puerta de desembarque a esperar al recién llegado. Su hermano había cambiado mucho desde la última vez que le vio, cuando aún era un crío, pero sin duda el parecido físico que se vaticinaba antaño seguía vigente en el hombre que en ese momento salía por la puerta.



Era extraño ver sus ojos, su nariz y su mentón en la cara de otra persona. Sus rasgos eran idénticos, incluso su complexión y su altura. Lo único que les diferenciaba era el corte de pelo, pero por lo demás podían hacerse pasar el uno por el otro.

En cuanto Duncan les vio, dejó caer al suelo la bolsa de viaje que traía en la mano y se fundió con ellos en un gran abrazo.

—Bienvenido por fin a casa, hermano — dijo Nathan entre lágrimas.

—No sabéis cómo necesitaba volver. Aún recuerdo el frío de Escocia, el olor del brezo o los bosques cubiertos de nieve.

—Me temo que esto ha cambiado bastante desde que te fuiste, pero te aseguro que sigue siendo el mejor país del mundo — añadió Blake con una sonrisa.

Recogieron el equipaje del recién llegado y pusieron rumbo a la casa familiar, el castillo de Bruce, perteneciente a la familia desde el siglo XVI. Yvaine les esperaba en la puerta con Leah, que llevaba en brazos al pequeño Mikael. Las dos mujeres estaban impacientes por conocer a Duncan y hacerle sentir como en casa.

—Ella es mi mujer, Yvaine —dijo Blake cuando se acercó a las mujeres—. Y ella, mi preciosa nuera Leah, la esposa de Nahuel.

—Bienvenido a casa, Duncan —contestó Yvaine.

—Encantada de conocerte —dijo Leah.

—¿Y quién es este pequeño lince? —preguntó Duncan al ver a Mikael convertirse en weretiger— Parece que el pequeño Mikael ha aprendido a transformarse demasiado ponto.

—Se convirtió en los brazos de su madre nada más nacer —aclaró Blake—. Es un caso único. Ven con el abuelo, campeón.

Leah puso al pequeño en brazos de Blake y ambas mujeres cogieron al recién llegado del brazo y le llevaron al salón principal. Duncan se quedó mirando las tres espadas *Claymore* que colgaban sobre la chimenea. Cogió la del medio, que llevaba las iniciales DB grabadas en la empuñadura.

—Parece que fue ayer cuando papá nos mandó hacer estas espadas —comentó—. Por desgracia tuvimos que marcharnos tan deprisa que la mía quedó olvidada en mi habitación.

—La encontré cuando mamá me contó lo que había pasado —contestó Nathan—. Estaba furioso, y fui a tu habitación porque no creía que te hubieras ido. La espada es lo único que quedó

con vida. La usé para hacer añicos todo lo que quedaba de ti.

—Yo también estaba furioso, Nat, no entendía por qué papá no cambiaba la maldita ley para que pudiera seguir viviendo con vosotros.

—Papá fue un cobarde —sentenció Blake—. Debería haber enfrentado a los ancianos y haber hecho que pudieras quedarte.

—Ya no hay marcha atrás, así que no merece la pena seguir lamentándose —dijo Leah—. Debes tener hambre, haré que sirvan la cena lo antes posible.

—Voy a asearme un poco antes, cielo. El viaje ha sido largo y necesito una buena ducha.

—Vamos, Duncan, te enseñaré tu habitación —dijo Yvaine.

Media hora después, Nahuel y Gaby se encontraron en el salón principal con el resto de la familia. En cuanto les vio llegar, Duncan se acercó a su sobrino mayor y le estrechó en un gran abrazo.

—Eres igual que tu abuelo, Nahuel. Tienes la misma elegancia y el mismo porte que él.

—Bienvenido a casa, tío Duncan. Aunque debo decir que has tardado demasiado en regresar.

—Las circunstancias no lo permitieron. — Se volvió hacia Gabriel—. Y tú debes ser Gabriel... Tienes los mismos ojos que tu madre —dijo abrazándole también—. Pero el color de los Bruce es inconfundible.

—Es un placer conocerte, tío, aunque no hemos sabido de tu existencia hasta ahora.

—Debo pedirlos disculpas por eso. Fui yo quien insistió a mis hermanos que no desvelasen mi existencia hasta que no fuera estrictamente necesario.

—¿Pero por qué? —preguntó Ithuriel—  
Somos tu familia.

—Mi situación en Nueva York no es ni por asomo como la vuestra aquí, en Escocia. Vosotros sois la ley, no hay nadie que intente medirse con vosotros, pero en Nueva York las diferentes especies luchan por llevar el mando.

—Podíamos haberte ayudado —protestó Uriel.

—Era mejor así. No podía abandonar mi puesto en la congregación sin saber qué ocurriría en mi ausencia, pero ahora por suerte cuento con el respaldo de los licántropos.

—Muy bien —dijo Nahuel levantándose—. Es hora de reunirnos con los demás y ver en qué podemos ayudarte.

El rey reunió a su congregación en la sala de juntas. Todos miraban intrigados a Nahuel, porque desde la desaparición de Sammael no se habían vuelto a reunir de esa manera, y la preocupación podía notarse en el ambiente. Como era costumbre, Gabriel se sentó a su derecha, y su padre a su izquierda.

—Os he reunido a todos aquí porque pronto van a ocurrir una serie de cambios en la congregación y mi deber es informaros de ello.

—¿Ocurre algo grave? —preguntó uno de los miembros más ancianos.

—Como ya sabéis —prosiguió el monarca— mi padre abolió la ley por la cual si en una misma familia nacían dos hijos albinos, el menor

de ellos debía morir. El motivo no fuimos mi hermano y yo, como todo el mundo cree, sino algo que se ha mantenido en secreto hasta ahora por seguridad.

Los murmullos llenaron el aire, pero Nahuel levantó la mano y en la sala volvió a reinar un silencio sepulcral.

—Nosotros no somos los primeros dobles albinos. Antes que mi madre, mi abuela dio a luz otros dos albinos, idénticos en su caso. Mi abuelo fue incapaz de asesinar a su propio hijo y le envió lejos para que viviera seguro. Él terminó haciéndose cargo de una congregación de weretigers en Nueva York, en la que reina desde hace más de cien años.

—Ahora mi hermano necesita nuestra ayuda —continuó Blake—, y ha viajado hasta aquí para que se la brindemos. Os presento a



Duncan Bruce, mi hermano pequeño.

La sorpresa dio paso a los murmullos de nuevo, debido al enorme parecido que existía entre los dos hermanos. Nahuel instó a su tío a colocarse en la cabecera de la mesa para explicar lo que ocurría.

—Hola a todos. Soy Duncan Bruce, rey de la congregación de Nueva York, y como podéis comprobar hermano de Blake y Nathan. Están ocurriendo cosas bastante graves en mi ciudad, y necesito vuestra ayuda.

—¿Necesitas que te ayudemos a conservar el trono? —preguntó Gabriel.

—No exactamente, hijo. Veréis... hace cosa de un mes la policía de Nueva York se encontró con un caso espeluznante. Tres chicas decidieron adentrarse en el cementerio de noche para demostrarse a sí mismas lo valientes que

eran. Por la mañana se encontraron a dos de ellas presas de un ataque de histeria, y la tercera joven apareció cubierta de sangre y completamente trastornada.

—Incluso yo le tengo respeto a los cementerios —comentó Ithuriel con un escalofrío—. No sabes lo que te puedes encontrar allí.

—Cuando interrogaron a las dos muchachas que aún permanecían lúcidas, lo único que atinaron a decir es que su amiga había entrado en un mausoleo antiguo, y que tras una serie de golpes y gritos, una de ellas entró y la encontró tirada en el suelo y cubierta de sangre, con el móvil entre los dedos.

—Por Dios bendito —suspiró Yvaine—. Pobre muchacha.

—La joven la dio por muerta, cogió el

teléfono y salió a correr despavorida, seguida por la muchacha que se había quedado fuera. Sintieron que algo enorme les seguía, pero no se pararon a mirar qué demonios era. Cuando consiguieron llegar a casa de una de ellas y echar el cerrojo, la chica que habían dejado en el mausoleo llegó aporreando la puerta y llamándolas a gritos.

Gabriel empezó a pensar en lo que podría ser aquello. Si era otro demonio como Sammael... Solo de pensarlo sintió un escalofrío.

—La policía descubrió en el móvil de la muchacha un vídeo en el que se veía una sombra enorme, y solo se escuchaban los gritos de terror de la pobre mujer. La chica está encerrada en un psiquiátrico, porque desde el incidente no ha abierto la boca para nada que no

sea gritar.

—¿Ha habido más ataques? —preguntó Nathan.

—Ha habido ya seis muertes, y todas de mujeres. Todas violadas y con el terror dibujado en la cara. Los humanos no relacionan este hecho aislado con las muertes, pero estoy seguro de que es la misma criatura.

—¿Han podido ser los vampiros? —preguntó entonces Nahuel— Tengo entendido que en Nueva York son una plaga.

—Ninguna de las víctimas ha aparecido desangrada. Además, los licántropos los mantienen a raya, ninguno de ellos se atrevería a desafiarles.

Su tío permaneció pensativo un momento.

—Hay algo que me llama la atención.

Todas sus víctimas son mujeres. La policía cree que es un psicópata, pero las chicas insisten en que lo que las perseguía no era un humano, sino un animal enorme.

—¿Y qué quieres que hagamos? — preguntó Adriel.

—Yo ya estoy viejo y cansado, y por si eso fuera poco creo que quieren destituirme. En mi congregación siempre hemos usado los tratados de paz, no las garras, y mis chicos están desentrenados.

—Hay otro problema —dijo Blake mirando a su hijo menor—. Duncan solo ha tenido dos hijas, y ambas humanas.

—Comprendo —contestó Gaby sabiendo lo que ocurría.

—Hijo... —Blake se acercó a él y le

cogió por los hombros—. Ninguno de los dos pensamos que este momento llegaría, y te aseguro que me duele tanto o más que a ti, pero debes cumplir con tu deber con la familia.

—Lo sé, papá. Lo haré.

—¿Pero qué ocurre? —preguntó Leah nerviosa.

—Nuestras leyes dictan que si en una congregación el rey no tiene un descendiente directo albino, el próximo en heredar el trono será el primer albino nacido en el seno de la familia —explicó Nahuel a su mujer—. Puesto que yo ya soy el rey aquí, le corresponde a Gabriel ser coronado rey en Nueva York.

—Pero...

—Es la ley, Leah —contestó Gaby—, no hay más que hablar. Iré a preparar mi equipaje.

Uno por uno los weretigers abandonaron la sala de reuniones, dejando sola a la familia. Gabriel fue el último en salir. A Nahuel se le partía el alma de ver a su hermano tan derrotado. Parecía haber madurado en tan solo unos minutos. Era enorme el peso que en ese momento soportaba sobre sus hombros, pero mantenía el tipo lo mejor que podía. Nunca había querido reinar, y ahora tendría que hacerlo a la fuerza. Estaría en una ciudad nueva con hombres que quizás alguna vez habían aspirado al trono, y no sería de extrañar que intentaran asesinarle.

—Gaby no está listo para ser rey — protestó—. Siempre ha dicho que él no sirve para hacer lo que hago yo. ¿Cómo va a poder con esto solo?

—No infravalores a tu hermano —le

regañó Yvaine—. Es más fuerte de lo que aparenta, y sabe cómo hacer las cosas. Se las apañará.

—Lo que yo temo —agregó Duncan— es que mi manada no le acepte como rey. Como ya os he dicho hay rumores de revolución, y no quiero que todo el peso recaiga sobre sus hombros.

—Si eso llegase a ocurrir estaría allí antes de lo que imaginas —dijo Nahuel—, no pienso dejar a mi hermano solo.

—Nahuel... yo me iré con Gaby a Nueva York —intervino Abel de repente.

—¿Seguro? —preguntó su padre.

—Mi primo necesita a alguien de confianza en quien apoyarse, y aquí no soy necesario. Estaba empezando a oxidarme —



bromeó—. Voy a preparar mis cosas.

Gabriel se sentó en su cama, derrotado. No podía creer que el destino le estuviera jugando esta mala pasada. Siempre había dado las gracias por el nacimiento de Mikael, porque significaba que él no tendría que cargar con el peso de ser el heredero de Nahuel, pero se había equivocado por completo. En cuanto llegasen a Nueva York su tío le nombraría rey, y tendría que ser él quien tomase todas las decisiones. Aunque siempre había ayudado a su hermano, no se sentía capaz de hacerlo solo. Viviría lejos de su familia y de todo lo que conocía, tendría que estar al mando de una congregación que no confiaría en él, y en la que posiblemente más de uno quisiera asesinarle.

Por si eso fuera poco, no tenía ni idea de a qué se enfrentaba. Sin un equipo de guerreros

bien entrenados, no tenía nada que hacer contra la amenaza que le esperaba en la Gran Manzana. Esperaba de todo corazón que no fuese otro demonio. Si a ellos, que entrenaban a diario, les había costado más de trescientos años acabar con Sammael, no quería ni pensar en lo que haría el demonio con los weretigers americanos.

Con un suspiro, se levantó de la cama para empezar a hacer su equipaje, pero un golpe en la puerta le detuvo. Sabía que era su hermano, le conocía lo suficientemente bien como para poder adivinar sus movimientos.

—Pasa —dijo sin apartarse de la maleta que tenía sobre la cama.

—¿Te encuentras bien? —preguntó su hermano sentándose a su lado.

—Ni por asomo. Todo esto me viene

grande, Nahuel. Ya sabes que jamás he querido ser rey.

—Lo harás bien, Gaby. Llevamos muchos años haciendo esto juntos.

—Aquí todo el mundo me respeta, con una mirada todos agachan la cabeza, pero allí será distinto. Habrá muchos que quieran el puesto, y yo soy un extraño.

—No eres un extraño, eres el sobrino de su rey. Solo tendrás que ser un poco más... persuasivo de lo normal. Más como yo.

Gaby sonrió ante la suave descripción que hizo su hermano de sí mismo. Mientras que a él le gustaba utilizar su labia para conseguir sus propósitos, su hermano era de los que golpeaba antes de preguntar.

—¿Y qué hago con el demonio, o lo que

sea? Están desentrenados, si les pongo frente a una amenaza de ese calibre serán hombres muertos.

—Pues entrénalos. Abel quiere irse contigo.

—¿Qué? ¡No, ni hablar! No va a renunciar a su vida por mi culpa.

—Necesitas que alguien te cubra las espaldas, Gaby, y a él no le ata nada a este lugar. Está cansado de estar sin hacer nada, necesita acción. En realidad todos la necesitamos, nos estamos oxidando sin Sammael.

—Como siempre dice papá, a los humanos se les ayuda de muchas formas, no solo luchando contra los malos.

—Eso es cierto. Sabes que si necesitas

ayuda estaré allí en menos de lo que canta un gallo, ¿verdad?

—Lo sé, hermano, pero por ahora tu sitio está aquí, con tu mujer y tu hijo. Esto es algo que tengo que afrontar yo solo. Ya no soy un niño, no puedo seguir refugiándome a tus espaldas.

—¿Tú, refugiándote a mis espaldas? ¿Tengo que recordarte la estupidez que cometiste al ir tú solo contra Sammael?

—No, tío... La estupidez la cometiste tú al alejarte de tu compañera por mi culpa.

Gabriel se puso serio de repente, y miró a su hermano a los ojos.

—Gracias, Nahuel... por todo. Espero llegar a ser tan buen rey como tú, en serio.

—Ya eres un gran rey —contestó su

hermano abrazándole—. Vamos a echarle mucho de menos, Gaby, sobre todo yo.

—Márchate, tengo mucho que hacer.

Vio a su hermano salir de la habitación con los ojos anegados en lágrimas. Tardó varias horas en prepararlo todo, en dejar todas sus pertenencias apiladas en cajas en la entrada del castillo familiar. Su vida iba a dar un giro de ciento ochenta grados, y estaba aterrado, aunque por suerte había aprendido a no sucumbir al miedo. Gracias a Dios podría contar con su primo, porque de no ser así terminaría volviéndose loco.

Se acercó a la habitación de su Abel para hablar con él. Le encontró terminando de meter en una caja varias de sus herramientas electrónicas.

—Ey tío, ¿cómo lo llevas? —preguntó.

—Espero que no rompan nada en la empresa de transporte, o juro por Dios que les arrancaré la cabeza uno a uno.

—¿Estás seguro de esto, Abel? ¿Estás completamente seguro de que esto es lo que quieres hacer?

—Pues claro. Estoy cansado de estar de brazos cruzados. En los últimos meses lo único que he hecho ha sido perfeccionar videoconsolas. Yo no sirvo para eso.

—Dejarles a todos atrás es muy duro.

—Me necesitas, Gaby. No puedes aparecer tú solo en una congregación que no te conoce para ser su rey. Te costará ganarte su confianza, y necesitas a alguien en quien poder hacerlo tú.

—Lo sé, y no sabes cuánto te lo

agradezco, pero necesitaba asegurarme que vas a estar bien.

—No tengo nada que me ate a este lugar, aparte de nuestra familia. ¿Sabes? A veces siento envidia de Nahuel. Ha logrado formar su propia familia y es feliz, su vida tiene un significado.

—Seguimos teniendo una misión.

—Sí, una misión que se resume en Escocia a ayudar a los necesitados. Llevamos toda la vida luchando contra un mal mucho peor que el hambre o la falta de seguro médico, Gaby.

—Lo sé... pero a veces necesitamos un poco de paz.

—Y la hemos tenido... durante seis meses. Ahora mis músculos necesitan entrar en



tensión de nuevo. Necesito volver a correr, volver a utilizar mis garras contra algo demoníaco, y en Nueva York nos espera precisamente eso.

—¿Tienes alguna idea de lo que puede ser?

—Sin ver los informes forenses no podemos saber mucho, pero yo creo que es un demonio de la talla de Sammael.

—Pero Sammael no las asesinaba de esa forma.

—Quizás es otro tipo de demonio... Un súcubo, quizás.

—Un súcubo las violaría —aclaró Gabriel—, no las atacaría de esa manera.

—Esperemos a ver los informes. Estamos dando palos de ciego. ¿Sabes ya cómo vas a

imponerte en nuestro nuevo hogar?

Gabriel sonrió al recordar la conversación con Nahuel.

—Tal y como lo haría mi hermano. Con un poco de... persuasión felina.

## Capítulo 2

Cuando un par de días después, el avión privado de la familia Bruce, que llevaba a Gabriel a su destino, aterrizó en el aeropuerto Kennedy de Nueva York, llovía a mares. Perfecto, el tiempo se encontraba del mismo humor que él. Estaba cansado, tenía sueño y no sabía qué le esperaba en su nuevo hogar. Miró a Abel, quien parecía que tampoco había descansado demasiado.

—¿Listo? —preguntó su primo sin mirarle.

—Todo lo listo que puedo estar.

—Podrás con esto, Gaby —dijo su tío.

Gabriel asintió y se dirigió a la puerta de

salida. La lluvia empapó su chaqueta de cuero, pero él apenas se percató de ello. Seguía a su tío Duncan, con Abel a su espalda, como si ambos hombres quisieran protegerle instintivamente. Ahora era el rey, y debía hacerse a la idea de su nueva situación.

—Deja de darle vueltas a lo que sea que tienes en la cabeza, tío —dijo su primo—. Estoy aquí para cubrirte las espaldas.

—Recordaba las veces en las que yo se las cubrí a mi hermano. La vida da demasiadas vueltas para mi gusto.

Al salir del aeropuerto, encontraron un Mercedes negro, con los cristales tintados, esperándoles. El conductor les esperaba resguardado de la lluvia. Era un hombre no demasiado alto, Gaby le sacaba unos buenos diez centímetros y medía metro ochenta. Tenía

el pelo color ceniza, con una barba que adornaba su cara y los ojos azules. Al ver a Duncan, tiró el cigarro que tenía en la boca y se acercó para saludarle.

—Buenas tardes, Duncan —dijo estrechándole la mano—. Espero que hayan tenido un buen vuelo.

—Me alegro de verte, muchacho —contestó con una sonrisa—. Chicos, dejad que os presente a Aaron Farrow, mi mano derecha y el novio de una de mis hijas. Aaron, estos son mis sobrinos, Gabriel y Abel.

—Encantado de conoceros —respondió el aludido.

—¿Alguna novedad en lo referente al caso? —preguntó Duncan.

—Tres ataques más. Todas las mujeres

están muertas, y el *modus operandi* es el mismo.

—¿Nada fuera de lo normal? —preguntó Gaby.

—Nada, señor. No hay pistas que nos den un leve atisbo de qué o quién puede ser el asesino.

—Gracias, Aaron —dijo Duncan palmeándole la espalda.

Aaron puso su puño cerrado junto al corazón y agachó levemente la cabeza.

—Señor, permítame ser el primero en jurarle mi lealtad.

—Gracias Aaron. Será bueno llegar a la congregación con uno de los suyos como aliado.

Media hora después, llegaron al a casa familiar. La mansión de estilo federal era

magnífica. En la fachada predominaban los tonos crema y blanco, y en el interior los malva. A la derecha de la puerta principal se extendían unas escaleras en espiral de mármol blanco, con una barandilla de nogal. Justo enfrente de la puerta podía distinguirse una chimenea de estilo colonial acompañada de un par de sillones de orejas en cuero negro y una mesa de café de madera maciza. A la derecha había dos puertas, una era la cocina y otra llevaba al pasillo en el que se encontraban las habitaciones del servicio. A la izquierda se encontraban el salón principal y la sala de bailes, que había sido reformada y ahora se trataba de una gran sala de reuniones.

En el salón encontraron a Stephanie, la esposa de Duncan, sentada tranquilamente en una mesita junto al ventanal bebiendo una taza de café. Al verles aparecer, retiró su silla y se

acercó a su marido para abrazarle.

—Gracias a Dios que has vuelto — susurró—. Estaba muy preocupada.

—Estoy bien, cariño.

Se acercó a Gabriel y le abrazó con cariño.

—Tú debes ser Gabriel. Reconocería la mirada de mi marido en cualquier parte.

—Encantado de conocerte, Stephanie — respondió él con una sonrisa.

—Este es mi sobrino Abel, el hijo de Nathan —aclaró Duncan refiriéndose a su otro acompañante.

—Me alegro de conocerte a ti también, estoy muy contenta de teneros en casa. Las niñas están trabajando, las conoceréis a la hora de la cena. Debéis estar cansados, os llevaré



hasta vuestras habitaciones.

Siguieron a la mujer por la escalera hasta la planta de arriba. Un rellano adornado con estanterías repletas de figuras de cristal de *Swarkovsky* se bifurcaba en dos pasillos. En el de la derecha se encontraban el despacho de Duncan, la biblioteca, el dormitorio del monarca y una habitación de invitados. En el de la izquierda podían encontrarse cuatro dormitorios más, los dos que supusieron serían de las hijas de Duncan y los dos que ocuparían ellos a partir de ahora. Al entrar a su habitación, Gabriel comprobó con satisfacción que su dormitorio y el de Abel estaban comunicados por el cuarto de baño, lo que les daría la oportunidad de hablar sin que nadie más lo supiera.

Mientras el mayordomo colocaba su ropa en el armario, fue a darse una ducha.

Necesitaba desconectar un poco y planear cómo llevar a cabo su tarea allí, y el agua caliente le calmaba. Una vez vestido, fue a reunirse con su tío en el despacho. Duncan le sirvió una copa de su mejor whisky y se sentó frente a él junto a la chimenea.

—¿Todo bien? —preguntó Duncan.

—Todo perfecto, no te preocupes.

—Este pasará a ser tu despacho a partir de mañana, cuando abdique. Estoy demasiado cansado para seguir con todo esto.

—No tienes por qué darme tu despacho, en alguna parte de la casa habrá una habitación que pueda utilizar.

—Tonterías. Esta es ahora tu casa, hijo. Lo que yo voy a hacer a partir de ahora bien puedo hacerlo en mi gabinete, que está junto a mi dormitorio. Mañana haré trasladar mis cosas

para que Abel y tú podáis instalaros aquí.

—Gracias. Necesito saber algunas cosas más antes de enfrentarme a la congregación mañana, tío.

—Tú dirás.

—¿De cuántos miembros estamos hablando?

—Cincuenta miembros, aunque jóvenes realmente solo son veinte.

—¿Hay alguien en quien podamos confiar?

—En el único en quien confío es en Aaron. No sé si están planeando una revuelta, o si alguno de ellos está interesado en sustituirme. Antes de viajar a Escocia, estuve semanas con la sensación de que alguien me vigilaba.

—Preferiría que no pasaras demasiado tiempo solo, Duncan. Solo por si las moscas.

—Procuraré estar siempre acompañado de alguien de confianza.

En ese momento entró Abel con una bolsa negra de deporte bastante grande en la mano.

—Lo encontré. Tengo tantas cosas que no sé dónde demonios puse las herramientas —dijo—. Duncan, ¿hay algún sótano donde pueda montar mi taller? Necesitamos tecnología aquí, y para fabricarla yo necesito tranquilidad.

—Pues no hay ningún sótano, pero hay un pequeño invernadero en la parte trasera que podríamos acondicionar para tal fin.

—Estupendo, mañana me pondré manos a la obra.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Gaby.

—Creo que tú ya tienes bastante con lo que se te viene encima, primo.

—Pero yo si puedo ayudarte —intervino

su tío—. Estaré a salvo y de camino ocuparé mi tiempo en algo productivo.

—Muy bien, un problema solucionado —suspiró Gabriel—. Duncan, creo que sería bueno entrenar a los más jóvenes desde mañana mismo.

—Es una gran idea —continuó Abel—. Si no tienen experiencia y nos enfrentamos a un demonio de la talla de Sammael estarían muertos antes de verle.

—¿Te parece bien? —preguntó Gaby.

—Ahora tú eres el rey, Gaby. No tienes que pedirme permiso.

—No sé cómo han sido aquí las cosas, pero en Escocia mi padre tiene tanto poder como mi hermano. Tú eres libre de dar órdenes siempre que lo consideres oportuno, igual que mi padre.

—Gracias, hijo. No sabes lo orgulloso que me siento de tener unos sobrinos como los que tengo. Si las cosas hubiesen sido diferentes...

—Lo sé, pero de nada nos sirve lamentarnos ahora. Lo mejor que podemos hacer es arreglar el desaguisado que tenemos entre manos entre nosotros tres. No quiero que nadie más que nosotros sepa mis planes. No te ofendas, pero aún no me fío de nadie, ni siquiera de Aaron. Hasta que no compruebe por mí mismo en quién puedo confiar, necesito que nadie siga nuestros pasos.

—Gabriel, si hay alguien en quien confío plenamente es en vosotros, mi familia. Los años me han enseñado a no fiarme de nadie más.

—Tengo algunas sospechas que debo analizar.

—¿A qué te refieres? —preguntó Abel.

—Espero equivocarme, pero a mí eso del demonio no me cuadra. No me preguntes por qué, pero tengo un presentimiento, y no pienso desoírlo.

—Bajemos a cenar —dijo Duncan—. Vuestras primas deben haber llegado ya.

En el salón les esperaba Stephanie acompañada por dos jovencitas de la misma edad que Gaby. Una de ellas era rubia, con el cabello rizado alrededor de su cara sonrosada, y los ojos verdes de su madre. Era menuda, apenas le llegaba a Gabriel por el hombro, de cuerpo curvilíneo y andares gráciles. La otra hermana era morena, llevaba una melena corta de pelo lacio y los labios pintados de rojo. Sus ojos eran los de los Bruce, azules y cristalinos, y era un poco más alta que su hermana. Era de constitución delgada, y lucía un traje de

chaqueta que la hacía parecer una infalible mujer de negocios.

—Así que ya estáis aquí —dijo Stephanie acercándose a ellos para besarles.

—Siento la espera, cariño, pero hemos estado hablando de asuntos importantes —dijo Duncan—. Chicos, estas son mis hijas, la rubia es Leslie y la morena es Desiree.

—Bienvenidos a la gran manzana —dijo Desiree con una sonrisa—. Me alegro de conoceros por fin, papá nos ha hablado mucho de vosotros.

—Por desgracia nuestros padres no hicieron lo mismo. —Abel extendió la mano—. Yo soy Abel, el hijo de Nathan.

—Entonces tú debes ser el primo Gaby —añadió Leslie—. Eres más guapo de lo que nos contaron, seguro que las mujeres se vuelven



locas en cuanto te vean.

Cenaron tranquilamente, y Gaby y Abel se retiraron pronto, pues estaban cansados. Mientras Gaby se lavaba los dientes, Abel se apoyó en el quicio de la puerta, mirando hacia el espejo, pensativo.

—¿Qué pasa? —preguntó Gaby.

—Estaba pensando en lo que dijiste en el despacho. Si no es un demonio, ¿Qué crees que es?

—En esta ciudad llevan siglos conviviendo vampiros y licántropos. ¿Y si han terminado creando una raza nueva? No es inviable que dos personas de distinta especie se enamoren.

—Tío, has visto *Crepúsculo* demasiadas veces.

—En serio, Abel, piénsalo. ¿Acaso nosotros no nos emparejamos con humanas? ¿Y

si un lobo se emparejó con un vampiro?

—Los vampiros están muertos, Gaby, no pueden tener hijos.

—Estás guiándote por las leyendas, primo. Sé un poco más abierto de miras.

—Y tú sé un poco más realista. Te estás agarrando a un clavo ardiendo, y sabes de sobra que eso nunca sale bien.

—Quizás tengas razón... Quizás lo que necesito es dormir un poco para aclararme las ideas.

—Llevas días sin pegar ojo —dijo Abel—. Intenta descansar.

Gabriel se metió en su cama y se quedó mirando al techo durante un momento. ¿Qué había de verdad y qué de fantasía en las antiguas leyendas? Debería averiguar cuanto antes bastantes cosas sobre las dos especies. Si

su idea era solo una falacia, no podía seguir agarrándose a ella.

Duncan convocó la tarde del día después una reunión de urgencia, y entró en la sala seguido de sus dos sobrinos. Gabriel no sabía qué le cabreaba más, si la total indiferencia que mostraron hacia Duncan, o el jaleo que estaban montando en un lugar en el que era imperativo el silencio. Con un suspiro, se transformó en weretiger, y con un rugido atrajo la atención de los más ancianos. Pero los jóvenes hicieron caso a su aviso.

Se fijó detenidamente en el grupo, y localizó fácilmente a su cabecilla. Se acercó a él sigilosamente por detrás, y antes de que el otro pudiese respirar, Gaby tenía sus zarpas aprisionándole la garganta.

—Bien... gracias Gaby —dijo su tío sin

inmutarse—. Ahora quiero que todos me escuchéis. Sabéis que estoy viejo y cansado, así que es hora de nombrar a mi sucesor. Todos conocéis las leyes, y sabéis que no tengo ningún hijo albino. Pero también sabéis que mi familia está en Escocia.

Los ancianos se miraban entre ellos con comprensión.

—¿Quiénes son estos? —dijo el tipo que Gaby tenía agarrado.

—Estos son mis sobrinos. Abel, hijo de mi hermano Nathan. Y el que te tiene agarrado es Gabriel Bruce, hijo de mi hermano Blake.

—Encantado, chaval —dijo Gaby irónico sin soltar al hombre que tenía entre sus garras.

—Como podéis ver mi sobrino es albino, y puesto que su hermano reina en la congregación de Edimburgo, él será mi sucesor

a partir de ahora.

La sala volvió a llenarse de murmullos, pero ante una sola mirada de Gabriel, todos los presentes se callaron en el acto.

—A partir de este momento me retiro como rey de la manada. Nombro en mi lugar a mi sobrino y heredero directo en la línea sucesoria, Gabriel Bruce, como nuevo monarca de los weretigers neoyorkinos.

Gaby se dirigió hacia la cabecera de la mesa de reuniones, transformándose de nuevo en humano. Puso ambas manos sobre la superficie de ébano y fijó su mirada en todos y cada uno de los presentes.

—No puedes estar hablando en serio — dijo el revolucionario levantándose de golpe— ¡No es de los nuestros!

—¡¡Silencio!! —gritó Gabriel— ¡Ahora

quien manda soy yo! Y te vas a callar y a escucharme. ¿Cuál es tu nombre?

—¡Qué te importa!

De un salto, Abel se puso junto a él y le retorció el brazo hasta casi partirlo.

—Tu rey te ha preguntado cuál es tu nombre, capullo —escupió—, así que más vale que le respondas.

—Anthony —dijo con gesto de dolor—. Anthony Dylan.

—Así me gusta, Anthony —dijo Gaby con una sonrisa—. Ahora todos vais a escucharme sin interrumpir. Soy Gabriel, vuestro nuevo rey. Soy el primer albino en el árbol genealógico de Duncan, hijo de su hermano mayor. ¿Queréis una prueba de ADN? Perfecto, la tendréis. Pero todo va a cambiar en esta congregación a partir de este mismo

momento. En primer lugar... ¿alguien se niega a jurar lealtad?

Uno a uno todos los presentes hicieron su transformación como marcaba la costumbre, y todos agacharon la cabeza en señal de lealtad. Todos excepto Anthony.

—¿Niegas lealtad a tu rey? —preguntó Gabriel amenazante.

—¡Por supuesto que no! Pero si este mastodonte no me suelta, me será imposible transformarme.

Gaby no pudo hacer otra cosa que reírse. Anthony también sonrió, y en cuanto Abel deshizo su agarre, se transformó en pantera negra. Gaby soltó una carcajada.

—Debí haberlo imaginado. Creo que tú y yo vamos a llevarnos muy bien.

—Lo dudo —alegó Anthony sonriendo

también.

Gabriel se sentó en la silla que en otro tiempo perteneció a Duncan, y cruzó las manos sobre la mesa, como tantas veces había visto hacer a Nahuel.

—Bien, en primer lugar, a partir de ahora las órdenes las doy yo, y en su defecto Abel, que es mi mano derecha. Los modales en esta congregación se han perdido, pero se van a recuperar. Cuando Duncan o yo entremos en la sala de juntas no quiero oír ni el más mínimo ruido. Vais a mostrar a Duncan el respeto que se merece, y todos sabéis cómo.

—¡Nosotros respetamos a Duncan, maldita sea! —protestó Anthony.

—¿En serio? Pues eso no es eso lo que yo he visto en esta habitación hace apenas una hora. Quiero silencio sepulcral, quiero



inclinaciones de cabeza, y quiero que os levantéis de la silla.

—De acuerdo, majestad —contestó.

—A partir de mañana todos y cada uno de los menores de ciento veinte años va a someterse a un entrenamiento exhaustivo. Todos aprenderán a disparar, a controlar sus poderes y a luchar. Y antes de que haya malentendidos: tanto hombres como mujeres serán sometidos a entrenamiento. En la congregación de mi hermano hay dos mujeres en el equipo, y os puedo asegurar que son de las mejores. Tenéis que saber defenderos si lo que sea que está causando esas muertes os ataca por sorpresa.

—De entre todos ellos elegiremos a seis para formar el equipo de defensa, que se encargará de patrullar las calles en busca de

alguna pista que nos lleve al asesino —terminó Abel.

—¿Quién es el encargado del caso en este momento? —preguntó Gaby.

—Yo —dijo un joven desde el fondo de la sala.

—¿Tu nombre, por favor?

—Brian, señor. Brian Monroe.

Gabriel miró atentamente al muchacho, que estaba terriblemente asustado. Era bastante alto, aunque sus músculos necesitaban un buen entrenamiento.

—Bien, Brian. Veo que estás asustado, y no tienes por qué.

—Usted me intimida, señor.

—No quiero intimidaros, muchacho, solo que me respetéis.

—Todo este asunto de las muertes me

pone nervioso, la verdad —reconoció el muchacho.

—Eres un weretiger, Brian, una especie superior. Tienes que estar orgulloso de lo que eres, y no tener miedo de nada, porque entonces será cuando seas vulnerable y lo que haya allí fuera podrá contigo.

—Entendido, majestad.

—Mañana quiero sobre mi mesa toda la información que tengáis sobre los ataques. Les echaré un vistazo cuanto antes.

El muchacho asintió y salió de la habitación a paso ligero.

—Anthony —continuó Gaby—, quiero que recabes información sobre los vampiros y los licántropos, todo lo que pueda sernos de ayuda. Tengo una teoría, pero necesito conocer exhaustivamente a ambas especies para saber si

es viable.

—Entendido —dijo Tony con una inclinación de cabeza.

—Y ahora id a cenar y a descansar —terminó—. Mañana será un día muy largo. Buenas noches a todos.

Dicho esto, salió de la habitación seguido por Abel y Duncan. En cuanto entraron en el despacho familiar, Duncan le aplaudió.

—Me has impresionado, Gaby. En apenas una hora has conseguido lo que yo no he podido conseguir en todos estos años.

—Eso es porque has sido demasiado condescendiente con ellos. Los dos sabemos que podrías haberlos controlado de haber querido.

—Tienes razón, hijo, pero no creí que fuese a llegar el día en el que me arrepintiera de

no haberlo hecho.

Cenaron con la familia y Abel y él subieron a sus respectivas habitaciones. En cuanto Gaby se sentó en la cama, su primo atravesó la puerta que conectaba ambas estancias.

—Lo has hecho muy bien para no querer reinar, Gaby.

—¿En serio? Solo he hecho lo que Nahuel hubiese hecho. Nada más.

—Pues para ser tú lo has hecho jodidamente bien.

—Abel... ¿Sabes todo lo que nos queda por hacer? Son indisciplinados, débiles y tienen miedo. ¿Cómo vamos a lograr que sepan defenderse? ¿Cómo conseguiremos que puedan defender a los humanos?

—Gaby, lo conseguiremos. Ya lo verás.

—¿Crees que debería llamar a mi hermano?

—Solo ha pasado un día, primo. Date más tiempo. No puedes acobardarte a la primera de cambio.

—Tienes razón.

Gabriel se desnudó por completo y se metió bajo las sábanas de algodón. Suspiró. Todo este asunto debía ser un castigo divino por haber dicho tantas veces que no quería ser rey. Se tapó la cara con las manos y suspiró. No podía seguir compadeciéndose de sí mismo. Ya era el rey, y no podía defraudar a su familia. Todos tenían sus esperanzas puestas en él, y les iba a demostrar que era muy capaz de afrontar el problema como todo un Bruce.

Miró el reloj de la mesilla. Las tres de la madrugada. Debía dormir un poco. El día que se

acercaba iba a ser largo... muy largo.

## Capítulo 3

Gabriel se levantó al día siguiente con dolor de cabeza. Eran las seis de la mañana y tenía que lidiar con veinte jóvenes perezosos que no habían movido un dedo en su vida. También tendría que leer los informes sobre los ataques y la información sobre los vampiros. Demasiado trabajo para hacerlo con migraña. Se levantó de un salto y se dio una ducha, cogió un analgésico de su bolsa y bajó a la cocina. Encontró allí a una mujer mayor, regordeta y con cara de buena persona, removiendo entre fogones.

—Buenos días —dijo Gaby—. No creí encontrar a nadie tan pronto levantado.

—Buenos días, señor Bruce. A estas



horas los únicos que estamos despiertos somos su tío y yo, pero como usted dijo que iba a poner en forma a esta dichosa juventud pensé que les vendría bien un buen desayuno, al menos a su primo y a usted.

—Pues se lo agradezco mucho, señora...

—McPherson, Mara McPherson.

—Dios, ¿es usted escocesa?

—De pura cepa, jovencito. He preparado galletas de avena y *porridge* para que no sientan nostalgia.

—Cásese conmigo, Mara —bromeó Gaby cogiendo a la mujer en peso y dando vueltas por la cocina—. Hágame el hombre más feliz de la tierra.

La anciana soltó una carcajada dándole golpecitos en las manos.

—Jovencito, llega tarde. Llevo felizmente

casada veinte años con mi esposo, Brandon. Es el jardinero. Pronto le conocerá.

—Me acaba de romper el corazón —dijo el monarca haciendo un gesto de dolor.

—Ya será menos. Y ahora siéntese y coma.

En ese instante Abel asomó la cabeza por la puerta con una sonrisa y olisqueando el aire.

—¿Eso que huelo son galletas de avena? —preguntó.

—Y *porridge*, jovencito —contestó Mara—. Venga y siéntese a comer.

—Abel, te presento a Mara McPherson, la dueña de mi corazón —presentó Gabriel.

—Gracias a Dios la cocinera es de los nuestros —bromeó Abel—. No sobreviviría a base de hamburguesas.

—Jovencito, en Norteamérica no solo hay

hamburguesas —protestó Mara—. Hay comidas deliciosas que iré probando poco a poco.

Cuando terminaron de desayunar, se dirigieron a donde habían quedado con todos los jóvenes. Apenas se habían reunido cinco de ellos en el recibidor a la hora indicada. Gaby se alegró de que dos de ellos fuesen Anthony y Brian.

—¿Dónde están los demás? —preguntó cruzando los brazos.

—Aún no se habrán levantado, majestad —contestó Anthony—. Somos muy pocos los que nos levantamos antes del mediodía.

—¿Dónde están sus habitaciones?

—En el edificio de atrás —respondió Brian.

Gabriel se dirigió con paso decidido hasta

el enorme edificio situado a pocos metros de la casa principal, seguido por Abel y los jóvenes que habían sido puntuales. Fue abriendo una a una las puertas de todas las habitaciones que Anthony le indicaba de una patada, y con un rugido se convirtió en pantera y se situó en medio del pasillo.

—¡Levantaos! —gritó con la voz ronca debido a la transformación— ¡Sois una panda de vagos!

Los jóvenes salieron al pasillo asustados, apenas asomando la cabeza por el quicio de su puerta.

—¡La próxima vez que tenga que venir a por vosotros os arrancaré la garganta de cuajo! —prosiguió Gabriel— ¡Sois una manada de flojos! ¡Debería daros vergüenza!

La mayoría de ellos agacharon la cabeza,

avergonzados.

—Nuestro deber como weretigers es proteger a la humanidad de los peligros — añadió Abel— ¿Creéis que lo que sea que hay ahí afuera va a esperar que vosotros decidáis levantaros de la cama?

—Quien no esté en el gimnasio en cinco minutos, será desterrado —sentenció Gabriel.

Gaby salió del edificio echando humo. Se paró frente a la puerta del gimnasio y miró a cada uno de los jóvenes que habían sido puntuales.

—Anthony, tengo entendido que eres entrenador personal.

—Así es, señor.

—Te quedas al mando hasta que Abel y yo volvamos. Ponles a trabajar duro, volveremos en un momento.

—Muy bien, majestad.

—Vamos a trabajar juntos, así que llámame Gaby. Abel, ven conmigo.

Se dirigieron con paso decidido al despacho de su tío, donde le encontraron con Aaron.

—Aaron, cuando convoco a todos los jóvenes a una hora, también va por ti. Baja inmediatamente al gimnasio, Anthony ha empezado el entrenamiento.

—Pero tengo que ocuparme de algunos asuntos...

—¿Debo recordarte quién es ahora el rey?

Aaron agachó la cabeza y se dirigió a la salida con paso cansado. Gaby cerró la puerta a sus espaldas y se volvió hacia su tío.

—¿No te parece que has sido un poco

brusco con el pobre Anthony? —preguntó su tío — Estaba ayudándome con unos asuntos de la empresa.

—Son indisciplinados, vagos y blandos. ¡Por Dios bendito! ¡Si solo han acudido cinco al entrenamiento! Aaron es joven, y por tanto tiene el deber de cuidar de los ancianos cuando el equipo de defensa esté de ronda. Si le necesitas te ayudará, pero después del entrenamiento diario.

—He sido demasiado condescendiente con ellos, Gaby, pero debes entender que no he sido entrenado como vosotros para gobernar. Lo he hecho lo mejor que he podido.

—No digo que sea culpa tuya, Duncan, pero quiero que entiendas que debo ser duro con todos ellos para prepararles para la batalla.

—Muy bien, cuando necesite a Aaron te

lo diré.

—Gracias. Debo imponerles un castigo por lo de hoy, quería pedirte que no interfirieses.

—¿Qué piensas hacerles?

—Vamos a hacer lo que Nahuel hacía con nosotros. Obligarles a suplicar perdón.

Cuando volvieron al gimnasio, todos los jóvenes estaban ocupados en las máquinas, con Anthony vigilándoles con los brazos cruzados. Abel soltó la bolsa que llevaba en las manos sin mucha ceremonia en el suelo, llamando la atención de todos los presentes.

—Gracias, Anthony —dijo Gabriel—. Vamos todos al jardín. Para el ejercicio que os tengo preparado necesitamos libertad de movimientos.

Colocó a todos los muchachos por parejas, dejándole Abel a Brian y quedándose a



Anthony para sí.

—Muy bien, lo primero que debéis aprender es defensa personal. Hoy os voy a enseñar cómo libraros de un agarre frontal. Anthony, agárrame de la camiseta como si quisieras atacarme.

El muchacho hizo lo que le ordenaron.

—Muy bien, para librarnos de este agarre pasamos el brazo alrededor de su codo y por debajo de la axila. Así nos zafamos del agarre y ya controlamos su brazo y su codo.

Movió el brazo, presionando a Anthony a agachar la espalda.

—Ahora que le tenemos atrapado hay varias opciones para acabar la agresión: un rodillazo en la boca, un codazo en la nuca... o lo que se os ocurra. Practicad con los dos brazos.

Una hora después, Gaby estaba casi

convencido de que serían capaces de defenderse de agresiones básicas. Esto no les serviría contra el demonio, ni mucho menos, pero debían ir poco a poco si quería conseguir que fuesen fuertes y veloces. Se volvió hacia el grupo que había sido puntual esa mañana.

—Muy bien, chicos, vosotros podéis marcharos. Id a descansar y tomad un buen desayuno.

Esperó a que los muchachos entrasen en la mansión para hacerle una señal a Abel. Este abrió la bolsa negra que había llevado y dejó caer en el césped una veintena de espadas *Claymore*, que formaron un estruendo metálico.

—En Escocia —comenzó el rey—, en tiempos de Robert Bruce, si un guerrero desobedecía a su rey era duramente castigado.

Los muchachos empezaron a ponerse

lívidos.

—Todos vosotros habéis desobedecido una orden directa del rey —continuó Abel—, por lo que correréis el mismo destino que dichos guerreros. Que cada uno tome una espada del montón.

—¡No pienso matar a ninguno de mis compañeros por quedarse dormido! —protestó una joven al fondo del grupo.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Gabriel.

—Rachel, majestad.

—Muy bien, Rachel. A partir de ahora vas a evitar protestar antes de que yo de las órdenes, ¿entendido? Aquí nadie va a matar a nadie, no somos salvajes.

—Lo siento, señor.

—Muy bien —siguió Abel—. Cada una

de esas espadas pesa más o menos kilo y medio. Vais a levantarlas sobre vuestras cabezas, con los brazos estirados, hasta que yo lo ordene.

Los jóvenes hicieron lo que les ordenaron. Gabriel disfrutó enormemente viendo sus caras de sufrimiento, el sudor correr por su frente y las lágrimas que amenazaban con escapar de sus ojos. Recordaba muy bien las veces en las que su hermano y su padre le habían impuesto ese mismo castigo, y sabía las agujetas que tendrían al día siguiente. Pero debían aprender, debían entender que no se trataba de un juego, que un monstruo andaba suelto y que mujeres inocentes estaban en peligro.

Aguantaron estoicamente cerca de una hora con las espadas en alto, cosa que sorprendió a Gaby, pero poco a poco los jóvenes

se dejaron caer de rodillas sobre la hierba.

—Esto se llama disciplina —dijo Gaby—. Espero que todos hayáis aprendido la lección, y que a partir de ahora estéis todos los días a las seis de la mañana esperándome en el recibidor de la mansión.

—Id a ducharos y a desayunar —añadió Abel—. Esta tarde seguiremos con el entrenamiento. Aprenderéis autocontrol, no tendréis que cansaros demasiado. Nos vemos a las cuatro.

Tras ducharse, comieron con la familia, y mientras Abel se encargaba del entrenamiento, Gaby fue a su nuevo despacho a ocuparse de los informes que había solicitado el día anterior. Encontró la información sobre vampiros y licántropos pulcramente ordenada en una esquina de su escritorio, pero no había ni rastro

de los expedientes policiales de las muertes.

Diez minutos después, entró en su despacho el joven Brian con un montón de carpetas precariamente apiladas en sus delgados brazos.

—Buenas tardes, Brian. Creo que está a punto de empezar el entrenamiento de la tarde, vas a llegar tarde —dijo Gaby sonriendo.

—Ya avisé a Abel de que me retrasaría, señor. Vengo a traerle los informes sobre las muertes. Me he vuelto loco buscándolos.

—Debes ser más cuidadoso con tus cosas, muchacho.

—Ha sido todo muy extraño, señor. Tengo todos los documentos importantes de la investigación guardados en una caja de seguridad en mi estudio, pero cuando fui a buscarlos la caja estaba vacía.

—Qué extraño...

—Busqué por toda mi habitación creyendo que los habría dejado olvidados en alguna parte, pero cuando volví al estudio encontré la caja abierta y los papeles dentro.

—Llama a una empresa de seguridad y encarga una caja fuerte de pared, la pondremos en mi cuarto. Quiero que guardes todos los documentos en ella, y quiero que nadie más se entere de esto.

—¿Qué cree que ocurre, señor?

—Creo que alguien está intentando averiguar qué sabemos del caso. Creo que manipularon tu caja fuerte con la intención de devolverlos a su lugar sin que lo descubrieses, y que no es la primera vez que lo hacen. Todo esto me huele mal, Brian.

—¿Sabe lo que creo yo? —dijo el

muchacho cabizbajo— Que no existe ningún demonio ahí fuera, que es uno de los nuestros. Alguien quiere destruir a Duncan y no va a parar hasta conseguirlo.

—No se me había pasado por la cabeza, Brian, pero si he de serte sincero, es una idea que hay que tener en cuenta. Anda, ve al entrenamiento.

—De acuerdo, hasta luego, señor.

El joven salió de la estancia sonriendo. Parecía que tenía menos miedo de su monarca ahora que había hablado con él, y Gaby se alegraba por ello. Era un joven noble y de buen corazón, sabía que podía confiar en él. Abrió el informe de los asesinatos. Las fotos revelaban jóvenes aterradas, cubiertas de sangre, pero no tenían ninguna marca que pudiese darles alguna pista. El informe forense revelaba que habían



sido brutalmente violadas, todas ellas tenían el pubis desgarrado, pero no hacía alusión a ningún indicio de forcejeo.

Su instinto empezó a revolverse. Que alguien fuese capaz de maltratar a una mujer o a un niño era algo que no podía soportar. Leyó las declaraciones de las amigas de la única superviviente a los ataques, pero no revelaban nada. El vídeo del teléfono móvil solo dejaba entrever una sombra enorme, pero no se distinguía qué podía ser. Pensó en las divagaciones del joven Brian. Todas las pruebas le llevaban a pensar que lo que las atacó era algo grande y poderoso.

Decidió ir a ver a la joven al siquiátrico. Si bien era cierto que desde el ataque la muchacha no había pronunciado palabra, quizás si la visitaba a menudo conseguiría que le contase

qué pasó en aquel mausoleo. Cuando su primo volvió del entrenamiento, se levantó y se puso la chaqueta.

—Te quedas al mando, Abel. Tengo que salir.

—¿A dónde vas?

—Al siquiátrico donde se encuentra la muchacha.

—¿La del ataque? Gaby, desde aquel día no ha dicho ni una palabra, ¿qué te hace pensar que a ti si te hablará?

—Quizás hoy no, pero puede que si se acostumbra a mí y se da cuenta de que conmigo no corre peligro, quizás me cuente algo.

—Eso es dar palos de ciego, Gaby.

—¿Acaso tenemos algo? Es la única conexión que tenemos con el asesino, tengo que intentarlo.

—Bueno... tú eres el rey. Tú sabrás lo que haces.

—Abel, más te vale no hablarme así delante de los demás si no quieres que te ahogue en el río como cuando éramos pequeños.

—Sabes que es porque estamos solos. Y no eras tú, sino Nahuel, quien nos ahogaba. Tú te escondías detrás de él como un cobarde.

El siquiátrico era el sitio más deprimente que Gaby había visto jamás. Paredes forradas de espuma blanca, y mesas y sillas atornilladas al suelo. Danielle Stuart se encontraba en otro nivel distinto del sanatorio. Les condujeron por un pasillo con infinidad de celdas a los lados en las que los enfermos gritaban sin cesar. La joven se encontraba en la última celda de la pared derecha.

Gabriel decidió entrar solo, no quería que la joven se asustara, y tenía que confiar en él. Había decidido comprarle un ramo de orquídeas, las flores no podrían hacerle ningún daño. La habitación se encontraba en penumbra. Al principio no pudo ver nada, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad le dieron ganas de coger a la muchacha en brazos y sacarla de allí lo antes posible. La celda no podía medir más de tres metros cuadrados, y como el resto del sanatorio, tenía las paredes forradas de espuma blanca. En la pared derecha se encontraba una cama demasiado pequeña para una mujer adulta, en la que solo podía ver una almohada que había tenido tiempos mejores y una fina manta que no sería suficiente para calentar a la pobre mujer en las frías noches de invierno. A su lado, junto a una pared adornada

con una ventana diminuta cubierta de barrotes, había un pequeño lavabo con un vaso de papel y una pastilla de jabón. Y en el centro de la estancia había una mesa y un par de sillas blancas atornilladas al suelo.

Gabriel divisó a la muchacha encogida a los pies de la cama, temblando de frío. Una maraña de pelo que parecía color bronce envolvía su cara hasta casi ocultarla. El sucio camisón de hospital tres tallas más grande ocultaban por completo a la joven. Se acercó lentamente y se arrodilló junto a ella para taparla con su cazadora de cuero.

—Hola, preciosa, no deberías estar sentada en el suelo. Está frío y sucio, vamos a sentarte en la cama.

La muchacha no dijo ni una sola palabra, tan siquiera le miró, pero se dejó conducir hasta

la cama, donde Gabriel la tapó con la mugrienta manta y sacó su teléfono móvil para llamar a su primo.

—Abel, necesito que me traigas del castillo sábanas limpias y varias mantas gruesas. También necesito ropa interior y un pijama de abrigo, ve a ver si Desiree puede dártelos, la joven es más o menos de su misma constitución.

—De acuerdo, voy para allá.

Gaby se sentó junto a la muchacha, que seguía mirando al vacío.

—Este sitio apesta, pero voy a asegurarme de que estés más cómoda a partir de ahora. Mi primo viene hacia aquí con ropa limpia para ti, te daremos un baño caliente para que entres en calor.

Le tendió las flores, que ella ignoró, y las puso sobre su regazo.

—Me llamo Gabriel, pero mis amigos me llaman Gaby. Te he traído unas flores, espero que te gusten.

Ella miró de reojo las flores, pero no hizo amago de cogerlas, y comenzó a mecerse hacia delante y hacia atrás.

—Todo el mundo se empeña en decir que estás loca, pero sé que eso no es verdad. —La joven dejó de moverse de inmediato—. ¿Sabes qué creo? Que estás aterrorizada y te has hecho pasar por loca para estar aquí encerrada y que lo que sea que te atacó en el mausoleo no pueda acercarse a ti.

Danielle volvió la cabeza hacia él y se le quedó mirando con unos ojos almendrados de un intenso azul violáceo llenos de pena y resignación. Gaby se quedó maravillado por tanta tristeza y casi pierde el hilo de lo que

estaba diciendo, pero recobró la compostura a tiempo y prosiguió.

—No sé lo que viste en aquel lugar, Danielle, pero fuera lo que fuese te hizo daño y te asustó mucho. Crees que si permaneces encerrada en este antro no volverá a acercarse a ti, pero eso no es cierto. Quiero ayudarte, quiero atrapar a lo que te atacó, pero para hacerlo necesito que me ayudes.

La muchacha siguió con la mirada perdida en el vacío, y Gabriel permaneció sentado a su lado sin mediar palabra. Parecía que Danielle había dejado de temblar, cosa que agradeció. Veinte minutos después, llegó Abel cargado de bolsas. Cuando el joven intentó entrar en la habitación, Danielle empezó a gritar, así que Gaby le echó fuera y se sentó junto a ella en la cama para calmarla.



—Shh... Tranquila... No va a hacerte ningún daño...

Poco a poco Danielle se calmó por completo, quedando laxa entre sus brazos con un suspiro.

—Muy bien, ahora vamos a buscar un cuarto de baño decente para que tomes un baño. La enfermera te ayudará, pero yo estaré justo detrás de la puerta. Si necesitas ayuda solo tienes que gritar.

Cogió a la muchacha por los hombros y la sacó de la habitación.

—¿Pero qué demonios está haciendo? —preguntó la enfermera.

—¿Acaso no sabe quién soy? —dijo él enfadado—. Soy Gabriel Bruce, mi tío es el mayor inversor de este hospital y estoy seguro de que no tiene ni idea de las condiciones en las

que mantienen a los enfermos. No sé qué hacen con su dinero, pero le juro por Dios que no pararé para que devuelvan hasta el último centavo. Y ahora lléveme a un cuarto de baño decente donde pueda asear a esta joven.

La enfermera palideció, y les llevó inmediatamente a una zona del hospital completamente distinta, con varias habitaciones muy bien amuebladas y limpias.

—¿Qué es esto? —preguntó Abel.

—Es la zona del hospital destinada a las visitas de mi tío, ¿verdad? —aclaró Gabriel—. Van a terminar todos entre rejas, lo juro.

Entraron en una habitación con calefacción, con cortinas blancas frente a las ventanas y una pequeña televisión tras un cristal blindado. El cuarto de baño era pequeño, pero tenía una ducha en la que perfectamente

podrían caber dos personas.

—Entre ahí y dele un baño a esa pobre muchacha. Y más le vale que el agua esté caliente, porque estaré esperando aquí mismo.

Quince minutos después, apareció una mujer preciosa ante sus ojos. El cabello ondulado de color castaño le caía con gracia sobre los pechos, y sus ojos del color del brezo de las Highlands se posaron directamente en él. Gabriel se percató de que la joven mantenía su cazadora entre los dedos, y sonrió.

—Muy bien, preciosa, esta será a partir de ahora tu habitación. Podrás ver la televisión siempre que quieras, y aquí estarás a salvo por ahora. Volveré a verte mañana, ¿de acuerdo?

Tras besar a la mujer en la frente, salió de la habitación y la enfermera echó la llave.

—Quiero hablar con el director del

centro. Ahora.

—El director no se encuentra en este momento.

—¡Pues llámele! Dígale que Gabriel Bruce quiere verle de inmediato.

La enfermera les llevó hasta un despacho situado en la primera planta de la clínica, y veinte minutos después apareció un hombre mediocre, que no le llegaba siquiera al hombro, con los botones de la camisa amenazando con saltar de su lugar y varias manchas de salsa sobre la solapa de la chaqueta. Gabriel no pudo contenerse y agarró al desgraciado por el cuello, acercándole a su cara.

—Tiene veinticuatro horas para trasladar a los pacientes de forma definitiva a las instalaciones que utiliza para distraer a mi tío, y para comenzar las restauraciones del resto del

hospital. Utilice para ello todo el dinero que le ha estado robando a mi familia, porque por desgracia para usted voy a estar aquí muy a menudo.

—Pero... Pero...

—Danielle Stuart está a partir de ahora bajo mi protección, y será tratada como a una reina. Y prepárese, porque va a tener que dar muchas explicaciones delante de un juez muy pronto.

Dicho esto, le hizo una seña a su primo y salió del hospital. Necesitaba quemar adrenalina, la situación en la que había encontrado a esa mujer le había revuelto el estómago.

## Capítulo 4

A la mañana siguiente, todos los jóvenes estaban esperándole en el recibidor a las seis de la mañana. Abel le dio un codazo sonriendo, estaba pensando lo mismo que él. Los castigos de los Bruce siempre eran efectivos, sobre todo con una panda de vagos como los que tenía delante. Les llevó al jardín nuevamente, y les colocó por parejas como el día anterior.

—Hoy vamos a ver cómo defendernos de una agresión por detrás. Es un agarre muy común, y parece que no tiene defensa, pero vamos a demostrar que hay muchas formas de zafarse de manera rápida y contundente.

Se acercó a Brian, su pareja de ese día, y le agarró pasándole el brazo por el cuello.

—Cuando un agresor te esté estrangulando, tienes que tener la mente fría y pensar cuál es su parte más débil. ¿Cuál es mi punto débil, Rachel?

—Los genitales, señor.

—Muy bien. En esta situación, procederemos a apartar la cadera, golpear los genitales con el puño cerrado, lo que casi le dejará KO. Inmediatamente después, le cogeremos la muñeca, se la doblaremos hasta traerlo frente a nosotros y terminaremos golpeando con el codo. Vamos, Brian, defiéndete de mí.

Brian intentó zafarse, pero terminó tumbado en el suelo con la rodilla de Gaby apuntando a sus propios genitales.

—¿Qué es lo que has hecho mal? —preguntó Gaby.

—No... no lo sé, señor.

—Has fallado en la luxación. Para traerlo al frente tienes que ayudarte con las dos manos en su muñeca, haciendo presa e inmovilizándola. Si lo haces con una sola mano, el agresor puede revolverse contra ti. Vamos, chicos, practicad hasta que os salga bien.

Después del entrenamiento, se acercó a hablar con su tío sobre el estado del sanatorio donde estaba encerrada Danielle.

—Duncan, ¿podemos hablar? —preguntó asomándose a la puerta.

—Claro, pasa. ¿Qué ocurre?

—Ayer fui a ver a Danielle Stuart al sanatorio donde está encerrada.

—¿Cómo se encuentra la muchacha?

—Ahora mejor. Tuve el atino de no dar mi nombre al entrar, y lo que me encontré fue muy



prometedor.

—Tengo entendido que las instalaciones son cómodas y están limpias.

—Las que te enseñan cuando vas de visita sí, pero esto —dijo abriendo la galería de su móvil— es lo que me encontré.

La cara de Duncan palidecía por momentos conforme pasaba las fotos que Gabriel había estado haciendo mientras permanecía sentado en silencio con Danny.

—¡Juro por Dios que John Wilson va a pasar el resto de su vida entre rejas! —rugió su tío—. ¿Cómo he podido estar tan ciego?

—Te mostraba una parte del hospital totalmente distinta, no podías saberlo.

—Pero debería haber insistido en ver las instalaciones completas, de ese modo esto no habría pasado.

—No vale la pena lamentarse. Lo que tienes que hacer ahora es llamar a tu abogado y tomar acciones legales. Yo voy a visitar de nuevo a la joven, para asegurarme que sigue bien.

—Mantenme informado.

Cuando Gabriel llegó a la clínica, se encontró a Danny sentada en la cama con el camisón que le había traído el día anterior y su cazadora sobre los hombros, con las manos ocultas dentro de las mangas y viendo la televisión. Al escuchar el crujido de la puerta, pudo ver en sus ojos un atisbo de reconocimiento, quizás alegría, y eso le motivó aún más en su objetivo.

—Buenos días, preciosa. ¿Has desayunado?

—Aún no, señor Bruce —contestó la

enfermera—. El desayuno se sirve a las diez en punto.

Gabriel miró su reloj y sonrió a la muchacha sentada en la cama.

—Solo faltan unos minutos para que puedas comer. Seguro que tienes hambre.

Con cuidado de no asustarla, se sentó junto a ella, con la espalda pegada a la pared, a mirar los dibujos animados que había en la televisión.

—Así que te gustan estos dibujos... Yo no soy especialmente fanático, pero te aseguro que me encanta *Scooby Doo*.

Danielle apoyó la cabeza en su hombro y suspiró.

—Te he traído un regalo —continuó Gaby entregándole una bolsa—, pero esta vez vas a tener que desenvolverlo tú misma para saber lo

que es.

Aunque al principio la joven parecía no prestar atención al paquete, unos minutos después lo sujetó con cuidado y comenzó a desenvolverlo. Gabriel no apartaba la vista de la televisión, pero sonreía interiormente por el logro que acababa de conseguir. La mujer abrazó el osito de peluche blanco contra su pecho y cerró los ojos con una sonrisa.

—Me alegra que te guste —dijo Gaby—. Me costó decidirme entre el oso y un pequeño tigre.

Danny volvió a centrar su atención en el televisor, sin soltar el muñeco en ningún momento. Gaby se quedó con ella hasta que desayunó, y de marchó cerca de dos horas después.

Estaba satisfecho. Al menos había

conseguido que la joven reaccionase ante su regalo.

Después de comer con sus tíos, Gaby pasó gran parte de la tarde investigando sobre su teoría de las especies. A las seis, Abel entró en el despacho.

—¿Has descubierto algo? —preguntó cerrando la puerta.

—Aún no. ¿Qué tal el entrenamiento?

—Hay algunos que no son capaces de controlar su instinto. Son temerarios y confiados. Se creen que son superiores por su herencia felina, y de seguir así van a terminar muertos.

—Deduzco que Anthony es uno de ellos.

—¿Tony? En absoluto. Su control es admirable. Ha demostrado ser el mejor de todos ellos. Deberías tenerle en el equipo.

—Me fío de tu criterio.

—¿Y bien? ¿Cómo va tu investigación con la joven?

—Creo que bastante bien por ahora. Cuando he ido a verla esta mañana tenía puesta mi cazadora. —Sonrió—. Hoy le he llevado un peluche, pero si quería tenerlo tenía que desenvolverlo.

—¿Y lo hizo?

—Le costó decidirse, pero sí, lo desenvolvió y lo apretó contra su pecho.

—Todo indica que realmente está loca, Gaby, ese comportamiento no es de una persona cuerda.

—No lo creo, Abel. No hay locura en sus ojos. Creo que se está escondiendo en ese sanatorio porque se siente a salvo entre rejas.

—¿Por qué iba alguien a querer algo así?

—Porque está aterrada. No sé qué pasó en ese mausoleo, pero tuvo que ser terrible para ella.

—¿Y crees que algún día conseguirás traerla de vuelta?

—Aunque sea lo último que haga, primo. Aunque sea lo último que haga.

A la hora de cenar, Leslie y Desiree se reunieron con ellos en el salón familiar.

—Buenas noches, chicos —dijo Leslie besándoles en la mejilla—. Siento no haber venido a comer, pero he estado muy ocupada con los detalles de la boda.

—¿Pero no eres tú quien se casa? —preguntó Abel a Desiree.

—Todos quieren que esta sea la boda del año, aunque yo me conformo con una ceremonia sencilla. Si Less quiere una boda por

todo lo alto... que la organice ella.

—Tienes la prueba del vestido dentro de tres días —comentó su hermana sacando una pequeña agenda del bolsillo de sus vaqueros—. A las tres.

—Imposible, tengo una reunión muy importante que no puedo posponer.

—¡Dess! Si sigues así no te casarás nunca —protestó su hermana con un mohín.

—Te dije que programases las pruebas del vestido para los fines de semana.

—¡Chicas, haya paz! —sentenció Stephanie— Cenemos en tranquilidad, ¿de acuerdo?

—¿Siempre es así? —preguntó Gaby divertido a su tío.

—Hoy se están comportando porque estáis vosotros —respondió este—.



Normalmente esto parece una auténtica batalla campal.

—Eres un exagerado, papá —dijo

Desiree.

—¿A qué te dedicas tú, Desiree? —preguntó Abel.

—Soy agente literario. Me ocupo de mantener contentos a los autores de la editorial.

—Interesante.

—Resumiendo —añadió Leslie—, tiene que pasarse el día lamiéndoles el culo para tenerles felices y contentos.

—Al menos trabajo, no como tú —contestó Desiree.

—Yo soy la cara bonita de la empresa familiar, y lo sabes. —Se volvió hacia sus primos—. Me encargo de acompañar a papá a galas benéficas, reuniones y esas cosas.

—Mañana tengo que llamar a Farell para comentarle un asunto de suma importancia.

El suspiro de Leslie fue más que evidente.

—Farell es el abogado de la familia, y Leslie está locuita por él —aclaró su tía.

—¿Qué ocurre, papá? —preguntó Desiree.

—Han estado robando el dinero que destinábamos al sanatorio *Willard*. Gabriel ha descubierto que los pacientes se encontraban en condiciones nefastas.

—¡Dios mío! —exclamó Leslie llevándose las manos a la boca.

—Tenían a los pacientes en habitaciones llenas de mugre, con una manta apulgarada por única prenda de abrigo, sin ducha de agua caliente ni ropa limpia que poder ponerse —aclaró Gaby.

—Pero... ¡Pero yo siempre que voy les veo en habitaciones estupendas! —dijo su prima con los ojos anegados en lágrimas.

—Less, hija, nos enseñaban lo que queríamos ver —aclaró su padre—. Había un par de habitaciones bien acondicionadas, que eran las que nos mostraban.

—Hay que hacer algo, hay que...

—Prima, ya me he ocupado de eso —dijo Gaby—. Ahora están a salvo.

Gabriel subió a su habitación arrastrando los pies. Estaba destrozado. Le dolían todos los músculos del cuerpo, y por si eso fuera poco su cabeza no paraba de dar vueltas sobre los ataques que se habían sucedido en los últimos meses. Ni un rasguño, ninguna marca que pudiese darles una pista. Solo cubiertas de sangre, violadas, y con una mueca de terror en

la cara. No podía ser un vampiro, pues las víctimas conservaban gran parte de su sangre. Los licántropos poseían la misma naturaleza protectora para con los humanos que ellos, así que también quedaban descartados. ¿Un híbrido entre ambas razas? Imposible. Los vampiros eran incapaces de procrear.

Con un suspiro, marcó el número de su hermano y esperó. Le extrañó que tardase más de cuatro tonos en cogerlo, y mucho más el tono de preocupación que oyó en su voz.

—¿Estás bien, Gaby? ¿Os ha pasado algo a ti o a Abel?

—¡Claro que no! ¿Por qué iba a pasar algo? Solo quería comentar contigo algunas cosas.

—Aquí es la una de la madrugada, Gaby. ¿Cómo quieres que no me preocupe si me

llamas a estas horas?

—¡Joder, lo siento! Mañana te llamo.

—Alto ahí, enano... Ya me has despertado, así que suéltalo.

—Estoy agobiado. Mi congregación está formada por una panda de vagos inútiles, y por si eso fuera poco no tengo ni idea de por dónde empezar a buscar a lo que sea que está causando esas muertes.

—Tranquilízate, Gaby... autocontrol. Primero tienes que castigar a esos vagos, así no volverán a desobedecerte.

—Lo hice ayer —contestó Gaby con una sonrisa—. Las *Claymore* nunca fallan.

—Te dije que te harían falta. ¿Cuánto aguantaron?

—Una hora. Esta mañana estaban todos esperándome en el vestíbulo como un reloj.

Ahora estoy dándoles clase de defensa personal, de nada me sirve que sepan luchar si no saben defenderse.

—Muy bien. ¿Y el autocontrol?

—De eso se está ocupando Abel. Él tiene mucha más paciencia que yo. Mientras tanto yo voy a visitar a la joven que se salvó de los ataques.

—¿En serio? ¿Y qué te ha contado?

—Nada. Está encerrada en un psiquiátrico. No abre la boca si no es para comer o gritar, pero creo que estoy consiguiendo progresos. Ayer desarrolló un regalo por sí sola. Empieza a prestarme atención, y eso es importante.

—Si está loca de poco te va a servir, hermano.

—No está loca —protestó Gabriel—. Sé que no lo está.

—¿Y qué hace encerrada en ese lugar entonces?

—Creo que se esconde allí para no volver a encontrarse con lo que la atacó aquella noche. Pienso que se hace pasar por loca para que no la echen a la calle, donde se sentiría indefensa. Tengo el presentimiento que va a ser primordial para dar con el asesino, Nahuel, pero necesito ganarme poco a poco su confianza.

—Muy bien, si es lo que crees... ¿Necesitas que vaya a echarle una mano?

—Tengo que hacer esto yo solo, pero gracias. ¿Cómo está mi ahijado?

—Está empezando a dar sus primeros pasos, y por tanto a romperlo todo. El problema es papá... No me deja regañarle cuando hace alguna trastada. Solo dice “el abuelo lo arreglará”, y se lleva al niño para que no le riña.

Gabriel soltó una carcajada.

—Me gustaría verle hacer alguna de las tuyas. La próxima vez grábalo en vídeo y me lo envías.

—De acuerdo.

—Oye... vete a descansar. Mañana madrugas y ahora que no estoy en la empresa tendrás el doble de trabajo.

—¿Bromeas? Mi adorable esposa se ha cansado de estar en casa cruzada de brazos, y mientras mamá y papá malcrían a Mikael, ella está dando órdenes en la oficina. Yo solo me preocupo de relajarme admirando ese precioso culito que tiene sentado en mi sillón.

—Como te escuche no va a quedarte ni un solo colmillo vivo, Hermano. Hasta mañana.

Colgó el teléfono sintiéndose mucho mejor. Hablar con su hermano le hacía sentirse



bien, él era capaz de aclarar sus ideas y aportarle la calma que necesitaba para no cometer una locura. Se dio una ducha, y tras ponerse una camiseta y un pantalón de pijama se metió entre las mantas, donde poco a poco consiguió conciliar el sueño... Un sueño dominado por una mirada del color del brezo escocés.

El asesino acechaba tras los arbustos de Central Park. Una joven hacía ejercicio con la música a todo volumen sonando en sus auriculares. Perfecto, así no le oiría llegar. Rió con ganas. Realmente ninguna le escuchaba acercarse, era demasiado sigiloso para su bien. La joven era delgada, con el pelo castaño atado en una coleta y unos pechos turgentes amenazando con escaparse de la camiseta de

deporte que llevaba puesta. Un tanga de leopardo asomaba por la cinturilla de su pantalón. El asesino puso cara de asco recordando a su nuevo enemigo. A la manada había llegado alguien nuevo, alguien que amenazaba con truncar sus planes.

El joven que se hacía llamar rey debía morir. Sin él, la manada seguiría indefensa y sumida en la ignorancia. Gabriel era un ingenuo, ¿en serio creía que conseguiría hacer hablar a la mujer? ¡Se había vuelto completamente loca! Ni siquiera era capaz de articular dos palabras seguidas. Él mismo lo había comprobado al ir a visitarla varias veces con su disfraz de buen chico, y lo único que había conseguido era que la desgraciada chillase desesperada en cuanto intentaba tocarla.

Tenía que buscar la manera de

deshacerse del Bruce. Con Duncan al mando, él podría seguir haciendo lo que le venía en gana. Volvió a fijar su atención en la mujer. Se parecía tanto a ella... de un solo movimiento se colocó a su espalda, y la obligó a tragar la cápsula que tenía en la mano. La había drogado con *escopolamina*, la droga que anula la voluntad, imposible de detectar en unos análisis forenses. Unos minutos después, los síntomas fueron apareciendo.

El asesino se apresuró a meterla en su coche para llevarla a su escondite. Allí podría hacer con ella lo que quisiera. Cuando cerró la puerta tras de sí, se bajó los pantalones y los bóxers y se acercó a su víctima. Disfrutó como nunca viendo el terror en los ojos de la chica, y las lágrimas corriendo sin control por sus mejillas. Vertió una de las bolsas de sangre que

había robado para los vampiros sobre ella y su polla comenzó a engordar. Le encantaba verlas cubiertas de sangre, pero no podía arriesgarse a herirlas, porque el Bruce tendría nuevas pistas que seguir. Se restregó contra ella como un animal, lamiendo la sangre de su mejilla, y se hundió en ella hasta el fondo, gritando al sentir su carne desgarrarse a su alrededor. Bombeó dentro de ella cada vez más deprisa, y en el último momento, cuando estaba a punto de correrse, le mostró su verdadera apariencia.

La joven cayó fulminada en el acto. Su corazón se paró como el de todas las demás. El asesino sonrió satisfecho, se dio una ducha y metió el cuerpo de la joven en una bolsa de basura industrial. Se acercó a la playa, y dejó su trofeo pulcramente colocado junto a las rocas, asegurándose de que no sería arrastrado por la

marea. Tu trabajo de hoy había concluido.  
Ahora se podía ir a descansar.

## Capítulo 5

Llevaba un mes entero yendo a ver a Danielle, pero no había conseguido ningún progreso. Estaba desesperado, cansado de verla sumida en su silencio, y lo que es peor... las muertes habían vuelto a aparecer. Habían muerto dos mujeres más en el tiempo que llevaba en Nueva York, sin nada que les diese una pista sobre quién o qué era el asesino.

Decidió cambiar de táctica. Ella se había acostumbrado a verle a diario... ¿Qué ocurriría si de repente dejara de ir a verla? El nuevo personal del sanatorio era de su completa confianza, y podía pasar una semana tranquilamente sin aparecer por allí sin miedo a que volviesen a las antiguas condiciones de

higiene y bienestar. Llevaba ya cinco días sin aparecer por allí, y lo único que había conseguido era que Danielle se meciera sin descanso, mirando al vacío. Esa mañana le costó un mundo concentrarse. No podía dejar de pensar en ella, en si realmente se estaba equivocando y la pobre chica se había vuelto completamente loca.

Su primo entró en el despacho en ese momento con una carpeta en la mano.

—Gaby, aquí tienes las observaciones definitivas de la clase de autocontrol.

—Gracias, Abel, déjalas sobre la mesa, luego les echaré un vistazo.

—¿Sabemos algo de la chica? —preguntó su primo.

—No, esta noche volveré a llamar, pero el doctor sabe que debe llamarme si hay algún

cambio.

—Esa mujer está loca de verdad, Gaby. Si estuvieses en lo cierto ya te habría dicho algo.

—Yo también estoy empezando a creer que estoy equivocado. Estaba tan convencido... He perdido el tiempo para nada.

—No ha sido para nada... Has conseguido que todas las personas que están encerradas en ese psiquiátrico estén en mejores condiciones que antes. Eso es un gran logro.

—Tienes razón, pero...

—No le has fallado, colega. Tú no estabas aquí cuando ella fue atacada, era imposible que pudieras salvarla.

—¿Y por qué me siento un fracasado?

—Porque las mujeres son tu debilidad.

Dicho esto, su primo salió del despacho, dejándole solo con sus pensamientos. Sacó de la



caja fuerte todos los informes policiales que habían conseguido recabar sobre las muertes de las mujeres, y los releyó uno por uno. Todas mujeres blancas, de edad comprendida entre treinta y cuarenta años, delgadas, de más de metro sesenta, con los ojos verdes y el pelo castaño. Todas tenían los ojos verdes, como Danielle. Todas eran parecidas, el asesino seguía un patrón.

Todas ellas estaban cubiertas de sangre, aunque la sangre no pertenecía a ninguna de ellas, que no tenían ni un puñetero rasguño. Deberían haber sido drogadas, pero en los análisis no aparecía ningún indicio de ello. Habían sido duramente violadas, algunas de ellas presentaban desgarros en el pubis, y habían muerto de miedo, literalmente.

Navegó por Internet buscando

información sobre algo que se le había pasado por la cabeza.

*Íncubo: (del latín Incubus, in, 'sobre' y cubare, 'yacer', 'acostarse') es un demonio masculino en la creencia y mitología popular europea de la Edad Media que se supone se posa encima de la víctima femenina durmiente, para tener relaciones sexuales con quien duerme, de acuerdo con una amplia cantidad de tradiciones mitológicas y legendarias. Su contraparte femenina se llama súcubo. Un íncubo puede buscar tener relaciones sexuales con una mujer para convertirse en el padre de un niño, como en la leyenda de Merlín. Algunas fuentes indican que puede ser identificado por su antinatural frío pene. La tradición religiosa sostiene que tener relaciones sexuales con*

*un incubo o súcubo puede provocar un deterioro en la salud, o incluso hasta la muerte. Las víctimas viven la experiencia como un sueño sin poder despertar de éste.*

No concordaba. Nada de lo que había encontrado concordaba con las muertes de las víctimas. Lanzó los expedientes por el aire y se tapó los ojos con el brazo. No podía perder la calma, necesitaba mantener la mente fría. Llamó a su primo Adriel, el médico de la familia.

—¡Ey, primo! ¡Cuánto tiempo sin oírte!  
¿Cómo estás?

—Pues la verdad es que estoy jodido, Adry. No tengo ninguna pista, nada que me lleve a averiguar qué está atacando a esas mujeres. Fueron brutalmente violadas y no opusieron ninguna resistencia. Todas murieron por un ataque al corazón, con el rostro desencajado por

el pánico.

—Espera un segundo —dijo su primo.

Gabriel permaneció esperando pacientemente, escuchando cómo los dedos de su primo volaban por el teclado del ordenador.

—Aquí está. Existe una droga de diseño que actualmente está siendo muy utilizada por los violadores. Se llama *escopolamina*, y se desecha muy rápidamente, por lo que normalmente no aparece en los análisis de sangre. Puede ser administrada en la bebida, o incluso a través del humo de un cigarrillo.

—Entiendo.

—La *escopolamina* inhibe la voluntad de la víctima, que es plenamente consciente de lo que le ocurre. Cuando la droga se elimina del organismo, la víctima no recuerda nada de lo ocurrido, así que el asesino permanece a salvo.

—Quizás las conoció en un bar, les suministró la droga y cuando surtió efecto se las llevó para violarlas. Lo que me preocupa es qué las asustó hasta el punto de morir.

—La *escopolamina* se encuentra en el beleño, la burladora, la mandrágora, la escopolia, la brugmansia y otras plantas de los mismos géneros. Encuentra esas plantas y encontrarás al asesino.

—Gracias, primo, me has sido de gran ayuda. Estaba a punto de volverme loco yo también.

—Lo que necesites, tío. Te dejo, que tengo una cita en la clínica.

Gabriel se quedó pensativo al colgar el teléfono. Con la droga que había nombrado Adriel, el asesino podría ser hasta un humano, pero entonces, ¿por qué ese terror mortal en el

gesto de sus víctimas? Para que el miedo te lleve a la muerte debe ser insoportable, así que no descartaba del todo la idea de un ser sobrenatural. Por otro lado, no entendía la afición del agresor de cubrir a sus víctimas con sangre fresca, sangre humana. Descubrieron que se había producido un robo en el banco de sangre de la ciudad, debía hablar con el alfa de los licántropos para descubrir si los vampiros tenían o no algo que ver con el asunto.

El teléfono le sacó de su ensimismamiento.

—¿Diga?

—Señor Bruce, soy el doctor Staunton, el nuevo director del sanatorio *Willard*. Me dijo que le llamase si había alguna novedad...

—¿Danielle está bien?

—Le ha llamado.

Gabriel inspiró hondo, recorrido por una gran satisfacción.

—¿Ha dicho mi nombre? —preguntó para asegurarse.

—En realidad no ha parado de llamarle en toda la mañana, señor Bruce. Creo que es la señal que estaba esperando.

—Muchas gracias, Staunton. Estaré allí en media hora.

Gabriel corrió hacia su habitación a ducharse. Cuando entró por la puerta del hospital, una enfermera de unos veinticinco años le saludó con una sonrisa.

—Buenas tardes, señor Bruce. Soy Alice, la encargada de cuidar a la señorita Stuart.

—Hola, Alice. ¿Qué tal se encuentra?

—Lleva todo el día nerviosa, paseándose por la habitación, y llamándole a gritos. No ha

querido probar bocado en todo el día, ha lanzado por el suelo cada bandeja que le hemos llevado.

—Lléveme a la habitación, y en cuanto pueda hágame llegar una bandeja con comida. Yo me encargaré de que coma.

Gaby inspiró con fuerza al mirar por la pequeña ventana de la puerta a la joven. Seguía abrazada al peluche que le había regalado tiempo atrás, y estaba sentada en el pequeño alféizar de la ventana, apoyada en los barrotes mirando al cielo. La joven suspiró y acarició la cabeza del juguete.

—¿Por qué ha dejado de venir? —susurró — ¿Por qué me ha abandonado?

Gabriel quedó en shock al escucharla hablar con el muñeco de una forma tan coherente. ¡Lo sabía! ¡Sabía que Danny no estaba loca! Cuando escuchó la llave en la



cerradura, ella volvió a mirar al cielo, sin prestarle atención a su nuevo visitante.

—Buenas tardes, Danielle —dijo Gaby.

La espalda de la mujer se tensó, y volvió la cabeza hacia él con una sonrisa en la cara.

—Me han dicho que has estado llamándome, pero ahora que me tienes aquí vuelves a darme el silencio por respuesta. Me frustras, Danny, me frustras tanto que de buena gana te daría unos buenos azotes.

Ella abrió sus enormes ojos verdes como platos, pero permaneció en silencio.

—Sé que no estás loca, nena, ya no puedes engañarme. Acabo de oírte hablando con el peluche, sé que estás completamente cuerda. Necesito que me cuentes qué viste en ese mausoleo, necesito que me ayudes a protegerte.

—Solo aquí estoy a salvo —susurró ella.

—Eso no es cierto, Danny. Te dije que te protegería, y lo haré. Solo tienes que ayudarme.

—¿Cómo vas a protegerme? Eres solo un hombre.

—¿Acaso no fue un hombre quien te atacó?

Ella rió sarcástica.

—Me encerraron por decir la verdad, y cuando estaba aquí pensé que era el sitio más seguro para esconderme.

—¿Y por qué no pruebas a contármela a mí? Yo sé que no estás loca.

—No me creerías.

—Prueba.

—Fue una bestia, un demonio sacado de una novela de terror.

Gaby se quedó parado en el sitio, pensativo. Necesitaba muchos más datos, pero Danielle había empezado a temblar, así que prefirió dejarlo para más tarde.

—No puedes seguir aquí, Danny. Creo que lo sabes.

—No puedo volver a mi casa. Me despedazará.

—Voy a llevarte a mi casa, no a la tuya. Allí estarás a salvo.

—No voy a ponerte en peligro. Eres la única persona que se ha mostrado amable conmigo desde el ataque. No me perdonaría que te ocurriese algo.

—¿Confías en mí? —preguntó Gaby.

Ella asintió, y tomó la mano que le tendía con indecisión. Gabriel la acompañó hasta el despacho del director, donde firmó el alta

voluntaria.

—Deberá hablar con su familia, señor Bruce. Aunque no han aparecido por aquí desde que estoy al mando, puede que no aprueben que la saque de aquí.

—Lo sé, Stanton, mañana mismo me pondré en contacto con ellos.

Metió a Danny en su coche y la llevó a la mansión. Por suerte no encontraron a nadie en el camino hasta su habitación.

—Muy bien. Esta es mi habitación, pero tendrá que servir por ahora. Voy a mandar que te suban algo de comer. A la derecha está el cuarto de baño, te aconsejo que te des un buen baño relajante mientras te busco algo decente para ponerte.

—No me dejes sola, por favor —suplicó ella.

—Ey, tranquila —contestó abrazándola—, no pienso hacerlo. Mi primo Abel se quedará contigo mientras voy a buscarte ropa limpia. Le conoces, es el hombre que trajo las sábanas el primer día que te visité.

—Sí, a quien grité.

—El mismo. —Sonrió—. Es una de las pocas personas en las que puedes confiar, Danielle, le confiaría mi propia vida.

—Llámame Danny, por favor. Me gusta más cuando me llamas así. Danielle murió aquel día en el mausoleo.

Gabriel asintió y llamó a Abel por teléfono. Su primo descolgó el auricular sin decir nada, un método que ambos habían puesto en práctica por si alguien les vigilaba.

—Abel, necesito que vengas a mi habitación ahora mismo —dijo él—. Es

importante.

—De acuerdo, voy para allá.

Gaby se sentó junto a la muchacha en la cama.

—Llegará en un momento. Te subiré algo de comer también, y luego puedes dormir un rato. Ya hablaremos por la mañana, cuando estés más descansada.

—¿Volverá por mí?

—No lo sé, preciosa. No sé qué es o por qué te atacó. Tu ataque no concuerda con su *modus operandi*, así que puede ser que estuvieras en un lugar inadecuado en el momento más inoportuno.

—Pero creerá que le vi, y...

—Danny... No voy a permitirle hacerte daño, te lo prometo.

En ese momento Abel entró en la

habitación, y se quedó de piedra al verla sentada en la cama.

—Gaby... ¿Qué has hecho?

—Abel, ella es Danny —dijo Gaby levantándose—. Quédate con ella hasta que vuelva. Tengo algunas cosas que hacer y no quiero dejarla sola.

—¿Por qué la has traído aquí? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó su primo intrigado.

—Ella no está loca, y no tiene por qué estar encerrada en un sanatorio. Aquí podré protegerla mucho mejor, eso es todo.

—Bien, pero espero que no vuelva a gritar como una *Banshee*. En el hospital casi me rompe los tímpanos.

—Lo siento mucho —respondió ella—, pero debía seguir interpretando mi papel.

—Prepárale un baño caliente y no te

muevas de aquí hasta que yo vuelva —dijo Gabriel dirigiéndose a la puerta.

—Entendido.

Gaby fue a la cocina a buscar unos sándwiches y un poco de leche caliente. Danny no había comido en todo el día, y estaba demasiado pálida. Encontró a la señora McPherson entre los fogones, como de costumbre.

—Mara, ¿puede hacerme un favor?

—Claro, señor Bruce, dígame qué quiere que haga.

—¿Podría prepararme un par de sándwiches y un vaso de leche? Tenemos una invitada que necesita un poco de color en sus mejillas. Por cierto, ¿dónde puedo encontrar algo de ropa?

—Pídale algo a alguna de sus primas.



Seguro que tienen algo que le sirva a la joven, sea quien sea. En un momento tendrá preparado el tentempié.

—Excelente. Muchas gracias. Y Mara, de esto ni una palabra a nadie. Aún no sé en quién puedo confiar.

—Puede estar tranquilo. Mis labios están sellados.

—Gracias, es usted un ángel.

Se encaminó con paso decidido al jardín, donde su prima Leslie solía sentarse a leer a esas horas de la tarde. Desiree trabajaba hasta la hora de la cena, pero estaba seguro de que no le importaría que su hermana le diese algo de ropa para Danny si se diera el caso. Encontró a Less sentada junto a un pequeño estanque repleto de peces de colores.

—Less, te estaba buscando —dijo

sentándose a su lado.

—Hola, Gaby. ¿Ocurre algo?

—¿Recuerdas que he estado acercándome a la chica a la que atacó la bestia?

—Sí, claro. Se llama Danielle, ¿no es cierto?

—Así es. La he traído a casa, por fin se ha atrevido a hablarme y estará más segura aquí que en el hospital.

—¡Eso es estupendo! ¿Quieres que me quede con ella?

—No creo que esté preparada todavía, pero necesito que me prestes algo de ropa para que pueda cambiarse. Creo que la ropa de Dess le vendrá, es más o menos de su misma estatura.

—Claro, voy a buscar algo en su armario y te la llevo a tu habitación.

—Muchísimas gracias. —Le dio un beso en la frente—. Eres un encanto.

Danielle estaba recostada en el borde de la bañera disfrutando de su primer momento de paz en mucho tiempo. El agua hirviendo había conseguido relajar su cuerpo entumecido, y suspiró agradecida. Antes de la aparición de Gabriel, en el sanatorio solo podía darse una ducha a la semana, y la mayoría de las veces el agua estaba helada. Desde que él tomó el control las duchas habían cambiado, se duchaba todos los días con agua caliente, pero había echado terriblemente de menos un baño de espuma.

Escuchó la puerta de la habitación y la voz de su salvador. Ni siquiera sabía por qué había confiado en aquel hombre, pero el caso es que su insistencia a hacerla salir de su farsa la

habían hecho sentirse segura. Desde que fue con Maggie y Sandy al cementerio no había conseguido sentirse así. Se arrepentía todos los días de haber cometido aquella estupidez. Debería haber sido más lista, haber reconocido su miedo y haberse alejado despavorida de aquel lugar, pero en vez de eso, se hizo la valiente ante sus nuevas amigas. Unas amigas que la habían dejado sola en aquel mausoleo. Gracias a Dios, lo que fuera que la atacó decidió salir tras ellas, pues de no ser así en ese momento estaría muerta.

Gabriel quería saber qué había pasado, quería protegerla. Sonrió. Igual que el arcángel que le daba nombre, tenía debilidad por las mujeres. Y era guapísimo... estaba para comérselo entero. Esos ojos azules le calentaban la sangre de una manera increíble,

jamás se había sentido así con tan solo una mirada. Salió de la ducha y se envolvió el cabello con una toalla. Estaba terminando de secarse cuando una mujer asomó la cabeza por la puerta del cuarto de baño.

—Hola, soy Leslie, la prima de Gaby. Me ha dicho que necesitabas algo de ropa.

—Hola, soy Danny.

—He mandado a mis primos a la otra habitación para que puedas probarte con tranquilidad lo que te he traído. Algo debe servirte, pues mi hermana y tú sois casi del mismo tamaño.

—Muchas gracias por todo, de verdad.

—No tienes por qué darlas. Vamos a probarte la ropa.

Leslie había traído varios vestidos, pantalones y camisas, además de varios

camisones y ropa interior. Excepto un par de vestidos, que tuvieron que arreglar, la ropa le quedaba bastante bien. Cerca de una hora después, La muchacha estaba limpia, bien peinada y lista para que los chicos la vieran. Cuando las dos mujeres entraron a la habitación de Abel, tanto él como Gabriel se quedaron con la boca abierta.

—¡Vaya! Sí que estás cambiada —dijo Abel—. Definitivamente el camión del hospital te sienta fatal. —La muchacha sonrió.

—¿Has comido algo? —preguntó Gaby.

—Un poco. He comido un sándwich, no me entraba nada más.

—Bueno, algo es algo. —Se levantó de la silla y le cogió las manos—. Ahora deberías descansar.

—¿Te quedarás conmigo?

—Por supuesto que sí.

Danielle se metió bajo el edredón nórdico de la cama de Gaby, y permaneció largo rato mirando al techo, escuchando la respiración acompasada de su salvador. Miró hacia el enorme sofá que estaba a los pies de la cama, donde Gabriel dormía apaciblemente. Su vida había cambiado, por suerte este hombre maravilloso había aparecido justo a tiempo de salvarla de la oscuridad. Con un bostezo, se dio la vuelta hacia la ventana y se quedó profundamente dormida.

## Capítulo 6

A la mañana siguiente, Danny se despertó con el sonido de la ducha de fondo. Imaginó a Gabriel bajo el chorro de agua caliente, su piel bronceada por el sol salpicada de gotitas que le encantaría lamer una a una. Se sentó de golpe en la cama. ¿Pero en qué demonios estaba pensando? Se levantó de un salto de la cama y se envolvió en la bata que le había prestado Leslie el día anterior. Debía estar completamente loca. ¿Cómo podía pensar en el sexo cuando un ser sobrenatural la perseguía?

Debía ser un ser sobrenatural, como esos que salen en las series de televisión. Nunca había creído en esas cosas, pero el tamaño de ese ser era fuera de lo común. Y esos ojos...



Solo de pensar en ellos sintió un escalofrío. Aún tenía muy sensible la piel del costado. Recordaba el dolor espantoso, la tela de su camiseta manchada de sangre, sus pulmones a punto de estallar al huir a la carrera. Sus supuestas amigas la dejaron en la calle. Sola, observándolas tras el cristal de la puerta corredera del jardín, esperando el ataque que nunca llegó. Lo siguiente que recordaba era encontrarse en un hospital.

Los informes policiales decían que había sido atacada por una bestia que se había escapado del zoo, pero ella sabía que eso no era cierto. Les contó a sus padres la verdad, pero ellos la tomaron por loca y la encerraron en ese sanatorio, donde no habían ido a verla ni una sola vez en los meses que había estado encerrada. Ninguna visita... solo Gabriel.

En ese momento se abrió la puerta de la habitación y entró Gaby, cubierto de sudor, y Danielle le miró sin comprender.

—Comparto el baño con Abel —aclaró—. Me doy una ducha y bajamos a desayunar, ¿te parece?

—Por mí perfecto.

Le observó entrar en el cuarto de baño quitándose la camiseta por el camino, y observó una cicatriz que le cruzaba la espalda desde la cadera derecha hasta el hombro izquierdo.

—¡Por Dios bendito! —exclamó llevándose las manos a la boca— ¿Qué te ha pasado en la espalda?

Gabriel se acercó al espejo a mirarse, sin recordar el terrible incidente que había ocurrido el año anterior. Ya apenas se acordaba de la cicatriz, pero era evidente que a Danielle le

había impresionado.

—Cuando te digo que te creo, no lo hago a la ligera. Esa herida me la hizo un demonio similar al que te atacó a ti, estuve a punto de morir.

—Debió ser terrible —susurró ella.

—Fue culpa mía. Estaba tan cegado por la ira que me volví vulnerable. Eso es algo que jamás me volverá a pasar.

Se metió en el cuarto de baño ante la atenta mirada de Danielle, que no podía apartar la mirada de la enorme cicatriz que dividía la espalda del hombre en dos. Instintivamente se tocó su propia cicatriz. Él ya no se acordaba de la suya, tenía la esperanza de olvidarla ella también llegado el momento.

Tras desayunar, se acercaron al despacho de Duncan. Danny se quedó asombrada, había

hileras de libros por todas partes. La pasión de la muchacha era la lectura, así que esa sala era para ella todo un tesoro. Al fondo, sentado en un gran escritorio de ébano, se encontraba un hombre de pelo blanco y los mismos ojos que Gabriel. Levantó la mirada y le sonrió, y en ese momento supo que con ellos estaba protegida.

—Duncan, ella es Danielle, la muchacha de la que te hablé.

—Hola, querida —dijo el hombre acercándose a estrecharla en un tierno abrazo—. Me alegro de conocerte.

—Lo mismo digo, señor Bruce.

—Por favor, llámame Duncan. Eso de señor Bruce me hace sentir mayor.

—Bueno, ahora que estamos todos, ¿te importaría contarnos qué ocurrió aquella noche? —preguntó Gaby a Danielle.

—Hacía apenas un mes que conocía a mis supuestas amigas. Estábamos viendo en mi casa una película de miedo, y empezaron a bromear sobre quién sería capaz de entrar en el cementerio de noche. No me pareció buena idea, pero no creí que fuera a pasar nada.

Cerró los ojos un segundo intentando serenarse.

—Cuando vimos el mausoleo, quisieron en que entrara para demostrar que no tenía miedo. Al principio me negué, pero insistieron tanto que al final accedí. Estaba todo muy oscuro, y sonreí porque pensé que era tonta por pensar que existían los fantasmas. Después tropecé con algo peludo, y entonces los vi —un escalofrío la recorrió.

—¿Los viste? —preguntó Duncan— ¿A quiénes?

—Vi aquellos ojos que me miraban. Por la altura a la que se encontraban lo que sea que me atacó debía medir unos dos metros y medio. Empecé a gritar, e intentó atraparme, rasgándome la piel del costado. Fue entonces cuando caí al suelo, y cerré los ojos con fuerza con la esperanza de que pensara que estaba muerta y me dejase en paz. Mis amigas entraron en ese momento y esa cosa se ocultó tras una columna, pero ellas, en vez de ayudarme, cogieron mi teléfono y salieron a correr. La cosa salió de detrás de la columna y las siguió, y conseguí escapar.

Gabriel apretó sus manos entre las suyas, cosa que la reconfortó.

—Cuando llegué a la casa donde se refugiaron, golpeé el cristal con todas mis fuerzas, grité, pero ninguna de las dos hizo

amago de abrirme la puerta. Se quedaron mirándome fijamente, como esperando que esa cosa volviera a por mí. Y yo también lo esperaba, la verdad. Supongo que me desmayé por la pérdida de sangre, y desperté en el hospital.

—¿Cómo eran esos ojos, Danny? — preguntó Gabriel— Intenta recordar.

—Eran como los ojos de los gatos, pero mucho más grandes. Pero lo que más llamó mi atención fue su color: eran amarillos.

—¿Amarillos? —preguntó Abel— Qué extraño... nunca he visto unos ojos amarillos.

La mirada que le lanzó su primo para que cerrase el pico fue monumental.

—Gracias, Danielle, nos has sido de mucha ayuda —dijo Duncan—. Ya tenemos algunas pistas para comenzar a trabajar. Mi hija

Leslie se quedará contigo mientras Gabriel y yo hablamos, cielo.

—Muy bien —dijo la muchacha.

—Vamos —saltó Leslie de pronto—. No podemos salir de la mansión, pero vamos a divertirnos de lo lindo haciendo compras por Internet. Necesitas ropa decente.

En cuanto las dos mujeres salieron de la habitación, los tres hombres se pusieron serios.

—Ojos de gato amarillos... Todo empieza a encajar ahora —dijo Gabriel.

—¿A qué te refieres? —preguntó su tío intrigado.

—Sospechaba que lo que buscamos era una especie de animal, una especie de híbrido entre las especies. Ahora sabemos que es una especie de felino... es decir, uno de nosotros.

—Pero Gaby —dijo Abel— nuestra



especie tiene la característica de tener los ojos claros.

—Lo sé —continuó Gaby—, Pero si fuera una mezcla entre un weretiger y un licántropo, o entre un weretiger y un vampiro, todo encajaría.

—Nunca se ha dado ningún caso —agregó su tío—, pero tienes razón, deberíamos investigar por si acaso.

—Podríamos llamar a Edimburgo y que mi padre mire en los registros familiares —dijo Abel.

—Me parece estupendo —dijo Duncan levantándose—. Ahora mismo me encargo de ello.

Cuando Gabriel llegó unas horas después a su habitación, encontró a su prima leyendo tranquilamente junto a la ventana mientras

Danny dormía. Su prima se levantó en cuanto le vio y se acercó a donde él se encontraba.

—Se ha quedado dormida en cuanto ha puesto la cabeza sobre la almohada, estaba rendida. Pero tiene pesadillas, pesadillas horribles. Creo que no durmió demasiado en el sanatorio, y ahora que se siente protegida todo el cansancio le ha caído de golpe. Pobre mujer, ha debido pasarlo realmente mal.

—Gracias por cuidarla, Less.

—No digas tonterías. Me preocupa tanto como a ti que haya algo ahí fuera matando a mujeres inocentes.

—Lo sé. Y también sé que puedo contar contigo para lo que sea.

—Pues claro. Ahora me voy, tengo cosas que hacer. Si me necesitas sabes dónde encontrarme.

En cuanto su prima salió por la puerta de la habitación, Gaby se sentó en el borde de la cama. Danielle parecía tranquila, y él lo agradecía. Su prima tenía razón, no debía haber dormido demasiado en el hospital pensando que esa cosa iría detrás de ella. Ahora necesitaba recuperar el sueño perdido.

Las facciones relajadas de Danielle mostraban su verdadera belleza. Gaby sintió una punzada extraña en el estómago cuando ella suspiró. Acarició suavemente el pelo de la joven, con ternura. Sentía que debía protegerla. No solo porque era su naturaleza, sino por algo mucho más personal, pero no sabía qué. Decidió no darle mucha importancia a ese sentimiento.

Se tumbó a su lado mirando al techo para analizar lo que habían descubierto. La muchacha había visto unos ojos, unos ojos de

felino. Podía ser un weretiger o un híbrido. No conocía a ningún weretiger con los ojos amarillos, todos tenían los ojos claros. Por la altura, el weretiger debía estar a media transformación, o con las patas delanteras apoyadas en alguna parte.

Le quedaban aún muchas incógnitas referentes al caso. ¿Realmente era un weretiger? Y si era así, ¿qué motivos tenía para hacer una atrocidad como aquella? Si lo que quería era la corona de Duncan, de aquella manera no iba a conseguirla. La única explicación es que estuviese loco. Tenía que llamar a su hermano, necesitaba ayuda, y la necesitaba ya.

Se levantó de la cama con cuidado y salió de la habitación sin hacer ruido. Encontró a Abel en el pasillo, y le pidió que se quedara con

Danielle mientras él arreglaba este asunto. Marcó el número de su casa, e inmediatamente obtuvo respuesta. Contestó su madre, como siempre.

—¿Dígame? —Oír su voz le reconfortó.

—Hola, mamá, soy Gaby.

—¡Hijo! Qué alegría escucharte. Te echaba de menos.

—Yo también os echo de menos. Oye, ¿está Nahuel por ahí? Necesito hablar con él.

—¿Tienes problemas?

—Creo que estoy metido en un buen lío, mamá, necesito su ayuda.

—Ahora mismo voy a buscarle. Te quiero.

—Yo también te quiero.

Gaby sonrió. Su familia siempre le levantaba el ánimo, y escuchar la voz de su

madre le había transmitido paz. Les echaba terriblemente de menos.

—¡Ey, hermano! —dijo Nahuel al otro lado de la línea— ¿Cómo va todo?

—No lo sé, Nahuel. Las cosas no avanzan y yo me estoy volviendo loco. Lo único que he conseguido es sacar a esa pobre muchacha del estado de demencia en el que se encontraba.

—No te bloques, Gaby. Lo que has conseguido es muy importante.

—Nahuel, ¿podrías venir un par de semanas? Me prometí a mí mismo que no te llamaría, pero es que estoy desesperado. Llevo aquí dos meses y solo hay dos jóvenes dispuestos a darlo todo por la congregación. Los demás no tienen iniciativa, y empiezo a pensar que no tienen sangre en las venas.

—No te preocupes, me monto en el primer vuelo que salga para allá.

—Danny nos ha dado algunas pistas que quiero comentar contigo, pero en privado.

—¿Danny?

—Danielle Stuart. La mujer que estaba en el siquiátrico.

—Entiendo...

—Nahuel... quiero que seas duro con mi congregación. Que les metas miedo. Que los obligues a esforzarse.

—Ya me has dado mala fama, ¿no es cierto? —Gaby soltó una carcajada.

—Pues no, pero yo he sido demasiado condescendiente con ellos.

—Bueno, hermano. Nos vemos en un par de días.

—Gracias por tu ayuda.

Esa noche llegó a su habitación cuando Danielle ya dormía. Apenas la había visto el resto del día, pero sabía que había estado muy a gusto con Leslie. Su prima era un dulce de mujer, y todo el mundo le cogía cariño en cuanto la conocía. Se desnudó y se tumbó en el sofá, donde se quedó dormido en el acto.

*Danielle corría por los suburbios de la ciudad. Intentaba huir de una bestia. Su ropa desgarrada y cubierta de sangre apenas la cubría, pero lo único que le importaba era escapar con vida de aquella cosa. Volvió la cabeza para ver si aún seguía ahí, y no encontró ni rastro de lo que la perseguía, pero no pensaba parar de correr hasta que estuviera a salvo, con Gaby. Volvió la cabeza hacia delante, y al final de*



*la calle los vio. Aquellos ojos amarillos y aterradores se acercaban a pasos agigantados. No tenía escapatoria, así que hizo lo único que podía hacer dadas las circunstancias: Gritó.*

El grito de angustia de Danielle sacó a Gaby del sueño. Dio un salto del sofá y se puso a la defensiva, un poco desorientado. Cuando terminó de despertar se dio cuenta de que la muchacha estaba teniendo una horrible pesadilla, y se acercó a ella para despertarla.

—Shh, tranquila, preciosa, solo ha sido un sueño —dijo estrechándola fuertemente entre sus brazos—. Ya pasó todo.

—Ha sido horrible —sollozando agarrada con fuerza a la camisa de Gaby—. Estaba ahí, justo ahí, iba a cogirme.

—Cuéntamelo.

—Yo corría por una calle oscura. Sabía que me perseguía, pero quería escapar. Me volví para ver si estaba detrás, y cuando me di la vuelta para seguir corriendo los vi. Los ojos estaban muy cerca, iba a cogirme...

—Tranquila, tesoro. Ya pasó. No voy a permitir que se acerque a ti, te lo prometo.

—Ni siquiera sabemos qué es...

—Lo averiguaré. Deja de preocuparte. Y ahora vuelve a dormirte. Estoy aquí mismo.

Cuando la muchacha volvió a dormirse, salió de la habitación con la intención de tomar una copa, pues se había desvelado. Entró en su despacho y se sirvió un buen trago de whisky escocés. Cerró los ojos para saborear el licor, que le recordaba a su casa. A sus praderas verdes, a su castillo... Pero sobretodo le recordaba las miles de noches que había pasado

en vela con su hermano. Sabía que había tomado la mejor decisión al llamarle, la experiencia de su hermano con Sammael sería importante para este caso. Como el whisky no surtió efecto, se acercó al gimnasio para entrenar un poco. Quizás un poco de esfuerzo físico le ayudase a dormir.

Para su sorpresa, encontró allí a Anthony. Había decidido que formaría parte de su equipo, era el más preparado para ello y le inspiraba confianza, pero aún no le había comunicado nada a ninguno de ellos. Se quedó mirándolo un momento. Sus casi dos metros de altura y sus músculos definidos le hacían recordar a su hermano. Tenía el pelo negro, cortado a la moda, unos ojos azules grandes y expresivos, y una boca que tenía siempre dibujada una mueca irónica.

—Hola, Anthony —le dijo acercándose—. No creí encontrar a nadie despierto a estas horas.

—Buenos días, majestad. Estaba entrenando un poco, no podía dormir.

—Deja lo de majestad ya, ¿quieres? Me haces sentir incómodo. Nunca pensé en llegar a reinar, y la verdad es que no me gusta demasiado.

—Eres heredero de los Bruce, sabías que tenías que reinar.

—Yo no supe de la existencia de mi tío hasta una semana antes de venir, Tony. Mi padre nunca nos habló de él, mi hermano mayor es ahora el rey en Edimburgo, y su hijo es albino. Así que...

—Tiene que ser duro —sonrió—. Todos querían que yo gobernase cuando Duncan

decidiese retirarse, y reconozco que estaba aterrado.

—¿No querías gobernar?

—¡Dios, no! Yo no sirvo para eso. Yo prefiero estar en la retaguardia, cubriendo las espaldas.

—Pues el primer día me diste otra impresión.

—Bueno, sí es cierto que no me gustó mucho que alguien extraño a la congregación nos liderase. Pero sé cuándo estoy equivocado, y en este caso lo estaba. Realmente lo estás haciendo muy bien.

—Estabais un poco oxidados, y me está costando elegir al equipo de defensa. Solo sé que os quiero a Brian y a ti formando parte de él.

—Gracias por la confianza puesta en mí,

no te decepcionaré, y sé que Brian tampoco. Se está entrenando muy duro.

—Lo sé, y la verdad es que ha mejorado notablemente desde que empezó a entrenar. Además es muy ágil, y bien sabe Dios que eso es muy importante.

—¿Qué te ocurre, Gaby? Te veo preocupado.

—Todas las pistas me llevan a creer que quien atacó a Danielle fue uno de los nuestros. Cada día mueren más mujeres en la calle sin que yo pueda hacer nada, y si tengo razón...

—¿Y por qué no le pides ayuda a los licántropos? Ellos están siempre merodeando por las calles a la espera de los ataques de los vampiros, y quizás hayan visto algo.

—¿Dónde puedo encontrarlos?

—Viven en el castillo de Central Park. Su

jefe se llama Julian Jones.

—Mi tío me hablo de él, son grandes amigos. Mañana por la noche iremos a verle. Abel y tú me acompañaréis.

—De acuerdo.

Gabriel se quedó solo con sus pensamientos. Al contrario de lo que todo el mundo creía, Anthony no quería su puesto. El primer día había estado muy equivocado, y ahora se alegraba de ello. Sabía que podía confiarle su vida, y la de Danielle, si se diera el caso.

## Capítulo 7

Danielle no durmió demasiado bien esa noche. Había algo que la hacía despertarse una y otra vez, recordando el día del ataque. Sintió de nuevo en su tobillo el roce de algo suave, peludo y enorme, y un escalofrío la recorrió. Miró hacia el sofá para descubrir que Gabriel no estaba durmiendo, así que se levantó y se dio una ducha antes de bajar a desayunar. Encontró en el salón principal a Leslie, que tomaba té leyendo el periódico.

—Buenos días, Danny. ¿Qué tal has dormido hoy?

—Fatal. No he descansado nada. No he dejado de soñar con la noche del mausoleo.

—Debió ser horrible —dijo su nueva



amiga.

—Lo peor fue ver cómo mis amigas me abandonaban a mi suerte. Me dejaron allí, en el jardín de su casa, esperando ver cómo aparecía esa cosa y se libraba de mí.

—¡Dios mío!

En ese momento entró en la habitación Anthony, con cara de pocos amigos.

—Less, ¿has visto a Gabriel? Es importante.

—Creo que está en su despacho — contestó ella—. ¿Qué ha ocurrido?

—Otra muerte.

Las dos mujeres se miraron y salieron a correr detrás del muchacho. Cuando llegaron a su destino, Gaby miró a su prima con una ceja arqueada, pero ella solo se encogió de hombros.

—Soy mujer. Debo saber qué hay allí

fuera, y ella es una víctima. Tenemos derecho a saberlo.

—Muy bien, Anthony. Dame esos papeles.

—Esta vez ha cambiado su *modus operandi*, Gaby. Las dos mujeres aparecieron asesinadas en el mismo lugar, y estaban abiertas desde el pubis hasta el estómago, como si las hubiera empalado.

—¡Joder! —exclamó el rey al ver las fotos de las víctimas.

—¿Qué pasa? —preguntó Danny.

—Nada, no pasa nada —mintió él.

—Gabriel... ¿Qué pasa? —insistió ella.

Gaby estiró la mano y le mostró las fotos de las víctimas. Tuvo que sentarse al descubrir que eran las otras dos chicas del mausoleo, las que la habían dejado a su suerte. En el pecho de

una de ellas había una inscripción que estaba segura que iba dirigida a ella: “Te encontraré”.

Gabriel vio cómo la pobre mujer se dejaba caer en la silla al ver a sus dos amigas muertas. Quizás no debería haberle enseñado esas fotos, pero creyó necesario que estuviera preparada para lo que se avecinaba. Venía a por ella, el muy cabrón venía a por ella, y no pararía hasta dar con su paradero. Se acercó a Danielle y se sentó junto a ella.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Viene a por mí —susurró Danny—.

Viene a por mí...

—Escúchame bien, Danny. —Gabriel levantó su cara para que le mirase—. No voy a permitir que se acerque a ti, ¿me oyes? No voy a permitir que te haga daño.

—¿Y cómo vas a conseguirlo, Gabriel?  
¡Eres solo un hombre! Esa cosa no sé lo que es,  
pero desde luego no es humano. Si viene a por  
mí estoy perdida.

—¿Confías en mí? —Ella no respondió—.

Danny, ¿confías en mí?

—Si no lo hiciera no estaría aquí.

—Pues créeme cuando te digo que esa  
cosa no va a hacerte ningún daño. En cuanto  
termine con esto iremos a ver a tus padres,  
tenemos que decirles que estás bajo mi  
protección.

Danielle le miró fijamente, con la pena  
dibujada en su rostro.

—No, Gaby. Si no han sido capaces de ir  
a verme ni una sola vez desde que me  
encerraron en el sanatorio, no tienen derecho a  
saber dónde estoy. No creo que sepan que me

he ido del hospital, siquiera.

—¿Estás segura?

—Completamente.

—De acuerdo. Pues ve con Less y dentro de un rato iré a buscarte. Voy a enseñarte defensa personal, no está de más ser precavidos.

Las dos mujeres salieron por la puerta y Gaby se dejó caer en el sillón. Abel soltó los documentos en la mesa y se cruzó de brazos.

—¿Alguien más piensa que ese tío sabe dónde está Danielle? —preguntó.

—Creo que todos lo pensamos —contestó Anthony.

—Mañana llegará Nahuel —dijo Gaby—, él lo solucionará.

—¿Na... Nahuel? ¿El gran tigre albino? —preguntó Tony asustado.

—Mi hermano —asintió Gaby—. ¿Por qué lo preguntas?

—Las historias que se cuentan sobre él son aterradoras. Dicen que mató a un demonio con sus propias garras.

—Bueno —sonrió—, el demonio había atrapado a su mujer... Estaba un poco cabreado.

—También dicen que es autoritario y despiadado.

La carcajada de Abel resonó por toda la habitación.

—Si esa es la fama que tiene Nahuel por estos lares, estoy deseando verles la cara a toda esa panda de inútiles cuando aparezca.

—Mi hermano es despiadado... con aquellos que atentan con la seguridad de la humanidad o su familia. Pero como rey...

Dios... Ojalá yo llegue a ser la mitad de buen rey que él es.

Diez minutos después, Gaby encontró a Danielle en su habitación, mirando por la ventana.

—Ey, ¿estás bien? —pregunto sentándose a su lado.

—Estaba enfadada con ellas... muy enfadada, pero no merecían lo que les ha pasado.

—Lo sé, pero no debes martirizarte por lo que ha pasado. No es culpa tuya.

—¿En serio? ¿Y por qué me siento tan culpable?

—Porque eres una buena persona. ¿Estás preparada para el entrenamiento?

—Sí... Quizás haciendo ejercicio despeje un poco la mente.

Se acercaron al gimnasio, pues los hombres estaban entrenando en el patio y no quería que Danny viese por accidente ninguna transformación. Ya tenía bastante con pensar en el asesino como para tener que vérselas con otro ser sobrenatural. Las curvas de la joven se moldeaban a través de la lycra de su traje de deporte, y Gabriel comenzó a sentir escalofríos por la espalda.

—Necesitas saber defenderte en cualquier situación, Danny. Esa cosa es superior en fuerza y peso, pero no quiere decir que sea invencible. Cógeme del cuello.

Danielle sujetó firmemente a Gaby como le decía, y permaneció quieta, mirándole a los ojos.

—Lo más importante, pese a que yo peso veinte kilos más que tú, es levantar el brazo en



forma de L y girarse rápidamente. —Hizo el movimiento—. Ninguna muñeca puede aguantar ese giro, por lo que el agresor automáticamente te soltará.

—De acuerdo.

—Tienes que aprovechar la postura para propinarle un codazo en la nariz, para dejarle aturdido, e inmediatamente le das un rodillazo en sus genitales, le empujas y sales corriendo. ¿Lo has entendido?

—Perfectamente.

—Muy bien, ahora yo voy a agredirte y tienes que defenderte. Pero no me dejes estéril, ¿de acuerdo? —bromeó.

—Lo intentaré.

Danielle sintió las manos de Gabriel en su cuello, y su sangre comenzó a arder, pero no de rabia o miedo, sino por algo mucho más

primitivo. Podía ver las pequeñas motitas negras que se dibujaban en el iris de sus ojos, el sudor que caía lentamente por su garganta, y su sangre comenzó a reaccionar en respuesta. Le deseaba, no podía negarlo, era un hombre que hacía girar la cabeza a cualquier mujer que se cruzase en su camino y ella no era la excepción. Pero solo quería protegerla de un monstruo, no tenía ningún interés en llevarla a su cama.

Hizo el movimiento que él le había enseñado, bajando sus brazos y poniendo el codo en posición para golpearle la nariz. Tenía sus manos atrapadas, y su cara estaba a escasos centímetros de su oreja.

—¿Te arreglo la nariz? —bromeó ella.

—¿Acaso no te gusta la que tengo?

—Me parece demasiado sexy para tu bien.

Terminó el movimiento y empujó a Gaby, saliendo a correr hacia la otra punta del gimnasio muerta de risa.

—Me alegra que te parezca divertido, pero debes practicar aún mucho más.

—Lo he hecho de maravilla —se jactó ella.

—¿Quieres ver cómo no?

Gabriel se acercó a ella y volvió a rodear su cuello con las manos. Danny repitió el movimiento, y terminó tumbada sobre la colchoneta con Gaby a cuatro patas sobre ella.

—Punto número uno: has sido demasiado lenta. Me has dado tiempo para adivinar tus movimientos y, por tanto, reaccionar.

Su respiración se aceleraba por momentos.

—Punto número dos: no has inclinado el

brazo lo suficiente, y he podido zafarme fácilmente de tu agarre.

La boca de Gaby estaba a tan solo un milímetro.

—Punto número tres...

—Gaby, Abel necesita que le ayudes con algo —interrumpió Anthony—. Es muy importante.

Gabriel se levantó del suelo y le tendió la mano para levantarla, pero el momento ya había pasado. Se recompuso la ropa lo mejor que pudo, avergonzada de haber sido pillada en esa situación tan comprometedora, y se volvió hacia el recién llegado con una sonrisa.

—Anthony, sigue entrenando con ella. Volveré en un momento.

Danielle vio a Gabriel salir por la puerta, y se fijó en el muchacho que acababa de llegar.

No era ni de lejos tan guapo como su ángel de la guarda, pero desde luego era todo un bombón. ¿En esta casa no había ningún hombre feo? Con ese pensamiento en mente, siguió entrenando.

Gabriel se dirigió con paso decidido hasta el jardín. Si su primo le había llamado con tanta urgencia, era que algo malo ocurría. Se encontró una escena digna del *National Geographic*, un león y una pantera luchando a colmillo limpio. Sin parar su carrera, se convirtió en pantera y se interpuso entre los dos con un rugido.

—¿Qué demonios está pasando aquí?! ¿Acaso habéis perdido la cabeza?

Los dos Weretigers agacharon la cabeza, convirtiéndose de nuevo en humanos.

—¿Os recuerdo que tenemos en la casa a una humana! ¿Qué habría pasado si os descubre

peleando como gallitos?

—Pero majestad... —protestó uno de ellos.

—¡Silencio he dicho! Somos una congregación, una familia. Si no sois capaces de respetar eso, no tenéis nada que hacer aquí.

Ambos jóvenes se pusieron lívidos ante la amenaza de ser expulsados.

—¿Me vais a contar qué demonios ha pasado?

—Christopher dijo que las mujeres no tenían cabida en el equipo de defensa —contestó el otro muchacho.

—¿Eso crees? Esta noche estará aquí mi familia, y podrás demostrarle esas palabras a cualquiera de mis primas. Estoy seguro que ellas estarán encantadas de hacerte tragar tus palabras.

El resto de jóvenes comenzaron a reír, pero una mirada de Abel les silenció en seco.

—Venid conmigo —dijo Gaby.

Les llevó al gimnasio, donde sacó de una taquilla cerrada con llave dos *Claymore* y las lanzó a sus pies.

—¡Por favor, señor! ¡Otra vez no! —gimió uno de ellos.

—Si os comportáis como críos, merecéis un castigo. ¡Espadas en alto!

Ambos muchachos obedecieron sin rechistar. Gabriel se apoyó en la pared, a la espera de su súplica, mientras observaba a Danielle entrenar con Anthony. Ella se había quedado parada en el sitio, con los ojos como platos, mirando a los dos jóvenes.

—¿Qué ocurre, Danielle? ¿Tú también quieres probar?

—¡No me trates como a tus soldados! A mí no puedes castigarme si no hago lo que quieres.

—Si tú lo dices...

—Pero sí quiero probar —le sorprendió diciendo—. Será divertido.

Gabriel cogió del armario su *Sgian dubh*, un pequeño cuchillo que le había regalado su padre cuando cumplió la mayoría de edad, con la empuñadura de plata trenzada y rematada con un zafiro del mismo color que sus ojos. Se acercó a Danielle y le ofreció el arma con una sonrisa, pero ella arqueó una ceja y se acercó al armario, cogió la *Claymore* más grande que encontró y se colocó junto a los dos jóvenes para levantarla sobre su cabeza.

Habían pasado ya dos horas, y los jóvenes se dejaron caer al suelo pidiendo clemencia.



Danielle permanecía con los brazos estirados y cara de aburrimiento. Gabriel estaba muy sorprendido, ni siquiera él había sido capaz de aguantar dos horas seguidas sin caer rendido.

—Ahí tienes la inferioridad de la mujer, Christopher. Debería darte vergüenza que ella siga con los brazos en alto y tú no puedas ni mantenerte de pie.

—Siento lo que dije, señor. Las mujeres son claramente superiores a nosotros.

—Ya puedes soltar eso, Danny, vas a terminar haciéndote daño.

—No estoy cansada —dijo ella con una mueca de dolor.

—No sé qué querías demostrar, pero está claro que ya lo has hecho. Dame la espada y ve a darte una ducha. Mañana no podrás mover los brazos.

Después de cenar, Gabriel entró en su habitación con un bote de unguento en las manos. Danny estaba sentada en la cama, intentando pasar el camisón por la cabeza con un gesto de dolor. El miembro de Gaby comenzó a crecer en el acto. Su ropa interior era simple, virginal, pero no podía evitar sentirse atraído por las curvas de su cuerpo. Carraspeó para que ella se percatara de su presencia, y Danielle se tapó rápidamente con la prenda, soltando un gemido.

—No voy a escandalizarme por verte en ropa interior, Danny. —Le mostró el frasco—. Te he traído esto, calmará el dolor.

—No puedo mover los brazos, tendrás que untármelo tú.

Gaby se acercó lentamente a ella, que dejó el camisón a un lado y se quedó mirándole

a los ojos.

—Túmbate —susurró él.

Pasó las manos embadurnadas en la crema por sus hombros y sus brazos, evitando rozar sus generosos pechos, que sobresalían un poco por la tela del sujetador. Su respiración se aceleró al imaginarse lamiendo esas dulces crestas sonrosadas, y tuvo que echar mano de todo su autocontrol para no terminar enterrado dentro de ella.

Danielle le miraba con los ojos en llamas, lamiéndose el labio inferior cada vez que sus manos rozaban la sensible piel de sus senos. El sudor bajaba por su cuello al verla tan deseable, tan dispuesta a abrir las piernas y dejarle hacer lo que quisiera.

—Ya está, en un momento dejará de dolerte —susurró.

—Gracias.

Gabriel volvió a su lugar en el sofá con un suspiro. ¿Qué demonios le pasaba? Danielle era una mujer muy bella, de eso no había duda, pero estaba teniendo las reacciones típicas de un adolescente. Su libido se estaba disparando, y eso no era nada bueno. Esa mujer estaba en su habitación únicamente porque aún no podía dejarla sola, acababa de salir de un mal trance y lo último que necesitaba era estar sola en un lugar lleno de extraños. Pero se moría de ganas de besarla, de acariciar su piel cremosa, de hacerle el amor de mil maneras distintas. Empezó a sudar. Necesitaba estar con una mujer, eso era. Hacía demasiado tiempo que no se acostaba con una, pero la verdad es que no sentía ningún interés por las relaciones esporádicas.

Danielle empezó a removerse en sueños. La abrazó con cuidado e intentó tranquilizarla con su voz. La chica suspiró y se volvió a quedar profundamente dormida. El reloj de la entrada dio las doce de la noche, así que se levantó y bajó a reunirse con Abel y Tony en el recibidor. Como él mismo había indicado, ambos jóvenes iban vestidos completamente de negro. Si bien era cierto que pensaban convertirse en Weretigers en cuanto pisaran los jardines de Central Park, debían pasar desapercibidos por las calles de la ciudad.

Se adentraron en la penumbra y comenzaron la transformación. Cualquiera que viese a dos panteras y un guepardo merodeando por allí huiría despavorido, pero los vampiros no entendían de razas, y les sería infinitamente más fácil vencerles si estaban en su estado animal.

Decidió que lo mejor sería separarse, cubrirían mayor territorio de esa manera.

Gaby atravesó un puente y lo vio. Parado bajo un árbol se encontraba un lobo negro de gran tamaño, y justo en las ramas de encima un vampiro estaba agazapado con la intención de atacarlo. Si le pillaba por sorpresa vencería, y esa era una oportunidad de oro que Gaby no estaba dispuesto a dejar pasar. Saltó sigilosamente por las ramas de los árboles colindantes hasta quedar a escasos centímetros del vampiro.

—Siento desilusionarte, pero estás muerto  
—susurró.

De un solo mordisco desgarró la yugular del monstruo, que se había quedado paralizado por la impresión de oír a una pantera albina hablar. Cayó a los pies del licántropo y se

desangró en el acto.

—Por Dios santo... ¿Cómo soportáis ese sabor en la boca? —protestó Gaby—Es asqueroso.

—¿Quién eres tú? —preguntó el lobo mirándole con la boca abierta.

—Gabriel Bruce. Sobrino de Duncan Bruce.

—Debí haber imaginado que algo así solo podría hacerlo un Bruce —dijo sonriendo el lobo—. Soy Mathew, el jefe de la guardia licántropa.

—Un placer conocerte.

—¿Y qué te trae por aquí, Bruce?

—Necesito hablar con tu jefe.

—Julian está de viaje, volverá mañana por la noche. Le diré que quieres verle, estará encantado de recibirte. Y por cierto... gracias por salvarme la vida.

—No hay de qué. Pero la próxima vez recuérdame que no les muerda, aún siento arcadas. —El lobo se rió.

—Eso es solo hasta que te acostumbras, amigo, luego es pan comido. Y un inciso —dijo clavando una estaca en el corazón del vampiro en el mismo instante en el que este se levantaba —, nunca te fíes. O les cortas la cabeza o le clavas una estaca, si no, el trabajo no está acabado.

—Lo tendré en cuenta —dijo Gaby tras una carcajada.

Gabriel se reunió con Tony y Abel en la salida del parque y regresaron a casa. Necesitaba una ducha urgente, tenía todo el pelaje cubierto de sangre del vampiro y lo último que quería era que Danny le viese así.

—Abel... voy a entrar a la ducha por tu



habitación.

—¿Y eso? —preguntó su primo extrañado.

—Danny... ¿Recuerdas?

—Es verdad... no me acordaba de que aún duerme en tu habitación.

Pero no tuvo oportunidad de hacerlo. En cuanto entraron por la puerta de la mansión escuchó el suspiro entrecortado de Danny, que bajó las escaleras como si volara.

—¡Ay Dios mío! Gaby ¿Qué te ha pasado?

—Tranquila... no es mía.

—¿De dónde diablos ha salido tantísima sangre? —preguntó la mujer inspeccionando a Gaby para asegurarse de que no estaba herido.

—Danny... de verdad que no es mía.

—Hubo un tiroteo —interrumpió Tony—

y Gaby ayudó al herido hasta que llegó la ambulancia.

—Dios mío... ¿el hombre está bien?

—Cuando nos fuimos estaba estable —  
contestó Abel.

—De verdad, Danielle, solo necesito una ducha —interrumpió Gabriel.

—Está bien... vamos, te lo prepararé todo.

—Si llego a saberlo ayudo yo al pobre chaval —dijo Abel bromeando.

Danny ayudó a Gaby a subir las escaleras como si estuviera enfermo, le preparó la ducha e intentó ayudarle a desvestirse, pero Gaby se lo impidió y la sacó a empujones del cuarto de baño.

—Nena, de verdad... puedo yo solo.

Estaba al borde de un ataque de nervios.

Sentir las manos de la muchacha por todo su cuerpo iba a volverle loco. Se le habían pasado por la mente un millón de posturas para hacerle el amor en tan solo unos minutos, y eso no era nada bueno. ¡Él tenía que defenderla, maldita sea, no darle más problemas! Además, en cuanto descubriese su naturaleza le repudiaría.

Se metió bajo el chorro del agua helada, quizás así pudiese enfriar su ardor. Al salir del cuarto de baño descubrió que Danny no estaba por ninguna parte, cosa que agradeció. Se puso un pantalón de chándal y salió a buscarla. No debía de andar lejos, pero sin saber a lo que se enfrentaban no le gustaba que anduviese sola.

La buscó por toda la casa, pero no había ni rastro de ella. Empezó a preocuparse. ¿Dónde demonios se había metido? La encontró sentada en uno de los bancos situados junto al

estanque del jardín.

—¡Ey! Me habías preocupado —susurró—. ¿Qué haces aquí tan sola?

—Pensar.

—¿Qué te ocurre?

—No me ha gustado nada verte cubierto de sangre.

—Ya te he dicho que...

—Lo sé, pero la próxima vez sí podría serlo. Estás enfrentándote a algo que no es de este mundo, a un monstruo, y es por mi culpa. No podré vivir pensando que te ha pasado algo malo por mi culpa.

—A ver, Danny... no lo hago solo por ti, ¿de acuerdo? Lo hago por todas esas mujeres que han muerto y no han podido escapar, y por todas las que están tranquilamente en casa sin imaginarse que mañana o pasado mañana esa

bestia las violará y acabará con sus vidas.

—Pero es una bestia... y tú eres solo un hombre.

—No sé si tomármelo como un cumplido o un insulto —dijo Gaby sonriendo—. Ángel, verás como todo sale bien.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Confía en mí.

Dicho esto, unió suavemente sus labios a los de la muchacha. Sabía a menta y miel, y la pasión se desbordó por completo. Exploró cada rincón, cada aliento de su boca con su lengua caliente. Los suaves labios de Danny se abrían tímidamente, sus lenguas trazaron una bella danza armonizada por el ritmo de sus corazones embravecidos. Danny se abrazó tímidamente a Gaby, como temiendo el rechazo. El joven la aprisionó entre sus musculosos brazos y acunó

su cabeza en el hueco de su hombro, mientras regaba su cuello con un millar de pequeños besos que provocaron descargas eléctricas por todo el cuerpo de Danny.

Un leve temblor de la muchacha hizo que Gabriel recuperase la cordura y la soltase con cuidado.

—Lo siento... yo... —se disculpó.

—Tranquilo... está bien.

—No debí... Dios, no sé en qué demonios estaba pensando.

—No te preocupes... Estábamos alterados y ya está.

—Será mejor que subas a dormir. No es seguro que estés sola en el jardín a estas horas.

—De acuerdo. Buenas noches.

—Buenas noches.

Gabriel la vio alejarse en la penumbra, y

se dejó caer en el banco con un suspiro. ¿Qué demonios había hecho?

## Capítulo 8

Esa noche Gabriel durmió en el sillón del salón, no quería incomodar a Danielle más de lo necesario. Tras desayunar, se acercó a casa de los licántropos, para su cita con Julian Jones. Mathew les esperaba en la entrada de Central Park, para llevarles hasta la casa, escondida en mitad del parque.

—Buenas noches, Bruce —dijo Mathew—. El alfa te está esperando.

Llegaron a un castillo situado en el centro del parque, justo al lado de un inmenso lago. Gaby tenía entendido que era un museo, así que supuso que harían como su familia en Escocia: dejar abierto al público una zona del castillo y vivir a costa de los beneficios de las visitas.



Entraron en un recibidor de suelos de mármol blanco. A ambos lados se podían ver hileras de retratos situados entre dos puertas de roble acristaladas. En el centro de la estancia, unas grandes escaleras con barandillas de roble y escalones blancos llevaban a la segunda planta de la casa.

En ese momento apareció por las escaleras Julian. Se trataba de un hombre de no más de treinta años. Tenía el pelo negro engominado hacia atrás, y varios mechones bailaban frente a una cara juvenil y alegre. Sus ojos verdes y su sonrisa pícaro hacían de él un hombre verdaderamente irresistible.

—Bienvenido, Gabriel Bruce, nuevo rey de los weretigers...

—Es un placer conocerte, Julian.

—¿Qué te trae por aquí? Hace mucho

que no veo a Duncan, salúdale de mi parte.

—Necesito tu ayuda, hay un asesino suelto y creo que es de los nuestros.

—Tomemos una copa y me lo cuentas todo, ¿te parece?

—Perfecto.

Se acercaron al despacho del licántropo. Una pared de cristaleras dejaba a la vista el bello paisaje del parque, y frente a él había un escritorio de caoba en el que descansaba un ordenador de última generación. Las paredes de ambos lados poseían infinidad de muebles repletos de libros, CD's y material de investigación.

Julian se acercó a un par de puertas correderas y cogió una botella del mejor whisky escocés del que pudo hacerse. Sirvió cinco copas y las repartió a todos los presentes.

—Espero que sea de tu agrado —dijo Julian—. Me hice con él para las ocasiones en que tu tío Duncan me visita. Siempre sonrío con nostalgia cuando lo ve, y a mí me gusta tener a mis invitados bien atendidos.

—Es perfecto, gracias. La verdad es que se echa mucho de menos la tierra.

—¿Y bien, Gabriel? ¿En qué puedo ayudarte?

—Verás... en los últimos meses se han producido ataques a mujeres de la ciudad. Ataques demasiado macabros para ser obra de un humano.

—Sí, he oído hablar de ellos. Por lo que tengo entendido mueren violadas y destrozadas, pero la policía cree que se trata de un asesino en serie.

—Estoy casi seguro de que se trata de

uno de los míos —reconoció Gabriel.

—¿Cómo dices? Eso no es posible, Gabriel. Vuestra naturaleza es igual que la nuestra: salvar a las personas.

—Lo sé... y no lo entiendo. Pero es que la única pista que tenemos me lleva a pensar que así es.

—Te escucho.

—Hace poco más de tres meses una muchacha entró en un mausoleo del cementerio. La bestia la atacó, pero sus amigas fueron a buscarla y no terminó el trabajo, solo le ocasionó unos cuantos arañazos, y la chica logró escapar.

—Pobre criatura.

—Lo único que recuerda es que lo que sea que la atacó tenía ojos de felino amarillos y que estaba cubierto de pelo.

—¿Ojos amarillos? Nunca he visto un

Weretiger de ojos amarillos.

—Ese es el problema. Todos los Weretigers tenemos los ojos claros, así que o bien el que sea llevaba lentillas o bien es un caso aislado, o un híbrido.

—¿Un híbrido?

—Tengo entendido que los vampiros no pueden procrear, pero puede ser una mezcla de nuestras especies.

—Es imposible, los lobos que se han emparejado con otras especies no han conseguido procrear a no ser que fuera con humanos, como vosotros.

—Pues entonces solo me queda la idea del traidor.

—Tu tío era un hombre muy querido por todos, pero puede ser que alguien no quisiera un nuevo rey en la manada. Hay varios grupos de

renegados por la ciudad, Weretigers que no quisieron unirse a la congregación. Te ayudaré en todo lo que pueda, Gabriel. Pondré a mis mejores hombres a investigar sobre el asunto.

—Muchísimas gracias, Julian. Te estaré eternamente agradecido.

Cuatro horas más tarde, Gabriel y Abel esperaban en el aeropuerto la llegada del avión de su familia, donde vendría por fin su hermano. Gaby se paseaba de un lado a otro de la terminal, retorciéndose las manos. Sentía que estaba fallando, sentía que no era lo suficientemente bueno como para gobernar en la congregación. Las leyendas sobre su hermano habían sido capaces de cruzar el charco, y todos le temían. ¿Llegaría él a ser alguna vez como Nahuel? Sinceramente, lo dudaba mucho.

Anunciaron la llegada de su vuelo, y ambos primos se acercaron a la puerta de desembarque. El primero en aparecer fue Nahuel, que envolvió a su hermano en un fuerte abrazo.

—Por fin, hermano —susurró Gabriel.

—Deberías haberme llamado antes —le regañó Nahuel.

Tras ellos se encontraban Adriel e Ithuriel, saludando a su primo. Atrapó a su prima entre los brazos y la hizo volar en círculos.

—Me alegro de verte, preciosa. Tengo unos cuantos listillos a los que les va a venir bien una clase de humildad.

—Estaré encantada de dársela, pero mi trabajo va a tenerme todo el día por las comisarías.

Por último, abrazó a Adriel, que le palmeó

la espalda con una sonrisa radiante.

—Se te echa en falta en la clínica, tío.

—Eso no es cierto —protestó Ithuriel—.

Ahora tiene una mujer muy mona echándole una mano.

—¿Es eso cierto? —Gabriel sonrió—.

¿De quién se trata?

—Laren, ¿la recuerdas? —añadió

Nahuel.

—¿Cómo olvidarla? Esa pobre muchacha pasó un auténtico infierno por culpa de Sammael.

—Se ofreció a echarme una mano en la clínica —añadió Adriel a la defensiva—. Tiene buenas manos, y le hace falta cobrar un sueldo.

¿Qué tiene de malo?

—¿Cómo van las cosas por aquí? —interrumpió Nahuel.



—De mal en peor, hermano. Vamos a casa, cuando hayáis descansado os lo explicaré todo.

Gabriel reunió a toda su congregación en el jardín de la entrada para presentar a su hermano. Había dejado a Danielle dormida en su habitación para que no descubriera su naturaleza. Si lo hacía, saldría despavorida de allí y no tendría manera de salvarla.

La primera en bajar fue Ithuriel, convertida en tigre, y se inclinó frente a él en señal de respeto. A continuación bajó Adriel, la pantera negra, y por último apareció su hermano, el tigre albino. Imponente como ninguno, poderoso y mortal. Nahuel se colocó frente a él y se inclinó como habían hecho los demás, y poco a poco los tres se fueron transformando en humanos. Incluso en su forma

humana, Nahuel era fuera de lo común, medía más de dos metros de altura y sus músculos resaltaban bajo la camisa blanca que llevaba puesta.

Inmediatamente después, Nahuel se acercó a su tía Stephanie y su prima Leslie, a quienes abrazó con cariño. Todos los presentes se quedaron mudos ante la presencia de la leyenda. Gabriel sonrió satisfecho, sabía que su hermano sería capaz de conseguir disciplina de esa panda de vagos.

—Os presento al gran tigre blanco, Nahuel Bruce, mi hermano. Ellos son mi prima Ithuriel y mi primo Adriel, miembros del equipo de defensa de mi hermano en Escocia. Ellos están al mando a partir de ahora. Les obedeceréis igual que si fuera yo mismo, y tienen absoluta libertad para castigaros si fuera

necesario.

Dicho esto, condujo a su familia hacia su despacho.

—¿Cómo es que no ha venido Leah? — preguntó Gaby— Creí que sería la primera en subirse al avión.

—Y lo era —contestó su hermano—, pero Mikael es aún demasiado pequeño para viajar, y necesito que ella se quede en la empresa mientras yo esté fuera.

—Ya me parecía... Gracias por venir, chicos, en serio.

—Me necesitas, Gaby —dijo Ithuriel—. Puedo meter las narices en la policía mejor que tú. Mi puesto en el MI6 me abre bastantes puertas.

—En Escocia la cosa está demasiado tranquila, y estamos acostumbrados a la acción

—añadió Adriel—. Además, necesitarás ayuda con la droga.

—¿Dónde está Abel? —preguntó Nahuel

— No le he visto desde que llegamos.

—Vendrá en cualquier momento. Ha ido a recoger los informes para que los leáis. Como te comenté por teléfono, creo que lo que ataca a esas mujeres es uno de los nuestros.

—Pero Gaby —dijo Ithuriel—, eso va en contra de nuestra naturaleza.

—Estuve revisando los libros con papá — agregó Nahuel—. Ha habido algunos casos a lo largo de la historia de renegados, weretigers que deciden asesinar a los humanos en vez de protegerles.

—He hablado con el jefe de los licántropos para que me avise de cualquier fenómeno fuera de lo normal —dijo Gaby—.

Esta gente es demasiado vaga e incompetente. No se esfuerzan por aprender, y aparte de Tony y Brian, a quienes conoceréis muy pronto, no hay nadie en quien confíe. Quizás a ti te escuchen, hermano. Han oído hablar de ti, y te tienen pavor.

—¿A mí? —preguntó Nahuel ofendido—  
¿Y por qué me temen a mí?

—Bueno... la leyenda del gran tigre albino es muy famosa por aquí. Y si has sido capaz de acabar con un demonio, ¿qué no harías con alguno de ellos?

—¿Ya me has estado dando mala fama, Gaby?

—Creo que eso ha sido obra del tío Duncan. Vamos, la tía Stephanie y Leslie nos esperan para tomar café.

Una hora después, Gabriel llamó a

Anthony y a Brian para presentárselos a su familia. En cuanto entraron por la puerta y vieron a Nahuel, los dos jóvenes agacharon la cabeza, temblando.

—¡Por amor de Dios, chicos! —suspiró Gaby— Mi hermano no va a comeros.

—¿Tú me temes, Anthony? —preguntó Nahuel— Eres de mi misma compleción.

—Pero usted ha matado a un demonio con sus propias manos, señor.

—En primer lugar, no creas todo lo que escuches. No le maté yo solo, necesité la ayuda de toda mi congregación, incluidos los ancianos.

—En realidad él fue el que menos hizo —bromeó Adriel sonriendo.

—Mi hermano confía en vosotros dos, por lo tanto yo también lo haré —continuó el monarca escocés—. Como sabéis, todos los

indicios apuntan a que el asesino es uno de los nuestros.

—Por lo que nos dijo la muchacha, debe ser así—afirmó Brian.

—Él cree que puede ser un renegado, pero yo no estoy tan seguro. Por eso quiero que los reunáis a todos en el salón. Y cuando digo a todos, me refiero incluso a los mayores. Voy a hacer un examen exhaustivo de sus ojos y a dar unas cuantas órdenes.

—Entendido, señor —dijeron los dos muchachos al unísono.

Diez minutos después, Nahuel tenía a todos los weretigers en el jardín trasero, y se transformo en tigre albino. Su hermano quería ver con qué clase de ineptos tendría que lidiar de ahora en adelante. Cuando se situó delante de todos ellos, pareció como si menguaran. “Le

temen” sonrió Gaby. Eso sería un punto en su favor.

—Como sabéis, mi hermano ha venido a pasar una temporada a nuestra casa —comenzó diciendo Gaby— y se ha prestado voluntario para entrenaros. A partir de ahora le haréis tanto caso como a mí. Trabajaréis a su ritmo y bajo su supervisión a lo largo del día. Dicho esto, os dejo con él.

Gaby se situó al lado de Ithuriel, que le dio un codazo cariñoso.

—¡Sois una manada de débiles! —rugió su hermano— ¿Acaso no os corre sangre en las venas? Nuestra naturaleza es defender a las mujeres, pero en vez de eso os regodeáis en vosotros mismos y no ponéis ningún interés por vuestro deber.

Hubo murmullos de aprobación, otros de



miedo. Todos miraban a Nahuel con temor, y no era de extrañar. Su voz profunda y su cuerpo felino mucho más grande de lo normal harían temer al mismísimo Sansón. Nahuel continuó hablando.

—Han muerto ya siete mujeres, y no habéis hecho nada para impedirlo. ¡Vuestra misión era salvarlas! ¡Habéis fracasado como weretigers!

Se paseó delante de ellos como si estuviera eligiendo su próximo menú, y se paró junto a su hermano.

—Esto va a terminar. Mis primos y yo hemos venido para entrenaros, para convertirnos en weretigers de verdad. En Escocia, incluso los ancianos son capaces de defender a un humano, debería daros vergüenza.

Algunos agacharon la cabeza. Otros ni

siquiera se atrevieron a mirar al enorme tigre albino.

—A partir de mañana os quiero a todos en pie a las cinco de la madrugada, a las seis empezaremos los entrenamientos. Adriel e Ithuriel se ocuparán del entrenamiento con armas, mi hermano y Abel del autocontrol... Pero de la lucha cuerpo a cuerpo me encargaré yo personalmente, y pobre de aquél que no se presente a su hora o que se dedique a holgazanear.

Las caras de terror de algunos de ellos eran dignas de ver. Nahuel se dio la vuelta en ese mismo momento, y su guiño travieso hizo que a Gaby se le escapara una carcajada.

—Quiero que todos os convirtáis en fieras y os presentéis personalmente —dijo Nahuel—. Quiero saber con quién trato en cada momento

en este lugar.

Pasaron cerca de una hora revisando los ojos de la congregación, pero no encontraron ninguno con los ojos amarillos o marrones. Volvían a estar de nuevo en el punto de partida.

Danielle se despertó con el jaleo que se formó en el jardín. Ella tenía un gran defecto: era demasiado curiosa, y aunque Gaby le había advertido que no se asomase a la ventana por si lo que la atacó estaba acechándola, decidió que si echaba una ojeada a través de las cortinas de encaje, no ocurriría nada.

Gabriel estaba de pie junto a un hombre enorme, de al menos dos metros de altura, que se parecía bastante a él. A su lado estaba Abel, y junto a este, un hombre y una mujer que debían ser de su familia. El hombre corpulento,

que dedujo sería su hermano, estaba hablando con al menos cincuenta hombres y mujeres, que estaban arrodillados frente a él. Danielle se quedó sin aire ante lo que pasó a continuación. El hombre corpulento se convirtió en tigre, seguido por todos y cada uno de los presentes en el jardín... incluidos Gabriel y Abel. En menos de dos minutos la casa estaba rodeada de tigres, panteras, leopardos, y cualquier felino salvaje que pudieras imaginar. Se separó inmediatamente de la ventana. ¿Qué demonios había sido eso? ¿Dónde diablos se había metido?

Empezó a faltarle el aire. Debía escapar de allí lo antes posible. Justo cuando se disponía a abrir la puerta Leslie entró a su habitación.

—Tranquila... —susurró interponiéndose en su camino—. Deja que te lo explique.

—¿Eres una de ellos?

—Soy humana, como tú... Pero mi padre sí lo es.

—Tengo que irme de aquí. Tengo que escapar.

—Danny, si te marchas de aquí, lo que sea que te atacó te encontrará. Créeme, no hay ningún lugar en el que estés más segura que en esta casa. Vamos, siéntate y deja que te lo explique todo, y si después de eso sigues queriendo marcharte, yo misma te ayudaré a escapar.

—¿Qué demonios son?

—Son weretigers, hombres capaces de convertirse en felino para salvar a la humanidad de cualquier mal.

—¿Weretigers?

—Así es. Cuanta la leyenda que una bruja

se enamoró de un guerrero, y cuando él no correspondió a su amor, ella le lanzó una maldición. Pero esa maldición tuvo algunos fallos... como convertirles en defensores en vez de en asesinos.

—Gaby...

—Gaby es nuestro rey, y mi primo Nahuel es el rey de los nuestros en Escocia.

—¿Por qué dices los nuestros? Eres humana...

—Soy hija de un weretiger y una humana. Su sangre corre por mis venas.

—¿Y eso qué significa?

—Que si algún día tengo un hijo, puede ser un weretiger, aunque me case con un humano.

—Dios, creo que voy a volverme loca.

—Danielle, dime una cosa. ¿Por qué

estás aquí? ¿Por qué decidiste dejar la farsa del siquiátrico y confiar en mi primo?

—Porque... porque me hizo sentirme segura y a salvo.

—¿Sabes que Gaby casi pierde la vida por vengar a un niño?

—¿Por eso tiene la cicatriz en la espalda?

—Sí. Sammael, el demonio que iba detrás de la mujer de Nahuel, atacó a una criatura inocente para provocarle. Gabriel no es capaz de soportar que una mujer o un niño sufra, y se enfureció tanto que fue él solo a derrotar a Sammael. Estuvo mucho tiempo en coma, Danny. Casi pierde la vida por vengar a ese pequeño.

Danielle permanecía mirando al suelo, intentando asimilar todo lo que le estaba contando Leslie. ¡Era una locura!

—Danielle —continuó Less—, Gabriel puede ser cabezota, puede enfadarse mucho contigo, pero jamás sería capaz de hacerte daño. Nadie puede protegerte mejor que él. Dale un voto de confianza —se volvió para marcharse, pero Danny la agarró de la manga.

—Less... no le digas que lo sé. Por favor.

—Está bien. No le diré nada, ¿pero te quedarás?

—Me quedaré.

Danny se quedó pensativa cuando Leslie se marchó. Weretigers... ¡Madre mía! Y ella que siempre había pensado que los hombres lobos y los vampiros eran cuentos para asustar a los más pequeños... ¿Podía confiar en ellos? ¿Realmente se dedicaban a salvar a mujeres inocentes? Estaba hecha un auténtico lío. En ese momento le vino a la cabeza la mirada de



Gabriel cuando la vio por primera vez en el sanatorio. Desde el primer momento, sus ojos le habían transmitido paz, tranquilidad... y ternura. Y de un tiempo a esta parte le hacían sentir cosas dentro del estómago que no había sentido antes.

Le daría una oportunidad a toda esta familia. Después de haber vivido en su propia carne el terror, la desesperación de verse atrapada, sabía que Gabriel no le haría ningún daño, estaba completamente segura de que Leslie Bruce le había contado la verdad.

## Capítulo 9

Cuando terminaron con la inspección, Gaby subió a su habitación en busca de Danny, y la encontró leyendo un libro sentada junto a la ventana. Nada más verle, la joven sonrió.

—Hola... ¿Qué tal todo? —preguntó la joven.

—De maravilla. Mi hermano ha venido con dos de mis primos, que pueden ser de gran ayuda. Ithuriel forma parte del MI6, el servicio de inteligencia del Reino Unido, y eso puede abrirle muchas puertas en el departamento de policía.

—¿Crees que te han ocultado información?

—Mi prima está completamente segura de ello, y a ella no podrán ocultársela. También ha venido mi primo Adriel, que es médico, y tiene algunas teorías bastante interesantes.

—¿Qué teorías?

—Existe una droga en el mercado que priva de voluntad a quien la toma. Él cree que es lo que utiliza el asesino para raptar a las chicas.

—Pero conmigo no pudo usarla... ¿verdad? —preguntó ella un poco asustada.

—No, no pudo. Tú apareciste en el lugar equivocado y le pillaste por sorpresa. ¿Estás lista para conocer a mi familia?

—¿Yo? —Su voz tembló por el miedo—. ¿Tengo que conocerles?

—¿Por qué tienes miedo? —preguntó él extrañado.

Danielle se dio cuenta del tremendo error que acababa de cometer. No quería que él supiera aún que conocía su verdadera naturaleza, así que sonrió y se cogió de su brazo.

—¿Miedo? ¿Por qué voy a tener miedo? Me da vergüenza, eso es todo. Anda, llévame a conocer a tu familia.

Encontraron a su hermano y a sus primos reunidos en el salón principal frente a la chimenea. Danny estaba tan asustada que no dejaba de temblar, y se escondía disimuladamente detrás de Gaby. “Qué irónico” pensó, “Me refugio tras uno de ellos”. Pero algo en su interior le decía que con Gabriel estaba segura desde el mismo día en que lo conoció.

Nada más verla, el hermano de Gabriel se puso de pie, con una sonrisa tierna y una mirada

cálida.

—Así que tú eres Danny. Me alegro mucho de conocerte —dijo estrechándole la mano.

—Es un placer, señor Bruce.

—Vamos, vamos... llámame Nahuel. No soy mucho mayor que mi hermano —ella sonrió.

—De acuerdo, Nahuel entonces.

—Déjame presentarte a mis primos, Adriel e Ithuriel —continuó Gaby.

—Bueno, querida —dijo Nahuel tras las presentaciones—, antes de nada quiero felicitarte por ser tan valiente. No todo el mundo es capaz de sobrevivir cuerdo a un ataque como el que sufriste.

—No lo soy, de no ser por Gaby ahora mismo seguiría en el psiquiátrico. Prefería vivir encerrada a enfrentarme a la realidad.

—Me ha dicho Gaby que lo único que viste fue una sombra enorme y unos ojos amarillos —continuó Nahuel— ¿Podrías describírmelos?

—Parecían los ojos de los gatos, solo que más grandes. Y me hicieron sentir que lo que fuera sentía odio, mucho odio.

—¿Recuerdas algo más? —continuó Nahuel— Ya sé que has contestado estas preguntas un millar de veces, pero quizás haya algún detalle que se te escape.

—Lo único que recuerdo aparte de eso es el dolor que sentí. Fue como si me cortaran con cuchillos. O garras.

—¿Cuántos cortes te hizo? —preguntó Adriel— Es importante.

La joven se levantó la camiseta por el costado derecho, dejando al descubierto la

cicatriz de un zarpazo. Era indiscutible: tenía cinco garras.

—Muy bien, es suficiente por hoy. Atraparemos a quien te atacó, te lo prometo — continuó Nahuel.

—Gabriel ha dicho algo hace un momento que me ha hecho pensar —continuó la joven—. ¿Cabe la posibilidad de que ese mausoleo sea su guarida?

—La policía registró el lugar tras tu ataque, Danny —dijo Abel—. No encontraron absolutamente nada.

—Aún así no se me había ocurrido volver a registrarlo —dijo Gaby—. Lo haremos mañana por la mañana.

Leslie entró en ese momento en la habitación, y cogió a Danielle de la mano.

—Mientras vosotros habláis, nos vamos a

comer algo. Estoy hambrienta, y necesito que Danny me ayude con algunos detalles de la boda de Desiree.

Agradeció en silencio la interrupción de Less, no sabía si sería capaz de aguantar ni un segundo más en esa habitación llena de criaturas sobrenaturales. Salieron a pasear al jardín, la noche era un poco fría, pero era agradable respirar un poco de aire fresco.

—Lo siento, Danny, si llego a saber que mi primo tenía intención de llevarte a ver a Nahuel habría estado contigo. No ha sido tan terrible, ¿verdad? —preguntó Less.

—La verdad es que un poco sí. No podía parar de pensar en el tamaño de tu primo. De no ser por Gaby creo que habría muerto de un infarto.

—Te gusta Gaby, ¿no es cierto?



—¿Qué? ¡No! —La muchacha se ruborizó.

—Vamos, reconócelo, no es ningún delito. Gaby es un hombre adulto y soltero, y tú también lo eres.

—Es muy guapo y me hace sentir segura, Leslie, pero nada más.

—Es suficiente por ahora.

—Por ahora y para siempre. No veo a Gaby como otra cosa que un buen amigo que está protegiéndome para que lo que sea que me atacó no vuelva a terminar el trabajo.

—¿Intentas convencerme a mí, o a ti misma?

—¿Sabes qué? Voy a darme una ducha antes de cenar. Esta conversación se ha terminado.

Gabriel se sentía bien. Tener a su familia

para que le ayudase le había dado esperanzas de acercarse un poco más al asesino, y aunque tenía que aprender mucho de su hermano, tenerle cerca siempre le hacía pensar con mayor frialdad. Recordó lo que dijo Danny antes de marcharse de la reunión. No se le había ocurrido que en aquel mausoleo podía haber alguna pista que a la policía se le pasara por alto. Poco a poco conseguían acercarse más al asesino, y quizás lograsen averiguar qué demonios estaba pasando en su ciudad.

Suspiró. Sí, Nueva York era ahora su ciudad. Siempre echaría de menos el olor del brezo, sus tierras escocesas, pero había hecho nuevos amigos aquí, y ahora que su hermano iba a ocuparse de los entrenamientos, quizás sus hombres se dieran cuenta de que él no era un rey tan terrible.

Subió a darse una ducha antes de bajar a cenar. Estaba tan inmerso en sus pensamientos que no se acordó de que compartía su habitación con Danny, y al entrar al cuarto de baño vislumbró su silueta a través de la mampara de la ducha. Se le secó la garganta, y su corazón empezó a latir a mil por hora. Su pene se endureció en segundos, y tuvo que agarrarse con todas sus fuerzas al quicio de la puerta para no meterse con ella en la ducha y hacerle el amor hasta perder el sentido.

¿Qué demonios acababa de pasar? Su instinto animal pugnaba por desbocarse, la pantera estaba tan excitada como él. La sangre le ardía en las venas, y apenas era capaz de dar dos bocanadas de aire seguidas sin querer rugir a viva voz. Salió apresuradamente de su habitación y entró en la de su hermano dando un

portazo. Nahuel le observaba asombrado pasearse de un lado a otro de la habitación, mesándose el cabello y murmurando palabras sin sentido.

—¿Quieres parar? —preguntó— Me estás mareando.

—Estoy jodido, Nahuel. Estoy muy jodido.

—¿Ha pasado algo? ¿Están todos bien?

—¿No podía ser otra? ¡Joder! ¿En serio no podía ser otra?

—Gaby, me estás empezando a asustar. ¿Qué demonios te pasa?

—Creo que es ella.

—¿Quién es qué?

—Danny es ella.

—¿Tu elegida?

—Dios, necesito una ducha de agua fría.

En tu ducha.

—¡Toda tuya!

Gabriel se desnudó a toda prisa y se metió bajo el chorro de agua helada, pero ni aún así consiguió controlar su lívido totalmente. Aún tenía ganas de volver a su habitación y hacer realidad sus fantasías, hacerle el amor de mil maneras distintas, sentir su piel bajo la suya... Debía dejar de pensar en ella. Cuando salió del cuarto de baño, su hermano volvió al ataque.

—Cuéntame qué ha pasado. Palabra por palabra.

—Dios... he subido a darme una ducha. No me acordaba de que Danny estaba en mi habitación, así que he entrado directamente al cuarto de baño y...

—¿Y? —Le instó a continuar.

—¡Estaba desnuda! ¿Te parece poco?

¡Casi la violo allí mismo!

—¡No digas tonterías!

—No sé si voy a poder dormir bajo el mismo techo que ella después de esto sin cometer una locura.

—Dios, Gaby... Es que solo tú eras capaz de superarme. Ha sido atacada por alguien de tu misma especie... Te has llevado el premio gordo.

—¿Y qué demonios hago?

—Lo primero de todo tranquilizarte. Ella confió en ti lo suficiente como para salir de su estado de locura, ¿no es cierto? Eso dice mucho a tu favor.

—Y tengo a una enorme pantera albina en contra. En cuanto se entere de lo que soy, huirá de mí como hizo mamá. O incluso peor, porque ha sido atacada por uno de los nuestros.

—¿Estás realmente seguro de que es ella?

—¡Joder, pues no! ¿Cómo demonios voy a saberlo si esto solo nos pasa una vez en la vida, Nahuel?

—¿Sientes que no puedes controlarte cuando ella está cerca? ¿No puedes controlar el deseo de estar dentro de ella? ¿No puedes contener a la bestia que llevas dentro solo con pensar que algo puede dañarla? ¿Darías tu vida por ella? Si a todo contestas que sí, no hay duda. Es ella.

—Pues tengo un problema. Un serio problema.

—Pues te deseo la mejor de las suertes —dijo levantándose de la cama y abriéndole la puerta—. Y otra cosa más... acostarte con ella significa que ambos aceptáis el vínculo que

existe entre los dos, así que te aconsejo que no lo hagas a no ser que ella sepa todas las consecuencias y esté completamente segura de que quiere afrontarlas.

—Perfecto... ni siquiera puedo tocarla...

Pues sí que vamos bien...

—Esperarás, Gaby, porque la espera se ve recompensada de una forma que ni te imaginas. La vida es mucho mejor que el mismísimo Edén cuando te unes a ella. Por cierto... Leah acaba de llamarme por teléfono para darme una gran noticia. Vuelve a estar embarazada.

—Dios, hermano, estás hecho todo un semental. Enhorabuena, en serio.

—Gracias. Y ahora me voy a la cama, que estoy destrozado, y tú deberías pensar en la mejor forma de hacerle saber lo que eres sin



llegar a ahuyentarla. Hasta mañana.

—Gracias, hermano.

—¿Por qué? ¿Por corroborar que lo tienes crudo? Yo que tú me maldeciría.

Salió a la calle en busca de un poco de desahogo. No podía volver a la habitación con Danny, no si quería seguir conservando la cordura. Cuando llegó a Central Park, la pantera pugnó por salir. La transformación fue rápida, y al contrario de cómo parecía a simple vista, nada dolorosa, y salió a correr a través de los árboles. El parque era lo suficientemente grande como para quemar su adrenalina sin ser descubierto. A unos metros de la entrada encontró a Mathew Jones malherido, acechado por un vampiro. Sin pensárselo dos veces, saltó hacia la bestia desgarrándole la yugular con sus afilados dientes, separándole la cabeza del

cuerpo. Inmediatamente después, se arrodilló junto al licántropo y lo sostuvo con cuidado entre los brazos.

—Mathew... Vamos amigo... Te vas a poner bien, ya verás.

—Gabriel... yo...

—No hables —dijo mientras hacía un torniquete en la herida abierta de su hombro—. Te llevaré a mi casa. Mi primo Adriel te curará.

—Ju... li... an.

—Tranquilo. Lo mandaré a buscar.

En cuanto entró en la mansión, de su garganta escapó el rugido de emergencia. No pensó en Danny, solo en salvar al licántropo. Su hermano llegó en menos de un segundo seguido por sus primos, todos en forma animal. Cuando lo vieron con el hombre entre sus brazos, Adriel se acercó de inmediato.

—Ayúdame, Adry —pidió Gaby—. Tiene un agujero del tamaño de un puño en el hombro.

—¿Quién ha sido? —preguntó Nahuel.

—Un vampiro. Creo que lo pilló por sorpresa.

—¿Tienes quirófano? —preguntó Adriel.

—En el sótano. —Se volvió hacia Abel—. Llama a Julian y cuéntale lo que ha pasado. Que venga cuanto antes.

—De acuerdo.

La operación duró más de cuatro horas. El vampiro había hecho bien su trabajo, hubo que reconstruir todas las venas y todos los tendones que unían el hombro con el brazo. Salvaría la vida, pero posiblemente el brazo quedaría inútil. Salieron del quirófano cansados, y Gaby fue a buscar a Julian, a quien encontró dando vueltas como un perro enjaulado en su

despacho. Nahuel estaba con él.

—¿Cómo está? —preguntó Julian al verle.

—Está estable. Hemos tenido que reconstruirlo todo por dentro, así que quizás pierda la movilidad del brazo.

—No, no, no...

—Hubiese sido más terrible que hubiese muerto, Julian —dijo Nahuel apretándole el hombro para darle fuerzas.

—Es mi culpa... Le mandé salir de guardia a pesar que no se encontraba muy bien.

—Julian, no es culpa de nadie más que del asesino que le atacó —contestó Gaby—. Y ahora está muerto, yo mismo me encargué de ello.

—Mathew es mi hermano, mi propia sangre, y lo mandé a la muerte.

Gaby le cogió por las solapas de la chaqueta.

—Óyeme bien, Julian. No es culpa tuya que tu hermano haya sido atacado, ¿me oyes? ¡Dios! Eres igual de cabezota que Nahuel, e igual de estúpido.

—Gracias por la parte que me toca, hermanito —contestó Nahuel con una mueca.

—No es culpa de nadie que otro de nosotros sea atacado —continuó Gaby—. Vivimos para acabar con ellos, pero puede ocurrir que sean ellos quienes acaben con nosotros. Es ley de vida. De nuestra vida.

Subió a su habitación. Necesitaba una ducha caliente para sacarse toda esa sangre de encima, y dormir en una cama. Estaba cabreado. El licántropo le caía bien, y ahora no podría mover el brazo por culpa de un asqueroso

vampiro. Con todo el problema de Mathew se había olvidado por completo de Danny. La encontró encogida en un rincón, con las manos en los oídos... como cuando la conoció. Se acercó rápidamente a ella, y aún no había terminado de arrodillarse a su lado cuando la chica se aferró a él con todas sus fuerzas.

—¡Eh! ¿Qué ocurre? —susurró— ¿Qué ha pasado?

—Ese sonido... es... es...

—¿Qué sonido?

Gabriel recordó que había rugido cuando llegó a la casa, y se maldijo mentalmente.

—¿No lo oíste? El rugido ha sido aquí mismo, en la casa.

—Lo único que he oído es que Anthony tenía la tele demasiado alta. Estaba viendo un programa de animales de La Sabana,

posiblemente ha sido eso lo que has escuchado.

—He sido una tonta, ¿verdad?

—No... claro que no. —La abrazó con fuerza—. Solo estás asustada, Danny. Hasta que no atrapemos a lo que te atacó yo también estaré asustado —dijo acercándose lentamente a sus labios.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Porque puedo llegar a perderte.

Gaby atrapó los labios de la mujer con los suyos, seduciéndola, instándola a abrirlos, y hundir la lengua en su calor. Saqueó su boca, exploró cada recoveco, y la apretó fuertemente contra su cuerpo. Su respiración se tornó errática, su miembro creció bajo la cremallera de sus vaqueros, y sintió su corazón a punto de estallar. No podía luchar contra la atracción que sentía por ella, se había dado por vencido.

Quizás le odiaría cuando descubriese su naturaleza, pero ya no le importaba. Quería saborear el tiempo que tuviese con ella, aunque no pudiese hacerle el amor.

Se separó lentamente de ella, y la ayudó a levantarse.

—Acuéstate, es tarde. Ahora vengo.

—¿A dónde vas? —preguntó ella extrañada.

—Tengo que hablar con mi hermano de algo muy importante —mintió—. No tardaré.

Salió de la habitación para no cometer una estupidez, porque si permanecía junto a ella un solo segundo más, terminaría haciéndole el amor. Decidió bajar a ver cómo se encontraba Mathew, y encontró a Julian sentado junto a su hermano leyendo un libro.

—Deberías descansar un poco —le dijo a



su amigo.

—Mira quién habla —contestó Julian—.

Tú tienes peores problemas que yo, ¿no es cierto?

—Bueno... sobreviviré. ¿Qué tal está tu hermano?

—Duerme tranquilo. Tu primo Adriel acaba de irse, dice que todo marcha bien.

—Me alegro. —Se sentó a su lado—. No sabía que Mathew fuese tu hermano.

—Él no quería que nadie lo supiera. Él era el alfa, pero decidió abandonar su puesto y cedérmelo a mí en una pelea muy poco justa.

—Bueno... yo haría lo mismo si tuviese un heredero. Odio reinar.

—Mathew no renunció porque no le gustase ser el alfa, al contrario. Renunció por culpa de mi padre. Mi hermano se enamoró de

una humana, y mi padre puso el grito en el cielo. Le hizo la vida imposible, retándole a cada momento, enviando a los jóvenes a pelear por ser el alfa. Hasta que Mathew se cansó, y me obligó a retarle en una pelea. Se dejó ganar, y vivió una vida plena con su mujer.

—¿Dónde se encuentra ella ahora?

—Murió hace un año de cáncer.

—Lo siento.

—Era una mujer excepcional, nunca he conocido a otra como ella. Siempre estaba pendiente de mi hermano, le demostraba su amor con infinidad de pequeños detalles. Créeme, por una mujer como ella yo también renunciaría a todo.

—La querías mucho, ¿no es cierto?

—Sí. Ha sido mi cuñada, mi amiga y la madre que nunca conocí. Ahora la vemos todos

los días en la hija de mi hermano —dijo sonriendo—. Tiene cuatro años y es el juguete de la casa.

—¿Es humana?

—No, es licántropa. Me gustaría que la vieras cuando se convierte. Parece una bolita de pelo blanco correteando por casa. Espero que mi hermano pueda volver a verla.

—No te preocupes, Julian. La verá.

—¿Y a ti qué te ocurre? Traes una cara que no es normal.

—Bueno... Si antes mi problema era grave, acaba de empeorar.

—¿Qué ocurre?

—He encontrado a mi compañera.

—¡Pero eso es estupendo!

—Lo sería de no ser porque ella es la chica que atacaron en el mausoleo.

—Vaya...

—En cuanto se entere de que soy un weretiger huirá de mí.

— Yo no la conozco, pero para haber salido de algo así y mantenerse cuerda debe ser una mujer muy valiente. Quizás sea capaz de aceptar tu naturaleza.

—La atacó uno de los míos, Julian, no podrá con eso.

—Gaby... ella confía en ti, sabe que no le harás daño. Dale un voto de confianza, quizás te sorprenda.

Gaby volvió cabizbajo a su habitación un par de horas después, pensando en su problema con Danny. No tenía ni idea de cómo iba a afrontarlo. De todas las mujeres del mundo, su compañera tenía que ser la única mujer que había sido atacada por uno de los suyos. Le

odiaría, huiría de él, y no podría hacer nada para remediarlo. Ojalá Danny no hubiese tenido que pasar por todo ese infierno. Cuando descubriese al traidor, le iba a matar con sus propias manos.

Iba tan inmerso en sus pensamientos que no vio que la mujer que ocupaba sus pensamientos estaba sentada en el sofá, leyendo un libro. Cuando levantó la vista, se quedó sin respiración. Su cuerpo níveo estaba cubierto por un camisón de tirantes rosa pálido que no dejaba nada a la imaginación. La leve transparencia de la prenda hizo que a Gaby se le hiciera la boca agua. La mujer soltó el libro en la mesita auxiliar y se acercó a él suavemente.

—¿Está todo bien? —le preguntó la muchacha en apenas un susurro.

—Sí... sí. Todo está arreglado.

—Has tardado mucho.

—Acabo de enterarme de que mi hermano va a ser padre de nuevo y hemos brindado por ello.

—Me alegro por ti. ¿Vamos a dormir?

—Si... claro. Me doy una ducha y te acompaño.

Danielle se metió bajo las sábanas de satén negras temblando como una hoja. Había sentido el beso de antes en todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo, y tenerlo tan cerca la ponía nerviosa, pero Gaby la sorprendió tumbándose en el sofá cuando salió del cuarto de baño.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Dormir, ¿qué voy a hacer?

El resoplido que escapó de sus labios debería haberle dado alguna pista, pero él permaneció donde estaba sin mover un solo

músculo.

—¿Puedes tumbarte a mi lado hasta que me duerma? —sugirió— Aún estoy un poco asustada.

Si tenía que recurrir a artimañas de mujer, que así fuera. Gabriel se tumbó junto a ella y la abrazó, quedándose inmóvil. No hizo intento de seducirla o besarla de nuevo, cosa que la entristeció. Quizás se arrepentía de lo que había pasado, estaba protegiéndola y podía pensar que se había aprovechado de ella. Pensó que lo mejor era sacarle de su error, así que se dio la vuelta para tenerle cara a cara. Sus bocas estaban a un suspiro de distancia.

—¿Estás bien? —preguntó Gaby en un susurro.

—Sí... Es solo que...

—¿Qué ocurre?

—No te has aprovechado de mí —  
susurró.

—¿Perdón?

—Lo que ha ocurrido antes... Yo también lo deseaba.

El muchacho soltó una carcajada.

—Vaya, gracias por la aclaración, pero era innecesaria. Ya lo sabía.

—¿Y entonces?

—¿Entonces qué? Danny... háblame claro, son las cuatro de la madrugada y tengo tanto sueño que podría quedarme dormido de pie.

—Nada, no me hagas caso.

Hizo el intento de apartarse, pero él no se lo permitió.

—Danny... es mejor que lo dejemos hasta que atrapemos a quien te atacó. Necesito



estar completamente centrado para hacerlo, y si continuamos por donde lo dejamos no será así.

—Entiendo —dijo ella dándose la vuelta.

—Cariño... necesito que me entiendas.

¿Crees que te habría besado si no sintiese nada por ti? Tenemos muchas cosas que solucionar antes. —Le dio la vuelta y unió su frente a la de la muchacha—. Me muero de ganas de continuar lo que hemos empezado, pero es mejor dejarlo para cuando no tengamos nada más de lo que preocuparnos.

—Tienes razón —le besó fugazmente en los labios—. Buenas noches.

Pero Gaby no pensaba quedarse de brazos cruzados tras volver a atisbar el sabor de sus labios. La agarró de la nuca y la besó suavemente, casi rozando sus labios, sintiendo en su alma un montón de sensaciones

maravillosas que tenía intención de saborear. La joven gimió y le pasó los brazos por el cuello, y el perdió el poco control que le quedaba. La apretó fuertemente contra su pecho mientras la cubría con su cuerpo. Dejó un reguero de besos desde su boca hasta el hueco de su clavícula, y volvió a subir. Saqueó su boca con pasión, con desesperación. Sus manos recorrían el cuerpo de la mujer con urgencia, pero con suavidad... Con amor. Benditas fuesen todas las horas que había practicado a lo largo de su vida el autocontrol. Con un esfuerzo sobrehumano se separó de ella y se tumbó a su lado, abrazándola y dándole un cariñoso beso en la frente.

—Que descanses, amor mío.

—Tú... tú también.

Gaby no dejaba de darle vueltas a la forma de convencer a Danielle de que se

quedase con él, y no había encontrado ninguna solución. Ella se removió entre las sábanas, y él sonrió. Era muy valiente, de eso no había duda. No había sucumbido a la locura a pesar de haber hecho creer a todo el mundo que sí. Había sido capaz de afrontar la barbaridad que había sufrido, y la admiraba por ello. Quizás aceptase su naturaleza si se la confesaba antes de que descubriese que uno de los suyos la había atacado. Tal vez si se acostumbraba a tratar a la pantera antes de saber que era él mismo, le sería más fácil aceptarlo. Su hermano lo hizo con Leah y surtió efecto...

## Capítulo 10

Gabriel no pudo pegar ojo en toda la noche. Tener tan cerca a Danielle iba a terminar volviéndole loco, así que se despertó con la idea de buscarle una habitación a la muchacha. Se acercó al gimnasio con intención de hacer un poco de ejercicio, y se encontró allí a su hermano haciendo pesas.

—¿No puedes dormir sin Leah? — bromeó.

—Me he levantado temprano para charlar un rato con ella, y de paso calentar un poco. Tengo los músculos atrofiados de no hacer nada en Escocia. ¿Y tú?

—No puedo dormir con Danny a menos de dos metros de mí, así que voy a pasarla a

otra habitación.

—No creo que se lo tome demasiado bien teniendo en cuenta que en la única persona que confía eres tú.

—No la mando a su casa, pero necesito poder dormir en mi propia cama.

—Tú mismo.

—Mientras das la clase voy a ir a inspeccionar el mausoleo.

—¿Tú solo? Ni lo sueñes.

—Ithuriel va a acercarse al departamento de policía, y los demás están ocupados.

—Pues te esperas a que yo termine la dichosa clase. Ve a ver a tu amigo, dale conversación, seguro que la necesitará.

Media hora después, Gaby se encontraba en la clínica con Julian. Su hermano seguía dormido en la cama, pero todos los informes

indicaban que mejoraba favorablemente.

—Buenos días, Julian. ¿Has conseguido dormir algo?

—Nada, amigo. He estado pendiente de él en todo momento.

—Deberías descansar. De nada sirve que salvemos su vida si vas a estar tan cansado que no vas a ser capaz ni de mantenerte de pie.

—Tienes razón, pero... No despierta.

—Despertará, dale tiempo. Ha perdido mucha sangre, y la operación ha sido dura. Necesita que su cuerpo se recupere.

—¿Y tú qué tal con tu chica?

—Pues creo que de mal en peor. Ayer la besé, y cuando volví de estar aquí, me dijo que no me había aprovechado de ella.

El licántropo soltó una carcajada.

—Sin duda tiene agallas, Gaby. Estoy

seguro de que podrá superar que seas medio gato.

—En cuanto mi hermano termine el entrenamiento de los jóvenes, vamos a ir a inspeccionar el mausoleo. Quizás haya alguna pista que escapase a ojos de los humanos y que nosotros podamos descubrir.

—El cementerio es territorio de los vampiros, no creo que un weretiger se atreviese a adentrarse de noche en él.

—A no ser que tenga un trato con ellos... Aún no sé de dónde ha salido la sangre que vertió sobre sus víctimas.

—Espera, ¿la sangre no era de ellas?

—Era sangre humana, pero las mujeres no tenían ni un solo rasguño.

—Hace unos meses robaron el banco de sangre de la ciudad. Automáticamente pensé en

los vampiros, e incluso interrogué a algunos de ellos antes de matarlos, pero todos juraron que no sabían nada.

—Quizás lo hizo mi asesino, y utilizó parte de esa sangre para asegurarse la libre entrada al mausoleo. Pondré a Ithuriel a investigarlo de inmediato. Gracias, Julian, me has sido de gran ayuda.

Gabriel subió a toda prisa las escaleras para buscar a su prima, pero ya se había marchado, así que fue a hablar con Adriel.

—Primo, ¿cabe la posibilidad de que puedas hacer averiguaciones sobre un robo que se produjo meses atrás en el banco de sangre de la ciudad?

—Puedo tirar de mis contactos. ¿Por qué lo preguntas?

—Julian cree que el asesino orquestó ese



robo para comprar a los vampiros y tener libertad de movimientos por el cementerio.

—Es una idea interesante, voy a hacer algunas llamadas y te cuento.

Danielle se despertó sintiendo el lado de la cama vacío. Había dormido tan bien... tener a Gabriel a su lado le había dado una paz que creía olvidada, y en cuanto cerró los ojos cayó en un profundo sueño... sin pesadillas ni recuerdos escabrosos. Se dio una ducha y bajó al salón a desayunar, donde encontró a Leslie discutiendo con Desiree.

—¡Dess, es sábado! ¡Dijiste que organizase las pruebas los fines de semana porque los tenías libres!

—Ha surgido un problema en mi empresa. ¿Qué quieres que haga?

—Cualquiera creería que no quieres casarte.

—¡Por supuesto que quiero casarme! Pero te recuerdo que la idea de la gran boda multitudinaria fue idea de mamá y tuya, no mía. Yo quería una sencilla boda civil en el juzgado.

—¡No tardarás nada en probarte el vestido, por amor de Dios!

Desiree posó la vista en ella, y cogiéndola de la muñeca, la arrastró junto a su hermana.

—Danny puede hacerlo por mí, es de mi misma compleción.

—¿Qué? —preguntó la aludida— No, no creo que sea correcto.

—¿Lo ves? —dijo Leslie.

—Less, en serio, si no voy ahora mismo a la oficina el lanzamiento del próximo libro será un desastre. Danny, por favor, pruébate el

vestido para que la modista pueda empezar con los primeros arreglos, y en la próxima prueba os prometo que seré yo quien se suba a esa cosa redonda de ahí.

Dicho esto, cogió su bolso de un sofá y salió por la puerta, dejando a una Danielle asombrada y a Leslie despotricando sin parar.

—¡Maldita sea! ¡Siempre me hace lo mismo! ¡Es ella quien se casa, por amor de Dios! ¿Por qué tengo que ocuparme yo de todo?

—Less, no te preocupes, no me importa echarte una mano. A fin de cuentas estoy aquí sin hacer nada.

—Te lo agradezco mucho, Danny. Mi hermana va a volverme loca con tanta indiferencia.

—Quizás está asustada.

—¿Asustada? ¡Es idiota! Va a casarse

con Aaron porque es lo que mi padre desea, no porque esté enamorada de él.

—¿Te lo ha dicho?

—No ha hecho falta. ¿Qué mujer no se ocupa con ilusión de su boda con el hombre que ama?

—Anda, trae ese vestido y haz pasar a la modista. Estará harta de esperar.

El vestido era sencillo, de corte sirena, con el escote en forma de corazón y un lazo de raso adornado con piedras brillantes justo debajo del pecho. Estaba acompañado de una chaqueta corta de encaje, que cubría sus hombros y la espalda. En cuanto Danny se vio frente al espejo, empezó a soñar despierta. Imaginó que era su vestido de novia, y que el novio era Gabriel Bruce. Acarició suavemente la tela del vestido, y se volvió hacia Leslie.

—Estás preciosa, Danny —susurró su amiga.

—Es el vestido que yo elegiría para mi boda.

En ese momento Anthony entró en la habitación, y se paró en seco al verla vestida de novia.

—Lo siento, chicas, venía buscando a Duncan.

—Está en su despacho con mi madre —respondió Leslie—. ¿Qué te parece el vestido?

—Muy bonito —contestó él un poco incómodo.

—Es para la boda de mi hermana.

Anthony apretó la mandíbula y los puños, y salió de la habitación dando un portazo.

—¿Has visto lo mismo que yo? —preguntó Less sin quitar la mirada de la puerta.

—Creo que está un poco molesto porque Dess se case con otro.

—Puede que aún haya esperanza para mi hermana... después de todo.

Varias horas después, Gabriel y Nahuel entraban en el cementerio con sus *sgian dubh* escondidas dentro de la bota. Aún era de día, pero dentro de los mausoleos no sabían qué podían encontrarse, y ambos hermanos sabían lo conveniente que era ir bien armados en esos casos. Llegaron al mausoleo en el que Danny fue atacada, y encontraron la puerta cerrada.

—¿Ahora qué? —preguntó Nahuel.

—Ahora vamos a delinquir.

Sacó del bolsillo de su cazadora un juego de ganzúas, y comenzó a hurgar dentro de la cerradura de la tumba.

—¿Se puede saber desde cuándo eres tú un ratero de poca monta?

—Me aficioné a series policíacas, y me pareció divertido saber usar estas cosas. —La puerta se abrió con un clic—. Muy bien, vamos allá.

Había una escalera en forma de caracol que bajaba hasta una habitación de unos cuatro metros cuadrados, donde descansaban tres tumbas de hormigón. El lugar les dio escalofríos. Nahuel fue el primero en encender su linterna y ponerse a buscar algún indicio que les diera alguna pista sobre el asesino. Estuvieron inspeccionando el lugar durante horas, centímetro a centímetro, y lo único que encontraron fueron las marcas inconfundibles de unas garras de weretiger en el suelo.

Nahuel se agachó junto a ellas y las

acarició inconscientemente. Por el tamaño de las huellas, el animal debía medir sus buenos dos metros... No era demasiado grande para ser uno de los suyos, pero las cinco marcas eran únicas de su especie, así que no había lugar a dudas: el asesino era un weretiger.

Miró a su hermano, que se había quedado mirando las huellas, seguramente llegando a la misma conclusión que él.

—Tenías razón, Gaby —susurró Nahuel.

—Juro por Dios que le mataré con mis propias manos. Le encontraré y le haré pagar cada una de las muertes que ha causado.

—¿Dónde vamos a empezar a buscar?

—Hasta que el equipo no esté listo no puedo meterme en terreno pantanoso. Julian me dijo que había muchos renegados, tengo que encontrarlos.



—Algunos ya están dando buenos frutos. Son jóvenes, y no han visto un entrenamiento en su vida. Les está costando, pero parece que han entendido que tenéis un problema muy serio y que tienen que prepararse para luchar.

—No sé cómo demonios voy a hacerlo, hermano. Solo confío en dos de ellos, los demás no me inspiran la más mínima confianza.

—Yo creo que son inocentes, Gaby. Puede que al principio no aceptaran que pusieran a un extraño al mando, pero ahora todo eso ha quedado atrás.

—¿Cómo lo hacías, Nahuel? ¿Cómo eras capaz de mantenerte cuerdo cuando Sammael asesinaba a una mujer?

—Pensando en positivo. Buscando la parte positiva de cada muerte.

—¿Acaso la muerte de un humano tiene

parte positiva?

—No, pero sí la tienen los errores que el asesino pueda cometer.

Volvieron a su casa en silencio, perdidos en sus pensamientos. Encontró a Aaron esperándole en su despacho, cosa que le extrañó.

—¿Qué ocurre, Aaron? —preguntó—  
¿Mi tío está bien?

—Por supuesto, no te preocupes. Está en la oficina. Quería pedirte un favor personal.

—Tú dirás.

—Ya sabes que no soy muy querido por la mayoría de la congregación...

—Yo tampoco es que lo sea.

—Por eso quería pedirte que organizaras mi despedida de soltero. —Gabriel se quedó con la boca abierta—. Es patético, lo sé, pero no

tengo amigos, y me gustaría sentir por una vez que sí los tengo.

—Muy bien... Me encargaré de ello.

—Muchas gracias, de verdad.

—¿Cuándo es la boda?

—Dentro de tres meses. Nos casaremos en una capilla preciosa en las afueras de la ciudad.

—Aún es pronto para celebrar la despedida, pero me encargaré de ella cuando llegue el momento.

—Gracias, Gaby, te debo una.

Dicho esto, Aaron salió de la habitación ante la atenta mirada de Gabriel. El pobre hombre le daba pena. Tenía una prometida que no ponía ningún interés en organizar su boda, y su puesto junto a Duncan le había granjeado la enemistad de los jóvenes de su edad. Lástima

que no tuviese el suficiente potencial para formar parte del equipo de defensa. Era en alguien en quien sí podía confiar.

Una hora después, Adriel entró en el despacho seguido de Abel. Se habían acercado esa mañana al banco de sangre para hablar con un contacto de su primo, y por la sonrisa que traían debían haber descubierto algo importante. Se sentaron en el sofá, y Adriel suspiró.

—¿Vas a soltarlo ya o voy a tener que morderte? —preguntó Gaby.

—El guardia de seguridad no recuerda nada de lo ocurrido —comenzó a decir su primo—. O casi nada. Estaba haciendo su ronda por el edificio y al minuto siguiente se despertó tumbado tras el mostrador de la entrada. Lo único que recuerda es una sombra enorme... y un rugido.

—Así que el robo fue cosa del asesino...

—Exacto —contestó Abel—. De ahí la sangre que cubría a las víctimas.

—Robó muchas unidades de sangre O positivo. Teníamos razón en pensar que ha hecho un trato con los vampiros, de lo contrario no le importaría demasiado el tipo de sangre.

—En el mausoleo encontramos la marca de unas garras de weretiger —añadió Nahuel entrando por la puerta—. Por el tamaño, debía medir unos dos metros de alto, no parece ser muy fuerte.

—Por eso utiliza la *escopolamina* —añadió Adriel—, en su forma humana no debe medir más de metro setenta, y las mujeres que ha asesinado tenían su misma estatura.

—Aún no tenemos certeza de ello, Adry, pero es una buena teoría —continuó Nahuel.

Ithuriel llegó en ese momento cargando un montón de carpetas de archivos. Traía al menos veinte carpetas entre los brazos, y las dejó en la mesa del despacho.

—No son solo seis víctimas —dijo—. Hay al menos una veintena de ellas.

Gabriel fue abriendo carpeta por carpeta y leyendo los informes forenses de cada una de las víctimas. A cada página que leía, su rostro se iba endureciendo. Apretó las mandíbulas con todas sus fuerzas para no dejar escapar el grito de guerra que le atenazaba la garganta. Todas y cada una de ellas habían muerto de la misma manera, y en estos informes había información que había sido ocultada a su tío. Todas ellas llevaban un zarpazo en el costado, un zarpazo igual que el de Danielle.

—Según los informes, todas ellas

denunciaron semanas antes haberse despertado en algún lugar, sin recordad nada de lo ocurrido, con el zarpazo en el costado como única pista. Todas ellas fueron marcadas antes de morir.

Gabriel se levantó de la mesa y se dirigió a la puerta, pero su hermano le interceptó.

—Ella está a salvo, Gaby —dijo—. No va a pasarle nada malo.

—Voy a despedazarle, juro por Dios que...

—No voy a dejarte que salgas a la calle en este estado. La última vez casi te pierdo, hermano. No voy a cometer el mismo error.

Gabriel le dio un puñetazo a la pared llevado por la rabia y la impotencia, y volvió a sentarse en su sillón.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Tenemos que centrarnos en formarles,

Gaby —contestó Nahuel—. Si ellos mismos no pueden defenderse, tú no tendrás oportunidad de atrapar a ese weretiger.

—Yo seguiré investigando en la policía —añadió Ithuriel—. Les he dicho que el MI6 lleva años persiguiendo a ese asesino, así que no interferirán.

—¿Puedes solicitar una segunda autopsia de los cuerpos? —preguntó Adriel a su prima.

—No creo que me pongan trabas, pero habría que exhumar los cuerpos y eso cuesta dinero. Tendremos que proporcionárselo.

—No es problema —dijo Nahuel—. Yo me encargo.

—Quizás encuentre alguna pista que nos lleve al asesino —aclaró Adriel.

—Hablaré con Julian para que interroge a los vampiros —dijo Abel—. Alguno habrá que



sepa algo.

Gabriel les vio salir uno a uno del despacho, y suspiró cansado. Gracias a Dios les tenía a ellos, porque de no ser así seguiría tan perdido como al principio, y ese desgraciado tendría a Danielle a su merced.

## Capítulo 11

Un par de días después, Mathew despertó del coma, por fin. Sentía dolores horribles debidos a la enorme herida que le había propinado el vampiro, pero al menos seguía vivo. Su hermano se acercó a él con una sonrisa, y acarició su pelo como había hecho él tantas veces cuando eran pequeños.

—Hola, hermano. Me has dado un susto de muerte —susurró.

—¿Dónde estoy?

—En casa de los Bruce. Gabriel te salvó la vida.

—¿Qué ha pasado?

—Un vampiro te atacó por la espalda. —

Inspiró hondo—. Lo siento, Mat, debería haberte hecho caso, no te encontrabas bien y te mandé a la muerte.

—¡No seas idiota, Juls! Estaba encendiéndome un puto cigarro. Debería haber dejado de fumar cuando Mel me lo pidió, ahora no estaría hecho una mierda.

Intentó mover la mano para coger la de su hermano, pero fue incapaz de hacerlo. Su cara se transformó en una máscara que muy pocas veces había usado, pero Julian sabía que escondía un profundo dolor.

—Volverás a moverla, aunque no como antes. El vampiro hizo muy bien su trabajo, y casi te arranca el brazo de su lugar.

—Espero que Gabriel le diera su merecido.

—Ya lo creo, hermano. Oye... sé que es

difícil, pero lo superaremos.

—¿En serio? Mi brazo ha quedado inservible. Ya no podré luchar, Juls. Ya no sirvo para nada. Hubiera sido mejor que me dejaseis morir.

—No voy a escucharte, Mat, no dices más que tonterías. Te recuperarás, y puede que no puedas volver a luchar, pero te aseguro que sigues siendo igual de imprescindible en la manada, y no voy a permitir que te rindas.

El licántropo salió de la habitación de su hermano y subió a ver a Gabriel. Necesitaba una copa, y la necesitaba ya. El despacho estaba vacío, así que se acercó al bar y se sirvió un whisky, que bebió de un trago. Pero no era suficiente, así que volvió a llenar la copa una vez más.

—Julian, ¿te encuentras bien? —preguntó

Gaby entrando en ese momento por la puerta.

—Mi hermano ha despertado.

—Me alegro mucho. ¿Cómo está?

—¡El muy estúpido se ha rendido!

¿Puedes creerlo?

—Así que ha descubierto que no puede mover el brazo...

—¿En serio piensa que voy a dejarle hacerlo? ¡Ha perdido parte de la movilidad del brazo, no la maldita vida!

—Julian, cálmate. Ahora mismo está en shock, debes entenderle. Hasta que no comience a mover el brazo de nuevo no va a ser capaz de ser positivo, y lo que menos le ayuda es que tú te enfades y le dejes solo.

—Necesito un respiro. Necesito hacer algo más que estar sentado en esa silla escuchándole compadecerse de sí mismo.

—Ve a cazar esta noche. Nosotros nos ocuparemos de Mathew. Y ya que estás, intenta reprimir ese cabreo y sonsácale algo de información al chupasangre.

—¿Qué clase de información?

—El guardia de seguridad del banco de sangre le dijo a Ithuriel que había visto una sombra enorme y oído un rugido. La sangre que robó era toda del mismo grupo sanguíneo, O positivo.

—La preferida de los vampiros.

—Creemos que tenía intención de firmar alguna especie de trato con los chupasangre, pero no tenemos ni idea de para qué.

—Veré qué puedo averiguar.

—Pero cálmate un poco, ¿de acuerdo? Nadie quiere que corras la misma suerte que tu hermano.

Gabriel se dirigió hasta el jardín, para echar un vistazo al entrenamiento de su hermano. Los jóvenes habían mejorado considerablemente, tenían mucha más libertad de movimientos y su fuerza había aumentado considerablemente. En un par de semanas podrían tener listo el equipo de defensa, y el resto sería capaz de defender la propiedad si fuese necesario.

Su hermano le vio en ese momento, y se acercó secándose el sudor de la frente con una toalla.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Mathew se ha despertado.

—Me alegro. Su hermano lo estaba pasando realmente mal.

—Ahora viene lo peor. No acepta el hecho de no poder a volver a estar en primera

línea de fuego.

—Conforme vaya recuperando la movilidad del brazo cambiará de opinión.

—Julian ha ido a quemar adrenalina. Va a cazar unos cuantos vampiros, y de paso va a sonsacarles todo lo que sepan sobre el traidor. He pensado ir a investigar a uno de los renegados, he encontrado su dirección.

—Muy bien, pero no vayas solo.

—Me acompañarán Abel, Brian y Anthony. Quiero que los dos muchachos empiecen a familiarizarse con el trabajo de campo.

—Muy bien. Voy a seguir con esto. Luego te veo.

A la hora de la cena, Gabriel encontró a las mujeres sentadas a la mesa con Duncan. No pudo evitar echarle una buena ojeada a Danielle,



que estaba riendo con Leslie. En el poco tiempo que llevaba en la casa familiar, se habían hecho muy buenas amigas, y apenas se separaban. Leslie había reclutado a Danielle para ayudarla con la organización de la boda de Desiree, y apenas la veía a lo largo del día.

Su idea de buscarle otra habitación donde dormir había quedado en saco roto. Simplemente era incapaz de apartarse de ella. aunque no había vuelto a repetirse el beso entre ellos, la tensión sexual era evidente... para todo el mundo. Cuando se encontraban en una misma habitación, todo el mundo estaba expectante a lo que pasaba entre ellos. Gabriel se limitaba a comportarse de manera civilizada, hablando con ella de forma cordial y dejando su libido guardada a buen recaudo.

Las noches eran harina de otro costal.

Dormía a un metro de ella, observándola descansar, y necesitando desesperadamente estar a su lado, acariciar su cuerpo desnudo y hacerle el amor. A duras penas conseguía controlarse. Su hermano siempre se quejaba de su poco autocontrol, pero ahora debería estar orgulloso de él. Nahuel no había podido aguantar ni un mes antes de sucumbir a la llamada, pero él llevaba ya cuarenta y tres días aguantándose las ganas de estar con ella.

Se sentó en su lugar, en la cabecera de la mesa, y comenzó a comer con aire distraído.

—¿Me oyes, Gaby? —preguntó su hermano.

—Perdona, estaba distraído.

—He dicho que sería buena idea ir a seguir la pista de la que me has hablado antes esta misma noche.

—¿Qué pista?

—Dios, Gaby... ¿Qué demonios te pasa esta noche? —preguntó Abel.

—¿Estás enfermo, cariño? —preguntó su tía.

—No, tranquila, tía, estoy bien. Estoy un poco distraído, nada más. Tienes razón, Nahuel. Saldremos en cuanto terminemos de cenar.

Cuando subió a cambiarse a su habitación, Danielle le siguió. Cerró la puerta a sus espaldas y se encaró a él.

—¿Se puede saber qué diablos te pasa?

—No sé a qué te refieres.

—Desde que me besaste has estado evitándome.

—¿En serio? Creo que he dormido en este sofá todas las noches.

—Sabes a lo que me refiero. Estabas ahí,

pero hacías como si yo no existiera. ¿Qué es lo que ocurre?

—Intento concentrarme en mi trabajo, Danny, eso es todo.

—¡No me vengas con esas! ¿Acaso crees que no me doy cuenta de tu reacción cada vez que te toco?

Gabriel no podía más. Llevaba todo este tiempo evitando tocarla, evitando cualquier cosa que le hiciera desearla aún más... Cosa que no había conseguido en absoluto. Su autocontrol estaba a punto de irse al garete, y ella no estaba ayudando con este enfrentamiento.

La aprisionó contra la pared, introdujo una de sus piernas entre las de ella para que no pudiera escapar, y acercó su cara a un milímetro de la suya.

—Intento alejarme de ti lo máximo posible

porque soy incapaz de controlar el deseo que me consume cada vez que estás cerca. Intento centrarme en mi trabajo, aunque eso es jodidamente difícil si pensamos que el asesino te quiere muerta y yo no creo que sea capaz de vivir sin ti. Estoy intentando aparcas lo que ocurre entre nosotros para poder ponerte a salvo, y no me lo estás poniendo nada fácil.

Unió su boca a la de la joven en un beso desesperado. Sus bocas chocaban, sus lenguas luchaban para tener el control de la situación, sus manos recorrían el cuerpo del otro con avaricia. Gabriel la sujetó de las nalgas y la cargó en peso. Ella enredó sus piernas en las caderas del hombre, y se dejó llevar hasta la cama, donde la tumbó para aprisionarla contra el colchón con su cuerpo. Sus lenguas no podían dejar de rozarse, el cuerpo de ella se arqueaba

buscando el contacto de Gabriel. La sangre corría por sus venas, sus corazones latían desbocados, y de no ser por el golpe en la puerta, le habría hecho el amor en ese mismo instante, sin medir las consecuencias. Se apartó lentamente de ella sin dejar de mirarla. Respiraba tan entrecortadamente como él, sus ojos estaban velados por un deseo tan carnal y primitivo como el suyo.

—Tengo que irme —susurró—. Intenta descansar.

Se apartó de ella con una fuerza titánica, y salió al encuentro de su hermano, que le esperaba apoyado en la pared de enfrente.

—Salvado por la campana, ¿eh, hermano?  
—bromeó Nahuel.

—Gracias, en serio. He estado a punto de perder el control.

—Céntrate, Gaby, no creo que esta misión vaya a ser un camino de rosas.

—¿Dónde están los demás?

—Nos esperan abajo.

Julian le había dado la dirección de uno de los muchos renegados que existían por la ciudad. El hombre vivía en *Pelham Bay*, un barrio residencial de clase media situado en *El Bronx*. Era un barrio formado por casas unifamiliares de dos plantas, en una de las cuales vivía Jason Burke, uno de los renegados.

Estaban a punto de llamar a la puerta cuando escucharon un rugido. Gabriel y Nahuel se convirtieron inmediatamente en felinos y entraron al jardín de atrás. Allí, sobre el césped, yacía una joven en brazos de un weretiger leopardo a medio convertir.

—¡Suéltala! —rugió Gabriel.

—¡La ha matado! —lloraba el felino—  
¡Ese hijo de puta la ha asesinado!

Gabriel comprendió de inmediato que el hombre no era el agresor, sino algún familiar de la víctima, así que se volvió a transformar en humano y se acercó lentamente.

—¿Eres Jason Burke? —preguntó.

—Cuando llegué ya era tarde —susurró el aludido—. Le dije que no saliera, pero la muy tonta no me hizo caso.

—Jason... déjamela —susurró Nahuel—.

Ya no puedes hacer nada.

—Mataré a ese bastardo... ¡Juro por Dios que le mataré!

—Mírame —dijo Gabriel—. Jason, mírame.

El hombre volvió la cabeza hacia él, y pareció recuperar la cordura un instante.



—Soy Gabriel Bruce, y puedo ayudarte.

—¿Ayudarme? ¡Mi hija está muerta!

—Puedes ayudarnos a atrapar a ese hijo de puta, pero necesito que vengas con nosotros.

—¿A la casa Bruce? ¡Ni lo sueñes! Ese vejstorio de Duncan no se merece que le mire a la cara.

—Ahora no es Duncan quien está al mando, sino yo. necesito ayuda, Jason, y necesito que me cuentes qué ha ocurrido.

—Tengo que llamar a la policía. Tengo que...

—La policía no va a ayudarte —intervino Brian—. No ha ayudado a ninguna de las veinte víctimas anteriores.

—¿Veinte? —preguntó asombrado—  
¡Tenía entendido que eran siete!

—Eso es lo que han hecho creer a la

ciudad, pero no es cierto. En la casa Bruce tenemos un médico muy competente que puede hacer la autopsia a tu hija y sacar en claro alguna pista que nos lleve a atraparlo.

—Creerán que la he matado yo, creerán que...

—Mi prima es agente del MI6, y se ocupa ahora del caso —dijo Gaby—. Estarás a salvo, te lo prometo.

El leopardo asintió, y volvió a tomar su forma humana. El hombre tendría la edad de su tío, su pelo estaba cubierto de canas plateadas y sus facciones estaban cubiertas de pequeñas arrugas. Jason levantó a su hija en brazos y la puso en los de Nahuel, a quien vio más fuerte de todos los presentes.

—Muy bien, iré con vosotros.

Anthony acercó el coche lo máximo

posible para sacar de allí el cadáver sin armar ningún revuelo, y llegaron a la casa familiar en menos de media hora. Cuando Nahuel entró por la puerta con la muchacha en brazos, se encontró a Danielle dando vueltas por el vestíbulo. La cara de la muchacha cambió de color, y de no ser porque Abel se puso detrás de ella, se habría caído redonda al suelo al descubrir que la joven estaba muerta.

—Llévatela a mi habitación, Brian —dijo Gabriel—. No debería haber visto esto.

Mientras su hermano llevaba a la joven a la clínica para que Adriel le hiciera la autopsia, Gabriel acompañó a Jason a su despacho, donde le entregó una copa de whisky, que el hombre vació de un trago. Tras volver a llenársela, se sentó junto a él.

—Cuéntame qué ha pasado.

—Hace cosa de una semana, Jesica salió a tomar algo con unas amigas y volvió a casa desorientada, sin saber qué había pasado, y con una herida de garras en el costado izquierdo. Aunque no formo parte de esta congregación me mantengo informado de algunas cosas, y por la policía supe que había habido siete ataques a mujeres.

—Ocultaron demasiada información para mi gusto —dijo Gaby.

—Estaba asustado. Creí que mi hija había escapado por los pelos de ser una de esas víctimas, y la vigilé de cerca, pero esta noche tenía que salir a arreglar una avería urgente, así que le dije que no se le ocurriese salir de casa hasta que yo volviera.

—Y ella no le escuchó.

—Cuando llegué a casa, escuché a Jesica

gritar. Salí a correr hasta el patio, y vi a ese hijo de puta dejándola caer al suelo. Me miró... el cabrón me miró con una sonrisa, y escapó calle abajo. Quise perseguirle, pero...

—Debías socorrer a tu hija.

—Cuando me acerqué a ella, tenía la garganta desgarrada, y la vida se había escapado de sus ojos. —Un sollozo le impidió hablar.

—¿Puedes decirme qué era lo que atacó a tu hija?

—Un weretiger. Uno de los nuestros. Era un maldito tigre con los ojos amarillos. Nunca he visto nada igual. No era demasiado grande, pero la maldad que destilaban sus ojos era más que suficiente para aterrar a cualquiera.

—Gracias, Jason. En cuanto Adriel termine con la autopsia le daremos a tu hija el

descanso que se merece. Deberías descansar, voy a mandar que te preparen una habitación, y te daré un analgésico para que puedas descansar.

—Mi hija está muerta, Bruce. No descansaré hasta cobrarme mi venganza.

—No podrás hacerlo si estás cansado.

Tres horas después, Gabriel entró en el quirófano, donde su primo estaba empezando a cerrar el abdomen de la joven.

—¿Qué tienes? —preguntó.

—La muchacha ha muerto por el desgarro en la aorta, cosa que era evidente cuando la trajiste. Pero he descubierto algo interesante.

Adriel cogió unos papeles de la mesa y se los entregó.

—*Escopolamina* —susurró Gabriel.

—Bingo. Ahora sabemos por qué las mujeres no intentaron defenderse.

—Tenías razón en lo de la droga, Adry.

—Debió suministrársela por inhalación, porque había residuos de la droga en los pulmones.

—Si salió a la calle y él pudo suministrársela, debía conocerle —dedujo Gaby—. De lo contrario no se atrevería a acercarse a él.

—Cambió su *modus operandi* porque esta joven, aunque es humana, es hija de un weretiger, por lo que no se asustaría al ver su transformación.

—Los renegados suelen mantener en secreto su naturaleza, quizás no sabía que la joven tenía herencia felina.

Gabriel se fue esa noche a la cama

sintiéndose mucho mejor. Habían conseguido muchas pistas en una sola noche. Ya sabían a qué se enfrentaban: a un weretiger tigre de dos metros de altura y los ojos amarillos, que marcaba a sus víctimas semanas antes de asesinarlas, y que utilizaba una droga de diseño para privarlas de la capacidad de defenderse. Esa noche durmió de un tirón, y sus sueños no estuvieron marcados por esos despreciables ojos amarillos.



## Capítulo 12

En cuestión de un mes, Nahuel había preparado a un equipo de defensa medianamente aceptable: Anthony, la pantera negra; Brian, un lince americano; Rachel, el puma; Ryan, el jaguar; Brant, el tigre; y por último Amy, el león. Abel y Gabriel completaban el conjunto. Leslie propuso una fiesta de graduación para los recién elegidos, y a su primo le pareció una gran idea. Aprovecharía la oportunidad para que Danny se familiarizase con ellos, porque a partir de ahora se ocuparían de su seguridad.

Como sabía que Danny no tenía ropa apropiada para esa ocasión, convenció a sus primas para que fuesen a comprar ropa todas

juntas. Como Ithuriel iba con ellas, Gaby estaba tranquilo, y sabía que la muchacha disfrutaría de salir por fin de su encarcelamiento. Aunque había salido del siquiátrico, la pobre mujer no había podido disfrutar de su libertad por miedo a que el asesino diera con ella de nuevo.

A las diez de la noche, Gabriel esperaba impaciente en el salón a las mujeres de su familia. La primera en bajar fue Desiree. Había elegido para la ocasión un vestido negro con corte de sirena y escote ondulado que se amoldaba a su silueta igual que un guante.

—Hola, preciosa —dijo Gaby besándola dulcemente en la mejilla—. Estás espectacular. Lástima que tengas novio, de no ser así tendrías muchos pretendientes a los que espantar esta noche. Por cierto... ¿dónde está Aarón? Hace una eternidad que no le veo.

—Pues la verdad es que no lo sé...  
Supongo que si no está ya en la fiesta, llegará en cualquier momento.

—Dile que quiero verle, tengo que hablar con él de un asunto importante.

—Gaby... prometiste que no ibas a preocuparte esta noche —le regañó su prima.

—Lo sé, lo sé, y no tiene nada que ver con el ataque, te lo prometo. Intento tener relación con el futuro marido de mi prima, y tenemos algo entre manos en lo que me tiene que guiar.

Ella le miró traviesa y sonrió.

—Así que se trata de la despedida de soltero... Está bien, si es por eso se lo diré.

—Ahora ve y diviértete. La noche es joven.

Las siguientes en bajar fueron Leslie e

Ithuriel. La primera parecía una princesa de cuento de hadas con su vestido de baile rosa y blanco de corte de princesa sin tirantes. Ithuriel llevaba un vestido de raso azul eléctrico de corte imperial.

—Somos los hombres más afortunados de la fiesta —dijo Abel—. Las mujeres más bonitas de la ciudad serán nuestras parejas de baile.

—Vosotros también estáis muy guapos, Chicos —dijo Leslie.

—Espera a ver a Danny —susurró Ithuriel a Gaby—. Está preciosa.

—Id a divertíos —dijo Gabriel—. Mi hermano te espera en el salón, Ithuriel, está vigilando. Y Less... hay muchos hombres guapos rondando por ahí, no te quedes pegada a nosotros toda la noche.

—Déjame tranquila, yo no tengo ganas de novios.

—¿Tiene eso que ver con cierto abogado?

—No digas tonterías. Es muy guapo, pero no es mi tipo. Demasiado prepotente para mi gusto.

—Si tú lo dices...

En ese mismo instante, algo en lo alto de la escalera llamó su atención. Cuando levantó la vista, su corazón empezó a latir a un ritmo desenfrenado, la boca se le secó, y sus pupilas se dilataron. Ahí estaba Danielle, y no había visto una mujer más hermosa en toda su vida. Había elegido para la ocasión un vestido rojo de corte sirena y escote en forma de corazón adornado con pedrería blanca. El vestido se ajustaba perfectamente a las curvas de la joven, y Gaby no podía refrenar el instinto de subirla en

brazos a su cuarto y hacerle el amor hasta que despuntase el alba.

Tragó saliva, no sin dificultad, y la besó dulcemente en los labios mientras que su mano jugaba entre las curvas de su cintura.

—¿Te gusta? —preguntó la muchacha insegura.

—Cariño... estás impresionante. No tengo palabras para describir lo preciosa que estás. —Danielle sonrió.

—¿En serio?

Gaby se acercó a un par de milímetros de su oído.

—Si no fuese porque tengo que estar en esta estúpida fiesta hasta el final, te levantaría en brazos para llevarte a la cama.

—¡Gaby!

—Nunca más me preguntes si hablo en

serio, corazón, o atente a las consecuencias — dijo sonriendo.

La noche fue para Danny un auténtico cuento de hadas. Gaby no se separó de ella en toda la velada, a no ser que su hermano o alguno de sus primos estuviesen con ella. Bailaron, rieron, bebieron champán y pasearon por los jardines de la gran mansión.

En ese momento se encontraba con Leslie y Brian, uno de los chicos elegidos para el equipo de defensa. Buscó a Gaby con la mirada, pues hacía rato que no le veía. Allí estaba, en la otra parte del salón hablando con su prima Ithuriel. En ese momento sus miradas se encontraron, y un escalofrío recorrió todo su cuerpo cuando el joven le sonrió y le guiñó un ojo. Esa noche estaba más guapo que nunca. Llevaba un simple traje de chaqueta negro con

camisa del mismo color. Gabriel Bruce siempre iba de negro, y no conocía a nadie a quien le sentara tan bien como a él. Suspiró e intentó estar atenta a la conversación, no podía seguir babeando por el hombre que le quitaba el sueño.

A pesar de estar hablando con todos sus familiares y amigos, Gaby no quitaba la vista del lugar en el que se encontraba su chica. No podía apartar los ojos de ella. Cada vez que la miraba su instinto ganaba un poco más de terreno, y no podía permitirse ese lujo todavía. Quedaba mucho camino por recorrer aún.

—Don Juan, Danny está perfectamente —susurró Ithuriel—. No tienes que estar vigilándola a cada momento. —El muchacho sonrió y volvió la mirada hacia su prima.

—Sabes que no puedo evitarlo.



—Lo sé, pero deberías disimular un poco o hacer algo de una buena vez.

—Ella huirá de mí. Después de todo lo que ha pasado huirá de mí, y yo no seré capaz de soportarlo.

—Gaby, no seas tan pesimista, dale una oportunidad —dijo su hermano—. Quizás sea más fuerte de lo que te imaginas.

—¿Y si hago lo que tú hiciste con Leah?

—¿El qué? —pregunto su hermano extrañado.

—Acostumbrarla a mi presencia como pantera. —Su prima Ithuriel soltó una carcajada.

—Sabes que eso fue un descuido de tu hermano, y creo que no funcionaría. Pero si crees que tendrías éxito...

—No sé qué hacer, en serio. Necesito

estar con ella, pero sé que aún es demasiado pronto.

—¿Demasiado pronto? ¿Por qué?

—Pues porque en cuanto sepa que fue atacada por uno de los nuestros no querrá estar a menos de un kilómetro de ninguno de nosotros.

—Tú no has sido quien le atacó, Gaby— añadió su hermano—. Siempre has estado protegiéndola, se siente segura contigo. No escapará.

—Deja de juzgarla, ¿quieres, primo? — añadió Leslie uniéndose a la conversación—. Danielle es más fuerte de lo que te imaginas. Dale un voto de confianza y verás cómo te sorprende. Y ahora ve a por ella, no dejáis de miraros y me estáis poniendo nerviosa.

Gabriel se acercó a Danny y la abrazó por

la espalda, plantándole un suave beso en la nuca, y despertando todas las terminaciones nerviosas de la joven.

—¿Te diviertes? —susurró.

—Mucho. —La mujer sonrió—. Nunca me había divertido tanto en mi vida.

—Me alegro. ¿Te he dicho que estás preciosa?

—Unas treinta veces en lo que va de noche —contestó ella riendo.

—Pues aún puedo decírtelo otras treinta veces más.

—Lo tendré en cuenta.

—¿Te apetece bailar conmigo?

—Por supuesto.

En ese momento empezaron a sonar los acordes de una canción lenta, y Gabriel la apretó entre sus brazos para hacerla girar entre

la multitud. El mundo desapareció, solo estaban ellos dos en medio de una habitación llena de luces, con sus ojos fijos en los del otro. Gaby acercó la cabeza de la joven a su pecho, y dieron vueltas y más vueltas alrededor del salón. La música hacía tiempo que había acabado, pero los enamorados seguían inmersos en su mundo de fantasía.

Anthony miraba sonriente cómo su rey bailaba con la mujer de su vida, un lujo que él nunca tendría el placer de disfrutar. A su lado estaba la mujer de sus sueños, o mejor dicho, de sus peores pesadillas. Desiree Bruce era su compañera, estaba seguro de ello. Lo que sentía cada vez que la mujer estaba cerca no dejaba espacio a la duda, pero Desiree pertenecía a otro hombre. Aarón, la mano derecha de

Duncan... y su peor enemigo desde la infancia. Siempre había competido con él por todo. Y siempre había ganado. Anthony pagaba su frustración con las máquinas del gimnasio, por eso siempre estaba en buena forma, y no había tenido que recibir el duro entrenamiento que Nahuel Bruce les había impartido a los demás.

Esa noche Desiree estaba encantadora, y su prometido no se había dignado a aparecer en la fiesta. “Está de viaje de negocios” era la única excusa que le había dado la muchacha, pero él sabía que no era cierto. Desde que Gabriel le había acogido bajo su ala, se había ganado a pulso la confianza del monarca, hasta el punto de que Abel y él siempre le guardaban las espaldas. Gabriel no tenía secretos para ellos, y sabía que no había planeado ningún viaje. Ni él ni Duncan, mucho menos Aaron. La

estaba engañando, y a él se le revolvían las entrañas tan solo de pensarlo. Hablaría con Gaby esa misma noche, porque no pensaba permitir que su compañera se casara con un farsante.

—Desiree —dijo de repente—. No es justo que estés aquí plantada solo porque Aarón no haya venido. ¿Te apetece bailar?

—De verdad, no creo que...

—Vamos... es mi graduación... Dame ese capricho. —La joven sonrió.

—Está bien, está bien.

En cuanto posó su mano en la cintura de la joven, la sangre comenzó a hervirle en las venas. Ella no era indiferente a su cercanía, podía verlo en el brillo de sus ojos azules o en la respiración entrecortada que escapaba de su boca entreabierta. Una boca que se moría de

ganas por probar. La noche pasó en un suspiro en su compañía, los últimos invitados se estaban marchando, y era hora de que él mismo se fuera a dormir a su habitación.

—Creo que me voy a ir a la cama —dijo en ese momento Desiree—. Estoy rendida.

—Te acompaño.

—Qué tontería, si es en el piso de arriba.

—Insisto, puede pasarte algo en el trayecto.

—¡Pero que me va a pasar! —dijo ella riendo— Como no me violen por las escaleras...

—Dess.

Anthony se puso muy serio. Sus ojos azules se clavaron en los de la muchacha como carbones encendidos.

—El que atacó a Danny está ahí fuera, y

no sabemos quién es. Si a tu prometido no le importa, te aseguro que a mí sí. No voy a permitir que nada ni nadie te haga daño, así que te acompaño a tu habitación.

Desiree no dijo ni una sola palabra. Lo que Tony le había dicho le había hecho verle de diferente manera. Había estado enamorada de él cuando era niña, pero Tony ni se había parado a mirarla dos veces. Estaba mucho más preocupado por su aspecto y su popularidad entre las chicas guapas. Con el paso de los años, Desiree consiguió olvidarle, y hacía dos años que salía con Aarón, que siempre se había preocupado por ella, aunque ella siempre había supuesto que era más como hermano mayor que como hombre. No estaba enamorada de él, pero le quería muchísimo. Iba a casarse porque consideraba que la amistad era mucho más



importante que el amor pasional. Ese tipo de amor es el que los escritores plasman en sus obras, no existe en el mundo real.

Caminó en silencio junto a Anthony hasta la puerta de su habitación. La colonia del muchacho impregnaba sus sentidos y hacían que se sintiese ebria de deseo. La esencia de Anthony le recordaba al rocío de la mañana, a frutas exóticas y a sándalo. Se paró delante de la puerta de su habitación con la intención de darle las gracias, pero el muchacho tenía otros planes. Casi sin darse cuenta estaba atrapada entre la pared del pasillo y los fornidos brazos de Anthony.

—Anthony... ¿Qué demonios haces? — preguntó un poco abrumada.

—Lo que tenía que haber hecho hace mucho tiempo.

Atrapó los labios de la joven con los suyos, y la pasión entre ellos se desató. Recorriendo su espalda desnuda con sus poderosas manos, Anthony devoró su boca, calmó parte de su hambre, parte de su sed. El demonio que llevaba en las entrañas rugió como si toda su vida hubiese deseado hacer lo que estaba haciendo en ese mismo instante.

Desiree se quedó paralizada, pero el sabor de los labios de Anthony era tan embriagador... Su estómago empezó a revolotear como hacía años que no lo hacía, y sus piernas perdieron fuerza, amenazando con desplomarla en el suelo, por lo que pasó sus brazos alrededor del cuello del hombre. La columna empezó a cosquillearle, y el deseo empezó a tomar el control... ¿Pero qué demonios estaba haciendo? ¡Estaba comprometida! Hizo acopio de toda la

fuerza de voluntad que le quedaba para apartarle de un empujón.

—¿Estás loco? —susurró.

—¡Sí, maldita sea! ¡Estoy loco por ti!

Llevo enamorado de ti desde que tengo uso de razón, pero creía que no te merecía. Por eso siempre he intentado ser mejor en todo, sin éxito hasta ahora.

—¡Anthony!

—¿En serio crees que puedes ser feliz con Aarón? Mírame a los ojos y dime que le amas.

—No creo que...

Tony le levantó suavemente la barbilla hasta que sus ojos quedaron frente a frente.

—Mírame a los ojos y dime que no has sentido nada en ese beso y te dejaré en paz, Dess. Pero si no es así, si para ti ha significado

tan solo una mínima parte de lo que ha significado para mí, no creas que esto ha terminado. No pienso rendirme, no ahora que puedo ofrecerte todo lo que te mereces.

—Yo... yo estoy prometida con Aarón, y es porque le quiero.

Tony se separó de ella sonriendo.

—No puedes negarlo, porque tú también lo has sentido. Eres mía, y no voy a permitir que nadie te separe de mi lado. Conseguiré abrirte los ojos de una manera o de otra.

—¡Eres un estúpido arrogante! ¿Crees que porque eres uno de los consejeros de mi primo vas a conseguir lo que te propongas? Pues óyeme bien, Anthony Dylan. No eres mi dueño. Ni tú ni nadie. Haré lo que me apetezca, y lo último que me apetece en este momento es enamorarme de un hipócrita como tú.

—¿Hipócrita? No, cariño mío, solo realista. —Se acercó a tan solo un suspiro de ella—. Eres mía, tanto si quieres aceptarlo como si no. He esperado cien años para encontrarte, puedo esperar un poco más. —Le robó un fugaz beso en los labios—. Y ahora descansa, es tarde

Dicho esto, se alejó silbando por el pasillo.

—Serás...

Desiree entró a su habitación dando un portazo. Su corazón amenazaba con salirse del pecho. ¿Qué le ocurría? Anthony formaba parte del pasado. Le había olvidado... ¿o no? La había amado desde siempre. El maldito estúpido había estado enamorado de ella desde siempre, y por su ridículo complejo de inferioridad no le había hecho ni caso. Todas las lágrimas que había derramado por él habían sido inútiles.

Se dejó caer en la moqueta. ¿Qué podía

hacer? No podía romper su compromiso con Aarón, no podía hacerle daño. Él siempre se había portado muy bien con ella. Pero Anthony tenía razón: era suya por completo. Empezó a dolerle la cabeza. No podía pensar en eso ahora, tenía seguir con sus planes de boda aunque eso le costase terminar con el corazón destrozado. Se desvistió deprisa, se metió bajo las mantas y dejó pasar la noche, porque después de lo ocurrido, coger el sueño sería una tarea inalcanzable.

Leslie estaba en la puerta de la casa con su madre y su padre, despidiendo a los últimos invitados. Estaba cansada, y lo único que le apetecía en ese momento era deshacerse de los zapatos de tacón y hundir los pies en el agua del estanque del jardín.

Se separó lentamente de ellos y salió disimuladamente por la puerta de atrás. En cuanto sus tacones tocaron la hierba, los lanzó al aire de una patada y sonrió. Delante del mundo tenía la obligación de ser la hija obediente y sofisticada del magnate, pero en la soledad de su jardín podía ser quien quisiera. Se sentó en el borde del estanque sin preocuparse por el estado en el que quedaría su precioso vestido de fiesta, y metió los pies en el agua helada. Rió cuando los peces nadaron alrededor de ellos, y se dejó caer en el césped con un suspiro.

—¿Cansada de la fiesta?

La voz profunda de un hombre la levantó de un salto. Apenas podía verle en la penumbra, pero debía ser tan alto como su primo Gabriel, al menos un metro ochenta de estatura.

—Bastante, pero por suerte ha terminado.

Deberías marcharte, es tarde.

—Por suerte para mí soy invitado de tu primo, así que solo tengo que irme a mi habitación.

Se acercó lentamente a ella, y poco a poco la luz de la luna dejó al descubierto sus rasgos. Tenía el pelo moreno engominado hacia atrás, y sus ojos plateados brillaban de una forma tan intensa que Leslie se asustó. Hizo el intento de salir a correr, pero el desconocido la detuvo suavemente por la muñeca.

—Tranquila, no voy a hacerte ningún daño.

—¿Quién eres tú?

—Soy simplemente un amigo de Gabriel. Vamos, te acompañaré adentro, aquí fuera no estás segura.

El hombre era realmente atractivo, y si



era amigo de Gabriel, significaba que con él estaría a salvo. Se soltó de su agarre y recogió los zapatos del suelo para acompañarle a la casa, volviendo a cubrirse con la máscara de perfecta anfitriona.

—Espero que tu estancia en nuestra casa esté siendo agradable —dijo.

El hombre chistó y se metió las manos en los bolsillos, haciendo resaltar los músculos de sus hombros.

—Me gusta más la otra Leslie, esa que estaba disfrutando de un momento de paz, esa que estoy seguro de que nadie más conoce.

—No sé de qué me hablas.

—Vamos, preciosa —susurró acercándose a ella—. Claro que lo sabes. Cuando nadie te ve, puedes volver a ser tú misma, no quien todos quieren que seas. Puedes

hundir tus delicados pies en la hierba del jardín o en el agua del estanque, y tumbarte a mirar la luna sin temer que se te manche el vestido. Lo sé porque yo también me siento así, Less.

Sin más, rozó los labios de la joven con los suyos. Fue un roce, no duró más de unos segundos, pero todo el cuerpo de Leslie vibró recorrido por una oleada de deseo salvaje que casi la hace caer de rodillas. El hombre la sostuvo por la cintura con suavidad, y la acompañó a la casa sin decir ni una palabra. Cuando la dejó tras las puertas correderas del salón, besó su mano como todo un caballero y la miró a los ojos con una sonrisa.

—Hasta pronto, mi dulce compañera.  
Dulces sueños.

Leslie se quedó mirándole alejarse silbando hasta el edificio contiguo, donde dormía

el resto de la congregación, y tuvo que agarrarse a la pared para no terminar derretida en el suelo. ¿Quién era ese hombre? ¿Y por qué se había sentido así cuando la había besado?

## Capítulo 13

Danielle permanecía sentada en silencio a la noche siguiente en el comedor de la mansión. Su mirada se desviaba cada dos segundos hacia Gabriel, que desde que su hermano había llegado a la ciudad, se veía mucho más tranquilo y relajado. Sus facciones se habían aniñado, y el brillo de su mirada dejaba al descubierto el amor que sentía por su gente. Gaby desviaba continuamente la vista hacia ella para hacerle algún guiño, alguna muestra de cariño, pero ella no se engañaba. Si bien era cierto que Gaby se sentía atraído sexualmente por ella, el cariño que le profesaba era exclusivamente porque la encontraba débil, una víctima. Pero lo que ella estaba sintiendo era mucho más que eso. Su

corazón se desbocaba cuando le veía acercarse, y un millón de mariposas revoloteaban en su estómago cuando él estaba cerca.

Se estaba enamorando de Gabriel Bruce, un hombre con poderes sobrenaturales, un hombre perfecto que podría conseguir a cualquier mujer si se lo proponía. Él se merecía una mujer fuerte y valiente, no una muchacha asustadiza que tenía miedo hasta de su sombra. Debía irse, tenía que alejarse de allí lo más rápido posible, pues de lo contrario su corazón sufriría un duro golpe.

La cena terminó y se fueron a la cama. Gabriel la abrazaba por la cintura, como cada noche, y se había quedado completamente dormido. Danny se levantó lentamente de su lado, intentando no despertarlo al apartarle de su cuerpo. Cogió lo imprescindible, le besó

suavemente en los labios y, con los ojos anegados en lágrimas, se marchó.

Gaby abrió los ojos sorprendido. ¿Qué demonios estaba haciendo Danny? ¿Estaba huyendo? Sabía que el asesino estaba ahí fuera. ¿Cómo podía ser tan tonta? Se levantó de un salto y salió al pasillo dispuesto a alcanzarla, pero su hermano se lo impidió.

—Déjame a mí, hermano —dijo Nahuel—. Ya tengo experiencia.

—¿Seguro?

—Tranquilo, te la traeré de vuelta.

Apenas salió al jardín, Nahuel se convirtió en tigre. Sabía que en ese estado sería más fácil alcanzarla, y con un asesino suelto que la había marcado no quería arriesgarse a que la muchacha estuviera demasiado tiempo sola. La

noche anterior, Leslie le había confesado que Danielle les había visto transformarse en el jardín el día que él llegó, así que no tenía sentido andarse escondiéndose de ella. Cuando la alcanzó, le cerró el paso y volvió a transformarse en humano.

—Less me ha dicho que has descubierto nuestro secreto, así que consideré que sería más fácil alcanzarte en mi forma animal. ¿A dónde vas?

—A mi casa. No quiero causar más problemas.

—¿Acaso tienes miedo de nosotros?  
¿Tienes miedo de Gaby?

—¡Por supuesto que no! Bueno, la verdad es que impone un poco ver vuestra otra forma. Eres mucho más grande de cerca.

—Yo, al igual que mi hermano, tengo una

mutación genética que me hace ser más grande de lo normal, el resto suele ser igual que un felino de verdad. ¿Quieres sentarte conmigo? Hay algo que debo contarte.

La muchacha se sentó obediente en el banco de piedra junto a Nahuel.

—Tú dirás.

—¿Por qué huías realmente, Danny?

—Ya te lo he dicho. Estoy causando demasiados problemas.

—Eso no es cierto y lo sabes. Estás enamorada de Gabriel, ¿verdad? Le amas y por eso estás huyendo.

—Yo no estoy enamorada de Gabriel.

—Danielle, él siente lo mismo por ti.

—¿Ah, sí?

—Sientes que no podrías vivir si no le tienes cerca. Te mueres por besarle, por hacer



el amor con él. Serías capaz de dar tu vida por él. Aún sabiendo que él es diferente, que podría matarte de un zarpazo, es la única persona con quien te sientes completamente a salvo.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó ella sorprendida.

—Eso es la llamada, querida —contestó Nahuel sonriendo—. Los de nuestra especie solo se enamoran una vez, y es para siempre. Y no nos enamoramos de cualquiera, sino de una persona con las cualidades perfectas para compartir con nosotros nuestros trescientos años de vida.

—¿Tres... trescientos? Dios mío, ¡mi esperanza de vida es de cien años! ¿Cómo iba a ser eso posible?

—Cuando quedes embarazada, tu cuerpo se sincronizará con el de tu hijo, de tal modo que

tu vida se alargará para poder estar presente en el desarrollo total del bebe.

—Madre de Dios. ¿Y por qué siento yo todas esas cosas? No soy como vosotros.

—Pues porque tú eres esa mujer para mi hermano.

—¿Yo? ¿Cómo voy a ser yo?

—Danielle, deja de infravalorarte. Mi hermano te ha elegido a ti entre todas las mujeres del planeta, porque eres la única lo bastante buena para él. Puedes huir ahora, y ambos seréis desgraciados el resto de vuestras vidas, o puedes quedarte e intentar ser feliz.

—Tengo miedo. Yo...

—Por supuesto que tienes miedo, criatura, es normal que lo tengas. Pero hay dos cosas que debes saber de nosotros. La primera es que jamás dañaríamos a nuestra compañera, y la

segunda, que aunque estemos en nuestra forma animal, seguimos siendo personas. Es solo un arma que usamos para defender lo que creemos que es justo, no es la parte que predomina en nuestro interior.

—Gracias por los consejos, Nahuel, pero necesito pensar.

—Hay un asesino suelto que quiere matarte, Danny, no es seguro que estés sola en tu casa. Puedes pedirle a Gaby que te de una habitación para ti sola, no te la negará.

—Creo que lo haré.

Nahuel se levantó del banco dispuesto a regresar con ella a la casa, pero la mujer le agarró de la muñeca.

— Nahuel, por favor, no le digas a Gaby que conozco vuestro secreto.

—¿Pero por qué? Mi hermano está

aterrado, Danny, cree que si lo descubres huirás de él para siempre. Y yo creo que deberías decírselo.

—¿En serio me quiere?

—Claro que te quiere, cariño, si no te quisiera no dormirías cada noche en su cama. Habla con él, verás cómo después lo ves todo de otro color.

—Lo haré. Gracias, de verdad, gracias por todo.

Nahuel se quedó mirando a la muchacha un momento. Le recordaba tanto a Leah... Era fuerte, y valiente, como ella. volvió a sentarse a su lado con un suspiro.

—Hay otra cosa que quiero contarte, Danny. Creo que es mejor que sea yo quien te lo diga, pero necesito que seas fuerte, y muy muy valiente.

—¿Qué pasa?

—Todas las pistas, todas las pruebas que hemos conseguido recoger durante el tiempo que hemos estado aquí, indican que quien te atacó es alguien de nuestra especie.

—¿Qué? —El color abandonó las mejillas de la joven.

—Creemos que es un renegado, o alguien que quiere eliminar a mi hermano del trono... O incluso puede ser algún desequilibrado. Sabemos que se convierte en tigre, que no es demasiado grande, y que tiene los malditos ojos amarillos. Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para atraparlo, pero no quiero que estés sola con nadie que no seamos nosotros. Ni siquiera con el nuevo equipo de defensa.

—Pero nadie tiene los ojos amarillos en esta casa...

—Pueden ser lentillas, Danny. El asesino es muy listo, demasiado listo, y puede valerse de cualquier artimaña para engañarte.

—Entiendo.

—Ese monstruo escoge a las mujeres al azar, estabas en el lugar más inadecuado en el momento justo. Pero ya te ha marcado, y no parará hasta que termine el trabajo.

—Pero no marcó a las demás, ¿por qué a mí sí?

—Lo hizo. Marcó a cada una de ellas con la misma marca que tú llevas ahora en el costado. —Danny se acarició inconscientemente la cicatriz—. La policía ocultó ese hecho, pero Ithuriel trabaja para el MI6, y a ella no pudieron ocultárselo.

—¿Ella es humana?

—No, es la mejor luchadora de mi equipo

de defensa.

—Y es una de las mujeres más sexys y sofisticadas que conozco... qué ironía.

—Que se convierta en tigre no significa que no sea femenina. Una cosa más, y es la más importante de todas. Si la cosa se pone fea, y nos convertimos en felinos, ponte a salvo junto a un albino. Solo junto a uno de nosotros dos, por favor. No podemos arriesgarnos a que resultes herida por la incompetencia del resto.

—De acuerdo.

Volvieron a la casa en silencio. Nahuel la acompañó a la habitación de su hermano, y se volvió hacia ella.

—Intenta descansar, lo necesitas. Yo hablaré con mi hermano para que te asigne una nueva habitación por la mañana si es eso lo que quieres.

—No, creo que es mejor que me quede con él.

—De acuerdo. Buenas noches entonces, Danny.

—Hasta mañana.

Cuando entró en la habitación, encontró a Gaby sentado en el sillón, pensativo. Nada más verla aparecer, se puso de pie y abrió los brazos. Danny no pudo despreciar la invitación, se refugió en ellos y rompió en llanto.

—Shh... tranquila, ya pasó —susurró él en su oído.

—Lo siento, lo siento...

—No vuelvas a hacerme esto, ¿me oyes?

—dijo el hombre con voz temblorosa—. No vuelvas a darme un susto como este.

—Yo... yo...

—Shh... todo está bien ahora. Vamos a



dormir, cariño. Estás helada.

Danny permanecía despierta mucho tiempo después. Gaby la quería, pero la carga que llevaba sobre sus hombros era demasiado grande para ella. Necesitaba ver su transformación de cerca. Necesitaba sentirse segura con la otra parte de su ser. Se dio la vuelta hacia él. Iba a despertarlo, pero apenas se movió los ojos azules se abrieron de par en par.

—¿Ocurre algo?

—Quería... quería pedirte algo.

—Lo que quieras. ¿Tienes hambre?

—No, no se trata de eso. ¿Puedes... puedes transformarte para mí?

Gaby se incorporó de inmediato y se quedó mirándola con recelo.

—¿Lo sabes?

—Lo descubrí el día que vino tu hermano.

—¿Y por qué no me dijiste nada?

—No lo sé, quizás tuve miedo.

—¿De mí?

—De que me apartases de ti.

—¿Apartarte de mí? ¡Nunca podría apartarte de mí! Danielle, te amo. ¿Acaso no te has dado cuenta?

—Creía que sentías lástima por mí.

—¿Creías que te protejo porque siento lástima por ti? ¿Que te besé por lástima?

—Lo siento. —El hombre la cogió entre sus brazos y la abrazó.

—Danny... ¿Tú me amas?

—Yo...

—Mírame, cariño. —La joven obedeció—. ¿Me amas?

—Sí.

Era la palabra más dulce que Gabriel había oído en toda su vida. Se apoderó de la boca de la joven en ese mismo instante. Conocía su secreto, y aún así le amaba. La tensión que había acumulado durante todos esos días de deshizo de golpe, y el alivio dio paso a la pasión. Tumbó a Danny sobre la cama despacio, mientras con sus manos acariciaba cada centímetro de su piel. La mujer se estremecía con cada beso, con cada caricia, con cada palabra que salía de los labios del joven. La desnudó lentamente, mirándola a los ojos, consciente del paso tan importante que iba a dar. Antes de que pudiese darse cuenta, la mujer tomó el control, se revolvió entre sus brazos y le tumbó en la cama, poniéndose a horcajadas sobre sus caderas.

Le besó en la boca, la cara, el cuello... Bajó despacio por su pecho, recreándose en cada centímetro de piel. Aquello le estaba haciendo perder el control. Lo que Gaby estaba sintiendo era nuevo para él. Si bien era cierto que se había acostado con algunas mujeres, sabía por su hermano que con su compañera sería distinto... pero no hasta qué punto. Sus ojos cambiaron, e intentó quitar la mirada, pero ella se lo impidió. Mientras le miraba fijamente a los ojos, se deslizó lentamente por su miembro hasta que le tuvo completamente en su interior. El gemido que se escapó de los labios de Gaby fue como música para sus oídos. Empezó a moverse sobre él, cada vez más deprisa, hasta que con un solo movimiento el hombre tomó el control.

Gabriel la aprisionó bajo su cuerpo y

comenzó a moverse despacio. Le tocó el turno a ella de gemir. Cada embestida del hombre la acercaba más y más a la culminación, hasta que un millón de estrellas estallaron delante de sus ojos, y el placer estalló en sus entrañas, dejándola laxa y relajada.

Gabriel se tumbó al lado de Danielle y la abrazó con fuerza. Nunca había sentido un placer igual, nunca había sentido nada igual por nadie. Danielle le había desarmado poco a poco, sin proponérselo, y ahora que por fin la tenía entre sus brazos era incapaz de pensar en una vida sin ella. Su hermano tenía razón, no había nada comparable a eso. Besó a su mujer en la frente mientras ella se desperezaba como una gatita satisfecha.

—Te quiero —susurró en su oído.

Ahora que estaba seguro de su relación

con ella, no tenía miedo de decírselo.

—Yo también te quiero. —Danny se dio la vuelta y se apoyó en su pecho—. ¿Te convertirás ahora para mí?

—Cariño —dijo riendo—, déjame descansar un poco, acabo de hacer un tremendo esfuerzo físico y voy a acabar muerto.

—¿Qué se siente?

—¿A qué te refieres?

—¿Te duele cuando te conviertes?

—No, no duele. Pero sí cansa mucho cuando no se dan unas condiciones determinadas.

—¿Qué condiciones?

—Si hay luna llena es mucho más fácil transformarse, e incluso de noche es menos trabajoso. Pero de día, cuando nos volvemos a convertir en humanos, tenemos que dormir para

recuperarnos.

—¿Y cómo consigues no convertirte cuando haces el amor?

—Danny, soy humano, y hago el amor como cualquier humano. El deseo y el instinto son dos cosas muy diferentes. El instinto salta cuando detectas un peligro, la única transformación que se da en nosotros cuando hacemos el amor es la que has visto.

—Tus ojos.

—Exacto. No debes tener miedo de que me convierta en mitad de un polvo, cariño. Eso no va a ocurrir.

—Cuéntame qué has averiguado sobre los ataques.

—Danny... duérmete. Tú no tienes que preocuparte por eso.

—Gabriel, no soy de mantequilla. Si hay

algo que deba saber, creo que tendrías que contármelo.

—No quiero que salgas despavorida de nuevo.

—Confía en mí, no lo haré.

Gabriel suspiró. Ya no había marcha atrás, se habían unido, y podría sentir lo mismo que él sentía a partir de ahora.

—Creo que es uno de los nuestros quien te atacó, pero maldito si se quién es. He investigado, patrullado, vigilado a cada uno de los nuestros, a cada uno de los renegados, pero no he encontrado a nadie que concuerde con las pistas que tenemos.

—Encontrarás a quien lo hizo, solo tienes que tener paciencia.

—No puedo dejar de pensar que está ahí fuera matando mujeres inocentes. Y que puede



venir a por ti.

—Tendré cuidado, te lo prometo.

Gabriel se bajó de la cama y se puso en cuclillas frente a la joven antes de besarla, y empezó a convertirse para ella. Estaba un poco nervioso, porque no sabía cómo iba a reaccionar. Poco a poco sus manos y piernas se tornaron garras, su columna se curvó, de la base de su espalda salió una larga cola cubierta de pelo blanco, su cara mutó hasta que, donde antes se encontraba el hombre, ahora descansaba una preciosa pantera albina.

Danny estaba maravillada, Gabriel era impresionante. Medía casi lo mismo que ella, y estaba parado sobre las cuatro patas, con un pelaje espeso, blanco con manchas negras. Sus ojos felinos eran de un azul casi transparente, perfilados por unos párpados negros que hacían

que resaltasen en su cara felina. Unos dientes afilados y mortíferos sobresalían en su boca, y cinco garras afiladas en cada zarpa completaban el conjunto.

Gabriel se tumbó en el suelo, y comenzó a mover la cola muy lentamente. Sus movimientos eran suaves, gráciles, silenciosos. “Dios mío, podría matarme de un zarpazo si quisiera” pensó Danielle. Pero en vez de tener miedo, se arrodilló frente a la fiera y le acarició detrás de las orejas. De la boca del felino salió un suave ronroneo que la hizo reír.

—Yo no me reiría, cielo —su voz profunda y ronca la sorprendió—. La consecuencia de esas caricias puede ser que te lleve de nuevo a la cama.

—Es increíble, nunca había visto una pantera tan bonita.

—Bueno, soy guapo en todas mis facetas —dijo Gaby a modo de broma—, pero prefiero que me quieras por lo que soy, un hombre. No estoy muy de acuerdo con la zoofilia, amor mío.

—¿Por qué eres tan grande?

—No lo sé, los únicos que somos más grandes que los felinos normales somos mi hermano y yo. Pensamos que es una especie de mutación genética, y nos viene bien para asustar a los enemigos.

Gabriel volvió a convertirse en humano y se sentó junto a ella.

—Nena, quiero que me prometas que si alguna vez estás rodeada de nosotros siempre vas a buscar la protección de un miembro albino.

—Lo prometo, pero...

—Solo hay tres albinos aquí: mi hermano,

mi tío y yo. Los demás pueden ser cualquiera, y si no se trata de mis primos estarás en peligro, porque aún no están demasiado bien entrenados. Creo que he contado cinco panteras negras, por ejemplo. En forma humana puedes fiarte de cualquiera de mi familia, y también de Anthony, pero de nadie más.

—De acuerdo. Te lo prometo.

—Y ahora vamos a dormir —dijo Gaby bostezando—, estoy muerto de cansancio.

El tigre daba vueltas y más vueltas en su guarida. El nuevo rey de la manada le estaba sacando de sus casillas. El exterminio que estaba cometiendo había comenzado como una venganza contra Duncan Bruce, el hombre que desbancó a su padre del trono, y por consiguiente a él. Su padre había sido

demasiado débil como para plantarle cara al albino, dejó que Duncan tomara el poder solo por una ley estúpida, y él había pagado las consecuencias.

Cuando empezó a matar mujeres se dio cuenta de que disfrutaba haciéndolo, y ahora solo mataba por diversión. Asesinar a mujeres inocentes le ponía, encendía su sangre como nada había conseguido hacerlo hasta ahora. Los gritos de angustia le provocaban una erección, y el sabor de la sangre en su boca hacía que tuviese un orgasmo. Todas esas malditas mujeres se parecían a Sophie, la puta que le abandonó cuando descubrió que podía convertirse en un tigre. Había pagado su rabia y su frustración con todas ellas, y ahora podía dormir sin tener pesadillas con la puta. Pero Gabriel Bruce estaba creándole demasiados

problemas, se estaba acercando a él demasiado, y para colmo de males había puesto a los licántropos de su lado. Demasiados ojos vigilando, demasiados seres buscándole. Por suerte había conseguido la ayuda de los vampiros, y tenía un escondite seguro e impenetrable.

El otro problema era la mujer. Le había visto en el mausoleo, pero por suerte había sido lo suficientemente rápido como para atacarla y dejarla inconsciente. El sabor de su sangre aún le cosquilleaba en la lengua, no podía evitar probarla de sus zarpas cuando las hería. Tenía que actuar deprisa, necesitaba tener un plan. Debía acabar con la mujer y el albino antes de que este le descubriera. Si ambos desaparecían, podría seguir asesinando sin miedo a ser descubierto.

El corazón empezó a latirle con fuerza. No era momento de pensar, necesitaba matar. Salió en dirección a la ciudad, seguramente encontraría a alguna mujer que le proporcionase placer.

Se paró en el *Pink Elephant*. Una limusina que paró en la puerta de la discoteca traía consigo una despedida de solteras. Perfecto, atraparía a la novia de camino a casa. Se agazapó en la oscuridad a esperarla. Varias horas después, el grupo de mujeres se despidió en la puerta, y cada una tiró por su lado. La novia giró hacia la derecha, y él comenzó a seguirla. El camino que la muchacha estaba tomando tenía muchas zonas oscuras, por suerte para él, y en una de ellas, el tigre la pilló por sorpresa.

El grito de angustia que escapó de la

garganta de la joven al ver a un tigre parado frente a ella hizo que se empalmase. Se desmayó cuando le vio acercarse, y la agarró con sus grandes fauces por la cintura para llevarla a su guarida. Esa noche tenía ganas de probar algo diferente, tenía ganas de ser osado. La desnudó por completo, la colocó bocabajo sobre una roca, y ató sus brazos y sus piernas, dejándola completamente abierta y expuesta a él. La penetró como tigre, ni siquiera se molestó en transformarse. El enorme miembro del animal la desgarró por completo. Los gritos de dolor resonaban en la cueva. Cuando estaba a punto de correrse, de un solo mordisco desgarró la yugular de la mujer, llegando al orgasmo.

Cuando recuperó la calma, se limpió la sangre de la barbilla y la llevó a Central Park, donde la dejó abandonada. Esperaba que la



encontraran pronto, quería demostrarle a Gabriel Bruce que no le tenía miedo, y que estaba dispuesto a hacer lo mismo con su chica.

## Capítulo 14

Gabriel bajó los escalones de dos en dos en mitad de la noche, ni siquiera se había molestado en vestirse del todo. Julian le había llamado por algo importante. En cuanto entró en su despacho, el licántropo se puso de pié y le entregó una copa de whisky. Gaby arqueó una ceja.

—Vas a necesitarla, Gaby —aclaró su amigo.

En ese momento su hermano entró por la puerta seguido de Abel, Adriel e Ithuriel.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nahuel.

—Mis hombres han encontrado a una mujer muerta en las alcantarillas de Central

Park —dijo el licántropo.

—¡Maldita sea! —gritó Gabriel.

—El cabrón ha cambiado su *modus operandi*.

—¿A qué te refieres? —preguntó Ithuriel.

—La ha agredido. La mujer está destrozada desde el pubis hasta el ombligo, y tiene el cuello destrozado por un mordisco.

—Está empeorando —dijo Abel—.

Tenemos que encontrarle ya.

—Hay algo más que tienes que saber, Gaby —añadió Julian—. Y es mejor que te sientes.

Gaby le hizo caso, y el licántropo le mostró una fotografía del torso de la mujer asesinada, donde el hijo de puta había grabado un mensaje dedicado a él con una de sus uñas: “Ella será la siguiente”. Gabriel arrugó la

fotografía y la lanzó al fuego.

—¡Le mataré! ¡Juro por Dios que le mataré! —gritó.

—El cuerpo está en vuestro quirófano, por si podéis sacar algo en la autopsia —añadió su amigo.

—Gracias, Julian —dijo Adriel saliendo de la habitación.

—En cuanto terminéis, me gustaría darle sepultura sin avisar a la familia. No creo que puedan soportarlo.

—Me ocuparé de borrarla de su memoria —dijo Ithuriel—. En cuanto tengamos el ADN me pondré manos a la obra.

—Tenemos que pararle —dijo Gabriel—. Sabe que tenemos a Danielle.

—Sí, ¿pero cómo lo hacemos? —preguntó su hermano—. Es demasiado

precavido.

—¿Has pensado en ponerle una trampa?

—sugirió Julian.

—¿Cómo que una trampa? —preguntó

Nahuel.

—Debemos poner a una mujer a su alcance.

—¡Ni hablar! —protestó Gaby— No pienso poner en peligro a ninguna mujer bajo ningún concepto.

—Gabriel... es la única solución —dijo Julian—. Si no lo hacemos seguirá habiendo más muertes.

—Encontraré otra forma, ¿de acuerdo?

—Sabes que respetaré cualquier decisión que tomes. Es tu guerra, no la mía.

—Tengo que encontrar otra manera —susurró Gaby—. No voy a poner en peligro la

vida de nadie si puedo evitarlo.

—Bueno —dijo Julian levantándose—, tengo que irme. Hemos atrapado a un vampiro y quiero interrogarle sobre la sangre robada. Quizás esta vez obtengamos resultados.

—Gracias por avisar, Julian —dijo Nahuel.

—Sabes que es un placer. Nos vemos.

—Adiós.

Permaneció sentado en el sitio, mirando el fuego. Su mujer corría peligro, y él no podía hacer nada por remediarlo. En un arranque de ira, lanzó el vaso de whisky al aire, haciéndolo añicos contra el mármol de la chimenea.

—Le atraparemos, hermano —dijo Nahuel.

—Mi mujer está en peligro, y no soy capaz de detener a ese cabrón.

—Sé lo que sientes, pero tienes que permanecer con la mente fría.

—¿Y cómo demonios hago eso? Solo pensar en que ella está en peligro me...

—Cuando Leah estaba en peligro, hubo muchas veces en las que me sentí impotente. Sammael era capaz de cualquier cosa, él era un demonio, y yo solo un hombre. Pero no me rendí, no le dejé ganarme la partida.

Nahuel se sentó junto a su hermano.

—Debes ser más listo que él, debes permanecer impasible, porque de lo contrario él tendrá ventaja sobre ti. No podrás protegerla si eres vulnerable.

—Tienes razón.

—Deberías pensar en la idea de Julian, no es tan descabellada.

—No voy a poner a ninguna mujer en

peligro, Nahuel, no hay lugar a discusión en esto.

—Nuestras mujeres pueden defenderse solas. Ithurriel puede hacerlo.

—No sabemos a quién nos enfrentamos. Por muy fiera que sea Ithurriel no voy a consentir que se ofrezca voluntaria de conejillo de indias.

—Estaremos cerca, no va a pasarle nada.

—Encontraré otra manera.

—Mientras piensas otra manera hay muchas mujeres ahí fuera en peligro. Tenemos que actuar ya.

—¡Maldita sea, Nahuel! ¿Crees que para mí es fácil todo esto? ¿Crees que no me duele que miles de mujeres estén en peligro y no poder hacer nada para remediarlo?

—Lo sé, hermano. Sé lo duro que es. No



olvides que yo estuve en tu misma situación durante mucho tiempo.

—Me vuelvo a la cama, me está dando un terrible dolor de cabeza.

—Piensa en ello, Gabriel. Ithuriel lo hará encantada, y muchas vidas dependen de ti.

Gabriel estaba cabreado... y desesperado. Sabía que todos tenían razón, pero no pensaba poner en peligro la vida de su prima. Se sentó en el borde de la cama y miró a Danielle, que dormía profundamente. Por ahora era la única víctima que había conseguido salir con vida de aquel infierno, pero ahora el asesino venía a por ella. Acarició con suavidad su mejilla, apenas un roce de sus dedos. La mujer parpadeó, y sin estar despierta siquiera, le sonrió. Fue la sonrisa más dulce que le habían dedicado nunca, y en ese momento fue como

bálsamo para sus heridas internas.

—Hola —dijo Danny soñolienta.

—Hola, preciosa. Vuelve a dormirte, aún es de noche.

—¿No puedes dormir?

—Me cuesta.

Gaby la besó en ese momento. Todas sus frustraciones y su ira se disiparon en el mismo momento en que probó el sabor de su boca. La cogió de la cintura atrayéndola hacia sí, y la pasión tomó el control. Se deshizo del camisón de seda de un solo tirón, y sus manos crearon un sendero por su cuerpo, que luego siguió su boca. La penetró despacio, y sus movimientos empezaron siendo lentos, intencionados, hasta que la vio jadear, mezcla del deseo y la desesperación. Entonces aceleró el movimiento cada vez más y más, hasta que la mujer estalló

en mil pedazos, dejando que su cuerpo buscara el alivio también.

Cuando Gabriel recuperó el sentido común se quedó paralizado. ¿Pero qué demonios había hecho? Miró preocupado a Danny, pero lo único que encontró fue una sonrisa de satisfacción en el rostro de la joven. Se puso de lado, apoyando la cabeza sobre su mano.

—¿Estás bien? ¿Te he hecho daño?

—Claro que no. Ha sido increíble.

—Lo siento, cielo, yo...

—¿Qué lo sientes? ¿Por qué?

—Porque he pagado mi frustración contigo.

—Pues puedes pagarla siempre que quieras si es de esta manera, amor mío. Gaby... ¿qué ocurre?

—Nada de lo que tengas que preocuparte.

—Gabriel...

—Ha vuelto a atacar, Danny, y esta vez se ha pasado de la raya.

—¿A qué te refieres?

—Le ha desgarrado la garganta.

—Dios mío... Hay que detenerle, hay que...

—Yo tengo que detenerle. Tú no tienes que hacer absolutamente nada, ¿me oyes? No vas a ponerte en peligro.

—Gaby, por supuesto que no voy a ponerme en peligro. ¿Qué te ocurre?

—Que estoy desesperado. Que necesito ponerle las manos encima a ese desgraciado y hacerle pagar todas las vidas con las que está acabando. Y que por ahora la única forma que

tenemos de hacerlo es poner en peligro a Ithuriel.

—Entiendo.

Danielle se puso de rodillas en la cama y abrazó al muchacho por la espalda.

—Encontraremos otra manera de atraparlo, ya lo verás.

—Eso espero, porque hasta que ese desalmado no esté muerto no podremos solucionar lo nuestro.

—¿Qué hay que solucionar? Yo creía que todo estaba claro.

—¿En serio crees que está todo hablado? Mi amor, hay muchas cosas que aún debes saber. Creo que demasiadas. —Ella se quedó seria, y él la abrazó de nuevo—. Que tengamos que hablar de ellas no significa nada, Danny. Ya eres mía, no hay vuelta atrás.

—No pensaba echarme atrás, Gabriel Bruce.

—Eso espero.

Se tumbó junto a ella y la abrazó. No podía decirle que el asesino iba a por ella, era incapaz de hacerlo. Danielle llevaba demasiado tiempo viviendo asustada, y él no iba a ser quien volviera a meterle ese miedo en el cuerpo. Permaneció mirando al techo hasta que despuntó el alba. Se levantó con un suspiro y se dio una ducha rápida antes de bajar a trabajar. Necesitaba hacer algo, y necesitaba hacerlo ya.

Anthony daba vueltas por el despacho de su rey. Desde el día de la fiesta no había tenido oportunidad de hablar con él a solas, y las noticias que tenía que darle no eran algo que pudiese dejar pasar. Entró por la puerta un Gaby

soñoliento y con ojeras, señal de que no había dormido mucho últimamente. Se sorprendió al verle allí.

—¿Tony? ¿Ha ocurrido algo?

—Estoy preocupado. Hay algo que no me cuadra y necesito que lo sepas.

—Tú dirás.

—¿Qué sabes de Aarón Farrow?

—¿Del prometido de Dess? Pues no mucho. Es un tipo solitario, dedicado a la empresa de mi tío. Me pidió que le organizase la despedida de soltero porque no tiene amigos. Me dio pena, la verdad.

—No apareció por la fiesta de graduación, y le dijo a Desiree que tenía un viaje de negocios.

—Quizás se siente frustrado, Tony. Tenía muchas ganas de entrar en el equipo de defensa

y no lo consiguió.

—No me fío de él. Estoy seguro de que la engaña, y te juro por Dios que como sea así lo mataré.

La rabia contenida que vio en los ojos de su amigo le dijo todo lo que necesitaba saber.

—Ve y llama a mi prima. Dile que quiero verla, y que es importante.

—¿Yo?

—¿Hay algo que deba saber?

—Es ella, Gaby.

—Parece que te gustan los retos, ¿eh, amigo? Y yo que creía que lo tenía difícil...

—El día de la fiesta tuvimos una pequeña discusión... y no creo que quiera verme en lo que le resta de vida.

—Hablaré yo mismo con ella —dijo levantándose—. No desesperes, amigo. Los



milagros existen.

Anthony se quedó pensativo mientras veía a su rey salir. Él necesitaba mucho más que un milagro. Desiree estaba ciega por el estúpido de Aaron, y no había manera de abrirle los ojos. El suyo era un caso perdido, lo tenía más que asumido. Bajó los escalones de dos en dos y se dirigió con paso decidido al gimnasio. Una buena sesión de entrenamiento le vendría bien.

Gabriel buscó a Desiree por todas partes sin éxito. Sabía que ese era su día libre, así que no entendía dónde podía estar su prima, mucho más sabiendo que había un asesino suelto y que tenía que ir siempre acompañada por algún weretiger de la familia a todas partes. Encontró a Leslie sentada en un banco con Brian. En el mes que había pasado bajo el mando de Nahuel,

el muchacho había desarrollado sus músculos notablemente, y se podían advertir bajo la camiseta que llevaba puesta.

—Brian, Less —dijo Gaby sonriendo.

—Hola primo. —Less le besó en la mejilla.

—Majestad...

—Brian, te he dicho ya un millón de veces que soy Gaby. No quiero tener que volver a repetírtelo.

—De acuerdo, Gaby —dijo el muchacho sonriendo—. Es la falta de costumbre.

—¿Habéis visto a Desiree?

—Yo la he visto salir esta mañana con Aarón —dijo Leslie—. ¿Aún no han vuelto?

—Pues por lo visto no, porque no los encuentro por ninguna parte. Brian, ven conmigo. Less, ¿quieres decirles cuando

vuelvan que vengan a verme? Es de suma importancia.

—No te preocupes, se lo diré.

Gaby caminó a toda prisa por el jardín. No le gustaba que su prima estuviera desprotegida. Su prometido era un weretiger, pero dejaba mucho que desear a la hora de defenderse de un peligro mayor. En cuanto entró por la puerta de la casa, dio el rugido de alarma, y su equipo de defensa no tardó ni dos segundos en reunirse en el salón, seguidos por su hermano.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nahuel.

—Hay que encontrar a Desiree.

—Yo la vi salir con Aarón esta mañana

—dijo Amy.

—Precisamente por eso. Aaron no tiene mucha experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo, y no me fío de que pueda protegerla si el

asesino decide atacarles. Buscadles y escoltadles a donde vayan, por favor.

En ese momento entró por la puerta una Desiree sonriente del brazo de Aaron. Tony se abalanzó sobre él, le cogió por las solapas de la camisa y lo levantó varios centímetros del suelo.

—¿Quién demonios te crees que eres para llevarte a Desiree sin decírselo a nadie?

—¡Soy su prometido! ¡No tengo que pedirte permiso!

—¡Eres un hijo de puta!

—¡Anthony!

La voz de su monarca le hizo retroceder de inmediato. Soltó a Aaron en el suelo, y se alejó para evitar la tentación de asesinarlo en ese mismo momento.

—Aaron —comenzó a decir Gaby—, entiendo que quieras pasar tiempo a solas con

mi prima, pero entiende que estamos en una situación muy delicada.

—Solo hemos ido a comer fuera, no pensé que pudiera ocurrir algo malo.

—¡Ha estado expuesta al peligro, gilipollas! —gritó Anthony.

—Tony, la próxima vez te castigaré —protestó Gabriel—. El asesino ha mandado un mensaje hace apenas unas horas, y no podía saberlo.

—¿Mensaje? —preguntó Aaron asustado.

—A partir de ahora me gustaría que todo el que salga de la casa vaya con un par de miembros del equipo de defensa —ordenó Gaby—. No quiero tener que lamentar la muerte de nadie de esta familia.

—Lo siento, Gaby —dijo Aarón—. No

volverá a ocurrir.

—Gracias. Y ahora acompáñame a mi despacho, tenemos que hablar de un asunto importante.

Ambos hombres fueron escaleras arriba, y Gaby cerró la habitación a sus espaldas.

—Tú dirás —dijo Aaron.

—Tu boda será dentro de un par de semanas, y voy a organizar tu despedida de soltero, como me pediste, pero no te conozco en absoluto.

—No hay mucho que conocer. Soy tal como me ves.

—Ese es el problema, que estás tan ocupado ayudando a mi tío en su empresa que apenas te veo un par de minutos al día.

—Sí, bueno... es un trabajo duro, pero me encanta.

—Siento que no entrases a formar parte del equipo de defensa, Aaron. Sé que tenías muchas ganas de hacerlo.

—No es cuestión de entrar o no entrar, Gaby. Voy a casarme con una mujer maravillosa. Dess es... perfecta, y quería que se sintiera orgullosa de mí.

—¿Y por qué no iba a hacerlo? Te quiere, va a casarse contigo.

—Mírame. No tengo un gramo de músculo en mi cuerpo porque no tengo tiempo de machacarme en el gimnasio como los demás. Soy un ratón de biblioteca, disfruto más leyendo un buen libro que presumiendo de masa muscular.

—Eso no es malo, Aaron. Al contrario, creo que es una buena cualidad. A mí también me encanta leer. Yo crecí sabiendo quién era,

cuál era mi misión, y por eso estoy bien entrenado. Pero si hubiese crecido sin tener que preocuparme de la seguridad de nadie, creo que sería exactamente igual que tú.

—Gracias, me alegra que al menos alguien en esta congregación me entienda. Quiero a Dess, Gaby, y no permitiría que nadie le hiciera daño.

—No te preocupes, lo sé. ¿Por qué no fuiste anoche a la fiesta?

—¿Y darle a Anthony el gusto de reírse de mí? Ya has visto que no le caigo demasiado bien. Preferí quedarme en mi habitación y compensar a Dess más tarde. Anthony es su amigo, y no quiero ponerla en su contra, por eso no he querido contárselo.

—Muy bien. Ve y compensa a tu chica. Y no te preocupes, tendrás tu despedida de soltero,



yo me encargo.

Gabriel se quedó mirando a Aaron salir por la puerta con la espalda recta. Saber que contaba con el apoyo de su monarca le había hecho crecer un par de centímetros. Le daba pena el pobre muchacho. Si Desiree era la compañera de Tony, estaba condenado a perderla.

## Capítulo 15

Dos días después, Desiree se encontraba desayunando sentada en el salón de su casa antes de irse trabajar. Estaba tan centrada en el periódico que tenía entre las manos que no se dio cuenta de la entrada de Anthony, que se sentó frente a ella.

—Buenos días, Dess —dijo el joven.

—Imbécil.

—¿A qué viene eso ahora? En serio, no hay quien te entienda.

—Déjame decirte un par de cosas. Ya soy mayorcita para saber cuidarme sola, y mi prometido es muy capaz de defenderme si surge alguna amenaza. Eres un bocazas, Anthony.

Has tenido toda la vida para intentar algo conmigo, pero has esperado a que Aaron me pidiese matrimonio para luchar por mí.

—Eso no es cierto.

—Sí que lo es. Te crees mejor que él, piensas que porque él no es un musculitos sin cerebro como tú no se merece tenerme, y por eso me besaste en la fiesta. No soportas que él tenga algo que le haga superior a ti, ¿verdad? Soy un trofeo que debes conseguir, pero esta vez va a ser él quien lo gane.

—No puedes estar hablando en serio.

—Jamás he hablado más en serio en mi vida. Estoy harta de ti, de que intentes conseguir que mi relación con Aaron se vaya al traste. En un par de semanas voy a casarme con él, y no vas a poder hacer nada para impedirlo.

Ella intentó pasar por su lado, pero él se

levantó de la mesa en un solo movimiento y la aprisionó contra la pared.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Que lo único que quiero es ganarle la partida? ¡Eres mi compañera, maldita sea! Eres la única mujer a la que amaré el resto de mi vida.

—También lo soy de Aaron.

—Pues que Dios le asista, porque no pienso rendirme sin luchar por lo que quiero.

La besó con tanta desesperación que Desiree creyó que moriría. Su beso fue tan tierno, pero tan duro a la vez, que sus piernas dejaron de responderle. El corazón amenazaba con salirse de su pecho, e instintivamente entrelazó los brazos en el cuello de Anthony para poder permanecer en pie. Aaron la había besado infinidad de veces, pero mientras sus besos eran dulces, suaves, los de Anthony eran

apasionados, vibrantes, y creyó que moriría en ese mismo instante si paraba.

Él no lo hizo, sino que subió la mano por su muslo desnudo por debajo de la falda hasta abarcar sus nalgas en sus grandes y callosas manos. La pegó a su cuerpo, y pudo notar la enorme erección que pugnaba por escapar de los pantalones del hombre. Su sangre se convirtió en ríos de lava fundida. Su cuerpo ardía, y sentía en lo más profundo de su ser que Anthony sería el único capaz de calmar ese ardor. Se habría entregado a él en ese mismo momento, sin pensar en las consecuencias, pero unos pasos bajando las escaleras la hicieron volver a la cordura. De un empujón se apartó de él, y le cruzó la cara de una bofetada. Fue a repetirla, pero él la agarró por la muñeca y volvió a pegarla a su cuerpo.

—Cuando una mujer abofetea a un hombre lo que busca es que vuelva a besarla — susurró.

—Eres un creído de mierda. ¡Suéltame!

—Sigue engañándote a ti misma diciendo que amas a Aaron. Sigue engañándole a él. Pero ambos sabemos que lo que acabas de sentir no lo has sentido nunca entre sus brazos, él nunca te ha hecho arder. Eres mi compañera, y no hay nada ni nadie que pueda cambiar ese hecho.

Le dio la espalda y se sentó a seguir desayunando, y ella huyó hasta su coche, con el que puso tanta distancia entre ellos como le fue posible.

Esa misma noche, en la otra punta de la mansión, Gabriel acariciaba distraídamente la espalda de Danielle mientras ella dormía. Su

respiración era acompasada, y sonrió al oír un pequeño ronquido escapar entre sus labios. Comenzó un reguero de besos por su espalda, que obtuvo como resultado un ronroneo por parte de la mujer.

—Buenos días —susurró antes de besarla en el cuello.

—Así da gusto despertarse.

Gabriel apartó las mantas para poder acariciar a su mujer. Sus manos despertaron su cuerpo a la vida, y ella se dio la vuelta para poder echarle los brazos al cuello y besarle. Sus dulces labios rozaron los suyos una y otra vez, sin apenas profundizar, provocándole, y sus manos acariciaban la espalda del hombre produciéndole escalofríos. Danielle se topó con la enorme cicatriz del ataque de Sammael, y la recorrió con los dedos, consiguiendo hacerle

estremecer.

—Te quiero —susurró ella.

Él sonrió y atrapó su boca, introdujo la lengua entre sus labios y exploró cada recoveco, mordió suavemente sus labios para volver a explorarla de nuevo. La pasión se despertó poco a poco, sus cuerpos vibraban, y Gabriel entró en ella despacio, permaneciendo quieto, saboreando el momento de estar tan íntimamente unido a ella.

—Yo también te quiero.

La pasión tomó entonces el control, y Gabriel comenzó a moverse deprisa, con embestidas profundas, haciendo que ella se retorciese pegada al colchón. Los pechos de la mujer se apretaban contra su cuerpo, sentía sus pezones rosados a través de la piel. Su lengua imitó entonces el mismo baile que bailaban sus



cuerpos, entrando y saliendo de su boca una y otra vez. La sangre de ambos hervía, sus cuerpos necesitaban más y más del cuerpo del otro. El placer fue creciendo poco a poco, suave, lento, devastador para los dos. Cayeron desmadejados en la cama, Danielle acurrucada entre sus brazos.

Gaby sonrió henchido de felicidad. Su vida sería plena en ese momento de no ser por el bastardo que quería ver muerta a Danielle.

—No pienses —susurró ella.

—No puedo evitarlo. —Se volvió de cara a ella sin soltarla—. Si te llegase a ocurrir algo yo...

—No va a pasar nada. Estás aquí para protegerme.

—Pero no puedo estarlo siempre, cariño. Tengo obligaciones que cumplir y...

—Gabriel, por favor, céntrate en el aquí y ahora. No hay ningún peligro que pueda hacerme daño aquí y ahora.

—Tienes razón.

Besó a su mujer, dispuesto a volver a reavivar la pasión, pero el grito de alarma de su hermano le erizó el bello de la espalda.

—No te muevas de aquí —susurró—. Oigas lo que oigas, por Dios, cariño, no vayas a moverte de aquí.

Ella asintió, y Gabriel se convirtió de inmediato en pantera. Salió por la puerta como una exhalación, y ella atrancó la puerta con una silla, en un intento de evitar que la amenaza no pudiese atraparla.

—Mira qué tenemos aquí...

La voz de ultratumba la paralizó. Se dio la vuelta despacio, y vio una silueta dibujada en el

marco de la puerta del balcón.

—Así que tú eres ese pequeño bocado que mi amigo quiere para sí. Creo que no le voy a dar el gusto... hueles demasiado bien para desperdiciarte.

Danielle le lanzó la silla que había puesto en la puerta y salió a correr por el pasillo. Tenía que encontrar a Gabriel. Tenía que refugiarse donde hubiera un albino. El vampiro se acercaba demasiado deprisa, y sus piernas no corrían tanto como a ella le gustaría. Parecía que el chupasangre se divertía con la persecución, como si la estuviese dejando escapar a propósito... como si quisiera cazarla.

Estaba llegando a las escaleras. Si llegaba a la planta de abajo estaría protegida. Pero el vampiro le impidió alcanzarlas, poniéndose sin esfuerzo delante de ellas y estampándola contra

la pared.

—¿En serio creías que tenías alguna posibilidad, preciosa? —siseó— Deberías leer más novelas de vampiros, así sabrías que nuestra velocidad es mucho mayor que la de un simple mortal.

Danielle utilizó los trucos que había aprendido en las clases de defensa personal, pero el vampiro se adelantó a todos sus movimientos con una carcajada.

—Cielo... Me alimento de mujeres como tú. ¿Crees en serio que no puedo adivinar lo que vas a hacer para defenderte? Despídete de tu preciosa pantera, ha llegado tu hora.

Danielle cerró los ojos con fuerza. Era irónico que, siendo perseguida por un peligroso asesino, muriese en manos de un chupasangre. Las lágrimas empezaron a surcar sus mejillas, y

el vampiro las lamió, provocándole una arcada.

—Pobre Danielle... Va a morir sin haber podido despedirse de su amado.

Danny oyó al vampiro inspirar, y abrió los ojos para descubrir un objeto puntiagudo de madera atravesar su pecho a la altura del corazón. El chupasangre desapareció en una lluvia de ceniza, y ante sus ojos apareció un hombre moreno de ojos verdes, que la miraba con preocupación.

—¿Te ha mordido? —Ella negó con la cabeza—. Soy Julian, amigo de Gaby. Voy a sacarte de aquí, ¿de acuerdo?

Sacudió con cuidado la ceniza de su cuerpo, la envolvió en una manta y la cogió de la mano para alejarla por el pasillo.

—Tengo que ponerlos a salvo a todas. Esos hijos de puta han entrado por todas las

ventanas, la mansión está minada.

—¿Dónde están las demás?

—Leslie y Stephanie ya están en el piso de abajo, pero no logro encontrar a Desiree.

—En la habitación del fondo. Es la de su prometido. Quizás se haya refugiado allí.

Julian tiró de ella, pegándola a su espalda, y vigilando constantemente que ningún vampiro les atacase por detrás. Cuando abrió la puerta de la habitación de Aaron, encontró al muchacho defendiendo a su prometida lo mejor que podía, sin haber podido convertirse en felino. Julian clavó la estaca en el hombro del agresor y se acercó a ellos.

—Vamos, tenemos que salir de aquí.

Julian abrió la marcha, hasta el piso de abajo, pero al llegar a las escaleras descubrió que el muchacho había desaparecido.

—¿Dónde está Aaron? —preguntó.

—¿Qué? —Dess miró aterrada detrás suyo— ¡Estaba justo aquí! ¡Tenemos que encontrarle!

—¡No hay tiempo! —exclamó el licántropo deteniéndola— Es un weretiger, se las apañará. Tengo que llevaros con las demás, y no podré hacerlo si no me convierto. Va a ser un poco desagradable, es mejor que miréis para otro lado.

Ambas mujeres obedecieron, y escucharon cómo los huesos de Julian crujían entre gritos de dolor. Cuando el sonido paró, un aullido cruzó el aire. Al darse la vuelta se encontraban cara a cara con un lobo negro del tamaño de Gabriel.

—Subíos a mi espalda.

Su voz era ronca, al igual que la de Gaby,

pero mientras que la del weretiger era ronroneante, la del licántropo era profunda, suave como una caricia. Las dos mujeres se subieron de inmediato al lomo del animal, y Danielle se agarró con fuerza al pelo de su cuello. Julian bajó las escaleras a toda prisa, esquivando a los weretigers que luchaban contra los vampiros, hasta llegar a una esquina del salón en donde se encontraban los tres albinos custodiando una mesa volcada.

En cuanto vio a Gaby, Danielle se bajó del lomo de su amigo y se lanzó a su cuello. Él la rozó con la cabeza ronroneando, y la empujó hasta la mesa, detrás de la cual encontró agazapadas a Stephanie y Leslie.

—No os mováis de ahí —dijo el monarca.

Las cuatro mujeres se abrazaron muertas de miedo. Danielle rezó todas las oraciones que



sabía, pidiéndole a Dios que ninguno de ellos resultase herido. Los rugidos de los tigres se mezclaban con los silbidos de los vampiros, y el miedo le paralizó el cuerpo. No era capaz de dejar de temblar, y se abrazaba a sus amigas con todas sus fuerzas, deseando que la amenaza terminase de una vez por todas.

Llegó rodando hasta ella la pata de una de las sillas del comedor, y sin pensárselo dos veces alargó la mano y la abrazó junto a su cuerpo. Si algún chupasangre se acercaba a ellas, se la clavaría en el pecho como había visto hacer a Julian. Los minutos se hicieron eternos, el reloj de la pared resonaba en sus oídos como una marcha fúnebre. Los golpes en la madera las sobresaltaban, cada vez que un cuerpo chocaba con su escudo el espacio se hacía más reducido.

De repente, el silencio inundó la habitación. La pelea había terminado, pero ninguna de ellas se atrevió a moverse. La mesa se movió, e instintivamente, Danielle se lanzó con la madera en alto, dispuesta a matar a quien fuera. Una mano la agarró con fuerza de la muñeca, y se encontró de frente con la mirada divertida de Gabriel.

—Veo que estás bien —bromeó.

Danny no dudó en lanzarse a sus brazos, y sollozó acurrucada en su pecho cubierto de sangre. No le importó el hedor, no le importó nada más que saber que él estaba bien. Gabriel la apretaba con fuerza, susurrándole al oído palabras tranquilizadoras, acariciando su cabello con ternura. Cuando levantó la vista, se escandalizó ante el baño de sangre que se extendía ante sus ojos.

—Es toda suya —aclaró Gaby—.

Estamos todos bien.

—¿Habéis visto a Aaron? —preguntó

Desiree preocupada— Le perdimos al intentar escapar.

—Estoy aquí.

El muchacho bajó las escaleras cojeando, con una herida abierta en el muslo. Desiree corrió a ayudarle seguida de Adriel.

—Un maldito vampiro me pilló por sorpresa —aclaró—. Me ha costado un poco terminar con él.

—Vamos, tío, te curaré esa herida —dijo Adriel.

—Cariño, quédate con mi hermano —susurró Gaby—. Tengo algo importante que hacer. No tardaré, te lo prometo.

Bajó al sótano, donde Anthony tenía

encadenado a uno de los chupasangres. Se acercó despacio, y fijó su mirada en la del vampiro, que le miraba divertido.

—¿Quién os ha enviado? —preguntó.

—¡Nadie! ¿Acaso crees que tenemos dueño? Hacemos lo que queremos, y esta noche nos apetecía gato frito para cenar.

—Muy bien, si no quieres cooperar...

—Danielle huele deliciosa. Estoy seguro de que pronto será cena de vampiro. O de tigre... si él la atrapa antes.

Gabriel le asestó un puñetazo, y el vampiro se lamió la sangre del labio con una sonrisa.

—Me encantaría ver tu cara cuando encuentres a tu dulce Danielle muerta en un enorme charco de sangre.

—¿Crees que vas a provocarme? No voy

a darte el gusto. Si no hablas conmigo, estoy seguro de que lo harás con mi amigo.

Julian salió de entre las sombras, y los ojos del vampiro se abrieron llenos de terror. Gabriel subió en busca de su mujer dejando atrás los gritos de desesperación del vampiro.

Danielle estaba sentada en el salón junto a Leslie. Ithuriel les había preparado café, ambas tenían el cuerpo helado. Danny no podía dejar de temblar, necesitaba a Gabriel.

—Esto ha tenido que ser orquestado por el asesino —dijo Nahuel.

—Jamás se han atrevido a acercarse a esta casa —añadió Duncan—. Queda demostrado que ese desgraciado ha firmado un pacto con ellos.

—Esperemos que Julian pueda sacarle

algo a ese desalmado —dijo Ithuriel.

En ese momento, Gabriel apareció por la puerta, y Danielle corrió a refugiarse entre sus brazos.

—Hablaemos mañana —dijo Gabriel—, todos necesitamos un descanso.

Cogió a Danielle por la cintura y la llevó hasta su dormitorio. Ambos necesitaban una ducha, así que abrió el agua caliente y empezó a desnudarse. Danny se sentó en el inodoro mirando al vacío.

—Deja de pensar en ello, Danny. Todo ha terminado.

—Es por mi culpa. Si yo no estuviera refugiada aquí esto no habría pasado.

Gabriel se acercó a ella y la puso de pie, apoyándola en el lavabo.

—Cariño, tú no tienes la culpa de nada.

Eres una víctima en todo esto, no lo olvides nunca. No quiero que te sientas mal por lo que ha pasado, porque nadie ha resultado herido de gravedad. —Ella asintió y volvió a su sitio en el inodoro.

—¿Piensas quedarte ahí? —preguntó él.

—Dúchate tú primero.

—Ah, no —susurró él levantándola—. Yo tenía pensado que te ducharas conmigo.

La besó suavemente, pegándola a su cuerpo desnudo, lo que hizo sonreír a Danielle.

—Si insistes... —ronroneó ella.

La desnudó despacio y se metieron juntos bajo el chorro de agua caliente. El calor relajó sus músculos, y la suciedad de tan desastrosa noche fue arrastrada con el jabón. Se enjabonaron el uno al otro despacio, interrumpidos por los besos, y cuando

terminaron se secaron lentamente y se metieron entre las sábanas.

—Duérmete, cariño —susurró Gaby—.

Ha sido una mala noche.

No tuvo que decírselo dos veces. El sueño la venció antes de poner la cabeza en la almohada. Él sonrió, la besó en la frente y la abrazó.

Leslie no podía dormir. Aún tenía miedo, lo que había pasado esa noche la había dejado marcada para siempre. Se había despertado con un ruido, y había visto a ese ser agazapado sobre ella. Gritó tan fuerte que aún le dolía la garganta, y de pronto se encontró con la mirada de su sexy desconocido. Jamás había sentido más alivio en su vida. Julian (por fin sabía su nombre) la había cargado en sus fuertes brazos



y la había puesto a salvo. Y no había podido agradecersele todavía.

Bajó a la cocina para tomar un poco de leche caliente que la ayudase a dormir, y le encontró lavándose la sangre de las manos en el fregadero. En cuanto la vio, sonrió y se acercó a ella para colocarle con cuidado un mechón de pelo tras la oreja.

—Deberías estar descansado —dijo él—.

Ha sido una noche muy dura.

—No podía dormir. He bajado a ver si una taza de leche caliente me ayuda.

—Eres muy valiente. Después de lo que ha pasado, no muchos serían capaces de vagar solos por la casa de noche.

—Estoy rodeada de weretigers. Con un solo grito estarían a mi lado para protegerme.

—Yo también te protegería, Leslie. Te

protegería con mi vida si fuera necesario.

—Gracias, Julian. Gracias por todo lo que has hecho esta noche.

—Así que ya sabes mi nombre... Una lástima que se haya roto el misterio tan pronto.

—¿Qué hace un licántropo en esta casa? Tengo entendido que vivís en Central Park.

—Mi hermano está recuperándose de una herida grave. Prefiero que permanezca bien atendido por tu primo Adriel.

—Así que eres el gran alfa... Debí haberlo supuesto.

—¿Supone eso algún problema para ti?

—¿Por qué iba a suponerlo? Los amigos de mi familia son mis amigos.

—¡Auch! Eso ha dolido, dulzura. No me gusta que pienses en mí como un amigo.

—Aún no nos conocemos.

—Eso puedo arreglarlo.

Unió su boca a la de ella en un beso suave, dulce como la miel. Sus carnosos labios recorrieron los suyos igual que la noche anterior, pero esta vez su lengua se abrió paso lentamente entre ellos. Su lengua acarició la de la joven una, dos veces antes de conseguir que respondiera, pero Leslie era atrevida y en seguida enlazó los brazos a su cuello para pegarse a su cuerpo. El licántropo la levantó en peso y la sentó en la isla de la cocina, encajando sus caderas entre sus piernas. Las manos de la muchacha sobre sus mejillas le hicieron gemir, y su cuerpo vibró ante la necesidad de penetrarla en ese mismo momento.

Se separó de su boca, no sin esfuerzo, y unió su frente a la de ella. Leslie respiraba tan entrecortadamente como él, y sus labios se

curvaron en una sonrisa.

—Tengo que parar, cielo —dijo Julian.

—Pero yo no quiero que lo hagas.

—Por Dios, no me digas eso. No voy a ser capaz de comportarme como un caballero.

—Yo no quiero un caballero.

—Pero es lo que necesitas.

La bajó lentamente de la encimera y la acompañó escaleras arriba, hasta su habitación. Volvió a besarla, esta vez solo fue un roce en los labios, y la empujó suavemente para que entrase en su dormitorio.

—Buenas noches, dulce Less. Espero verte mañana.

No la dejó responder. Cerró la puerta frente a ella y se fue a su propia habitación. Esa iba a ser una noche muy larga... para los dos.

Desiree no era capaz de volver a conciliar el sueño. En cuanto cerraba los ojos veía a ese chupasangre lanzándose a su cama, con esos colmillos afilados destacando en su sonrisa sardónica. La amenaza había pasado, pero aún le temblaba todo el cuerpo. Un golpe en la puerta la sobresaltó, y se sorprendió al ver tras ella a Anthony, que la miró de reojo antes de apoyarse en la pared del pasillo.

—Vengo a ver si estás bien —susurró.

—Aún me tiembla todo el cuerpo, pero sobreviviré.

—No tienes que hacerte la valiente, Dess, conmigo no.

Anthony entró en su habitación y la abrazó suavemente, refugiándola en su pecho. Dess no quería llorar, no quería sucumbir al miedo, pero las lágrimas comenzaron a caer sin

control por sus mejillas.

—Tranquila... Ya pasó... —susurró Tony acariciándole el cabello.

—Me desperté y... Dios, estaba tan cerca...

—No va a hacerte ningún daño, preciosa. Te lo prometo.

La boca de Anthony estaba tan solo a unos centímetros de la suya, e inconscientemente levantó la barbilla y unió sus labios a los del muchacho. Al principio él no se movió, sorprendido, pero el deseo recorrió su columna vertebral y la aprisionó fuertemente entre sus brazos para responder al beso. Le deseaba... le deseaba tanto que dolía, y sus manos empezaron a desabrochar la cremallera de la sudadera que llevaba puesta para poder alcanzar el calor de su piel.

—Dess, para —dijo él apartándose—. No podemos hacer esto.

Ella se quedó mirándole sin comprender. ¿Qué le pasaba a ese endemoniado hombre? Si la amaba, ¿por qué no quería hacerle el amor?

—No voy a tocarte hasta que dejes a Aaron. No quiero ser tu amante, Dess. Quiero ser mucho más que eso.

Sin más, se separó suavemente de ella y salió de la habitación. Fue lo más difícil que había hecho en toda su vida, pero no quería rebajarse de esa manera. Si Desiree terminaba en su cama, sería porque había decidido elegirle a él. Solo tenía que cancelar esa estúpida boda, y él la arrastraría hasta la primera habitación que encontrase libre para hacerle el amor.

## Capítulo 16

Gabriel se despertó con los primeros rayos del sol, pero después de la noche pasada había dado orden a todo el mundo de descansar durante todo el día. Su congregación le había sorprendido. Todos habían luchado fieramente para defender la propiedad de los vampiros, aunque algunos la gran mayoría habían resultado heridos. Adriel y él habían pasado gran parte de la noche atendiendo heridos, y ahora, en vez de dormir junto a su mujer, permanecía mirando al techo.

En cuanto Danny se durmió la noche anterior, salió de la habitación en silencio, porque tenía demasiada adrenalina circulando por su



organismo para poder conciliar el sueño. Ahora, después de horas cosiendo heridas, lo único que necesitaba era descansar, pero el miedo a que volviesen a atacar la mansión le mantenía con los ojos abiertos de par en par. Decidió bajar al gimnasio, quizás un poco de ejercicio le ayudase a poder dormir. Cuando bajó las escaleras, se encontró a Julian saliendo del sótano.

—¿Has averiguado algo? —preguntó.

—El vampiro ha confirmado lo que ya sabíamos. Un weretiger tigre les ofreció cien bolsas de sangre a cambio de un trabajo... atrapar a Danielle para sí.

—De ahí el ataque a la mansión.

—Pero no contó con que los vampiros son expertos en incumplir su palabra, y el vampiro que atrapó a tu novia pensaba vaciarla en vez de entregársela.

—Espera, ¿qué?

—¿No te lo ha contado? Un chupasangre la atrapó mientras intentaba huir por el pasillo. Por suerte subí a buscar a las mujeres y lo vi.

—La dejé en nuestro dormitorio, ¿por qué demonios salió fuera?

—Quizás el vampiro entró por la ventana, el que atacó a tu prima lo hizo.

—¿Alguna pista sobre la identidad del asesino?

—No. Siempre se presentaba ante ellos en su forma animal. O es demasiado listo, o muy cobarde. El caso es que solo conocen lo mismo que nosotros.

—Seguimos en punto muerto —dijo Gaby dejándose caer en una silla.

—Eso me temo. Me voy a la cama, Gaby. Estoy muerto.

—¿Cómo está Mathew?

—Se recupera bien, pero sigue negándose a salir de su habitación. La rehabilitación es lenta, pero está dando buenos resultados. Mañana traeré a su hija para ver si se anima un poco.

—Esta noche pasaré a verle. Con todo lo que ha estado pasando no he tenido tiempo. Anda, ve a descansar.

—Tú también deberías hacerlo.

—No puedo dormir, no paro de darle vueltas a todo este asunto una y otra vez.

—Si yo tuviera a mi compañera en la cama, te aseguro que no estaría aquí, hablando contigo. Nos vemos cuando despierte.

Gaby vio alejarse a Julian por la escalera y sonrió. Esperaba que el licántropo encontrase a esa compañera que tanto anhelaba. En vez de

irse al gimnasio, se encaminó a su despacho y sacó toda la información que tenían del caso para volver a repasarla. Dos horas después, seguía sin tener nada nuevo, no se les había pasado por alto absolutamente nada. En ese momento Ithuriel entró con su traje de chaqueta oficial, en busca de su pistola, que guardaba en la caja fuerte de Gabriel.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gaby.

—Otro asesinato. Me han llamado para que me ocupe.

—Voy contigo —dijo él levantándose.

—Ni hablar, eres un civil. No te ofendas, pero estorbarías más de lo que podrías ayudarme.

—Llámame en cuanto sepas algo más.

—De acuerdo.

Se dejó caer en su sillón, desanimado.

Otra más. Otra chica más que pagaba su ineficiencia. Esperaba que el cabrón hubiese cometido algún error. Necesitaba que lo hubiera hecho.

Leslie se preparaba para la sesión de fotos que tenía programada para la publicidad de la empresa de los Bruce. Se subió la cremallera lateral de su vestido negro de alta costura, se calzó sus *Louis Vuitton* de charol negro y suela roja, y se recogió el cabello en un sencillo moño bajo que adornó con un pasador de perlas. Suspiró. Era la parte que menos le gustaba de su trabajo, posar para la empresa, pero desde que salió de la facultad se había dedicado a hacerlo. Bajó las escaleras lentamente, paseando su mano enguantada por el pasamanos de nogal, y se acercó a la ventana a

esperar que llegase el dichoso fotógrafo.

—Disculpe, señorita, ¿puedo ayudarla?

Sonrió al reconocer la voz de Julian, que evidentemente no la había reconocido estando de espaldas. Se volvió hacia él con una sonrisa, y él abrió los ojos como platos.

—¿Leslie? ¿Eres tú?

—Esta es la Leslie que aún no conocías, Julian. La que no querías conocer.

—¡Dios mío! Estás preciosa...

Julian se acercó a ella y la hizo dar una vuelta para verla mejor.

—¡Guau! En serio, estás impresionante.

—Esa es la idea. Hoy me toca ser la cara de la empresa.

—Reconozco que me gusta mucho más la otra Leslie, pero esta tampoco está nada mal.

—Gracias. ¿Por qué no estás durmiendo? Tengo entendido que habéis estado despiertos gran parte de la noche.

—He dormido gran parte de la mañana, pero tengo demasiada adrenalina circulando por mi cuerpo como para poder seguir en la cama.

—¿Descubriste algo del vampiro?

—Nada que no supiéramos ya, me temo.

—Es una pena. ¿Y tu hermano? ¿Se encuentra mejor?

—Mi hermano está enfadado consigo mismo, y se ha rendido. Tenía pensado traer mañana a mi sobrina, a ver si estar con su hija consigue hacerle cambiar de parecer.

—Espero que tengas suerte. No creo que merezca la pena dejarse morir por haber perdido la movilidad en un brazo.

—En cierta forma le entiendo. Él era mi

mano derecha, el primero en estar en la lucha, y ahora tendrá que quedarse en casa.

—Pero allí podrá ser igual de necesario —dijo ella.

—Lo sé, pero él no lo ve aún de esa manera. Espero que al comprobarlo por sí mismo lo entienda, porque no sé qué demonios hacer para recuperarle.

Less se acercó a él y apretó su brazo suavemente, para darle ánimo. Él la miró de reojo, y puso su mano sobre la de ella, atrapándola. El calor subió por la columna de la joven, y le miró a los ojos, esperando que la besara como la noche anterior, pero él se limitó a posar suavemente los labios sobre su frente.

—Gracias por escucharme, Less.

—Ha sido un placer.

Intentó retirar su mano, pero él se lo



impidió.

—Prefiero besar a la otra Leslie, esa que es solo mía.

—Sigo siendo yo.

—Eso es cierto... pero cuando te encuentre esta noche en el jardín, a la luz de la luna, estarás deseando ese beso tanto como lo deseo yo.

Leslie se quedó mirando la espalda del hombre que se alejaba, y sonrió. Tenían una cita, y ya estaba impaciente por que llegara ese momento. Tenía ganas de volver a hablar con él, de besarle... de sentirse de nuevo entre sus brazos. No sabía qué tenía ese hombre que le hacía desearle tanto. Quizás era el misterio, o la sensualidad de su voz, o simplemente esa mirada plateada que la hipnotizaba. Lo único que sabía era que Julian era un misterio que se

moría de ganas de descubrir.

Danny se despertó pasado el mediodía, y se descubrió sola en la enorme cama de Gabriel. Miró instintivamente hacia la ventana, y suspiró al verla cerrada. Recordó el momento en el que el vampiro se recortó bajo la luz de la luna la noche anterior, el miedo que sintió, y se levantó de un salto de la cama. No quería permanecer en esa habitación más tiempo del necesario si estaba sola, así que se vistió y bajó al salón. Encontró allí a Leslie posando para una sesión de fotografía, y se sentó con un café en la mano en un sofá apartado para distraerse un poco. Cuando el fotógrafo por fin se marchó, su amiga se dejó caer sin mucha elegancia a su lado.

—¡Por fin! —suspiró Less— Creí que no terminaría nunca. Llevo más de dos horas

posando para las dichas fotos.

—Debe ser aburrido.

—Aburrido es poco... Es insoportable, pero cambiemos de tema. Tenemos que organizar la despedida de soltera de Dess para este sábado. Se casan en una semana, y no podemos posponerlo más.

—¿Crees que sea apropiado salir de la mansión en la situación en la que estamos?

—¡Claro que no! La haremos aquí, en casa. Tomaremos Margaritas y le entregaremos los regalos.

—Quizás podamos contratar un striptease —sugirió Danny—. En la guía deberá venir el teléfono de alguna empresa que se dedique a ello.

—No quiero arriesgarme a que haya aquí un humano si sufrimos un nuevo ataque. Pero

tenemos algunos jóvenes que pueden servir... siempre que les chantajeemos de forma adecuada.

—¿Qué tienes pensado regalarle?

—No lo sé. La verdad es que no estoy de acuerdo con la boda, Danny. Mi hermana está enamorada de Tony, y no entiendo por qué va a casarse con Aaron. Es un gran tipo, pero no le ama.

—Quizás Anthony no está interesado en ella.

—¿Lo dices en serio? ¿No te has fijado en cómo la mira?

—Estaba demasiado ocupada fijándome en mirar a Gabriel —reconoció con una sonrisa.

—Hablando de Gaby... ¿Qué sabes de su amigo el licántropo?

—¿De Julian? Sé que es el alfa, y que me

salvó la vida. ¿Por qué?

—Curiosidad, nada más. Le he visto merodeando por la casa un par de veces y quería saber más sobre él.

—Su hermano resultó herido en una pelea y Gaby le salvó la vida, y está aquí desde entonces. Le he visitado un par de veces, pero se niega a salir de su habitación.

—¿Fue muy grave?

—Casi pierde el brazo. Si quieres podemos ir a verle ahora.

—¿No se molestará?

—¡Claro que no! Le vendrá bien un poco de compañía.

Leslie acompañó a Danielle hasta la segunda planta de la mansión. Ella raras veces subía allí, estaba reservada a las visitas, y prefería recibirlas en el salón principal que

molestarlas en sus habitaciones. Escuchó la voz de su primo Adriel, y otra voz mucho más ronca, más profunda, muy parecida a la de Julian.

—Vamos Mathew —dijo Adriel—. Tienes que volver a intentarlo.

—¡No puedo, joder!

—¡Claro que puedes! Solo tienes que ponerle más empeño.

Danny golpeó la puerta con los nudillos y abrió con una sonrisa.

—Vengo a ver cómo estás, Mathew, y hoy traigo compañía.

Adriel se acercó a las muchachas con un suspiro, y se apoyó junto a ellas.

—Necesita un respiro —dijo—, llevamos trabajando más de una hora. Está de mal humor, chicas, pero no se lo tengáis en cuenta.

Danny entró a la habitación y se dedicó a

colocar en su sitio las almohadas del hombre que permanecía tumbado en la cama. Leslie se quedó mirándole curiosa, sin atreverse a acercarse. El hombre tenía el pelo de punta, y los ojos del mismo color que su hermano. Debía ser bastante alto, y tenía el ceño fruncido.

—Estoy bien, Danny. Déjalo ya.

—Que no puedas mover el brazo no significa que seas inválido, Mat. Puedes salir a respirar un poco de aire fresco.

—Me encuentro perfectamente. ¿Quién es tu amiga?

Danny se había olvidado por completo de Less, a quien cogió de la mano y acercó a la cama.

—Ella es Leslie, la prima de Gabriel.

—¿Eres la pequeña Leslie? ¡Dios mío, cómo has crecido!

—¿Me conoces?

—Eras una muñequita la última vez que te vi. Tendrías unos seis años, y jugabas con tus muñecas a tomar el té en el salón. Me obligaste a sentarme contigo hasta que bajase tu padre.

De pronto una imagen voló a su cabeza, aunque no la recordaba igual. Un Mathew mucho más joven vino a visitar a su padre y se molestó en jugar con ella. Todos eran demasiado adultos para hacerlo, y ese día Desiree estaba en la escuela. La hizo sentirse importante. Y ella necesitaba hacer lo mismo por él en ese momento.

—Lo recuerdo —dijo—. Pero no tuve que obligarte, te sentaste conmigo porque quisiste.

En los labios del licántropo se dibujó una sonrisa.



—Sigues siendo tan atrevida como siempre.

—Pues esta atrevida va a sacarte de esa cama ahora mismo.

Se acercó a él con paso decidido, y de un solo movimiento apartó las mantas de sus piernas. Con la ayuda de Danny, que reía a carcajadas, bajó los pies de Mathew al suelo, y se dispuso a meter el pantalón deportivo que encontró en el armario por sus piernas. Aunque protestaba, él se dejaba hacer, sonriendo por primera vez desde que esa maldita bestia le había mordido en el parque.

—Levanta —ordenó Less.

—No voy a salir, Leslie. No insistas más.

—¿Quieres apostar?

—Eres una cabezota.

—Voy a sacarte de aquí aunque sea a

rastras.

—Me encantaría ver cómo lo intentas.

Apretó los pies contra el suelo, y agarrándole de la muñeca, empezó a hacer palanca con su cuerpo para hacerle levantar. Pero como no obtenía resultado, su amiga se unió a ella, y entre las dos consiguieron que el hombre suspirase y se soltase de su agarre.

—¡Está bien, maldita sea! Iré con vosotras.

Cuando Julian llegó a la mansión esa tarde, observó asombrado a su hermano sentado en el salón con Leslie, tomando café y charlando como si fueran viejos amigos.

—Eh... ¿Hola? —preguntó.

—Hola, Julian, tu hermano me estaba contando lo preciosa que es su pequeña. ¿La

traerás mañana, por favor? —dijo guiñándole un ojo— Estoy deseando conocerla.

—Claro... claro. La traeré. ¿Podemos hablar un momento, Less?

—Por supuesto. —Se volvió hacia Mathew—. Espérame un segundo. No se te ocurra volver a tu habitación, ¿me has entendido?

—No seas pesada —respondió Mat—. Ya te he dicho que no me moveré.

Leslie se acercó hacia él y le presidió hasta el pasillo.

—¿Qué pasa? —preguntó Leslie

—¿Cómo lo has conseguido?

—¿El qué?

—¿Cómo has sacado a mi hermano de su habitación?

—Con un poco de fuerza. Me habría

venido bien tu ayuda en ese momento, pero...

No la dejó terminar. Sostuvo su cara entre las manos con suma ternura, y unió sus labios a los de la joven, arrancándole un suspiro. Rozó su boca lentamente, probándola, y hundió su lengua en su boca cuando Leslie abrió los labios para recibirle. El beso fue insuficiente, lo sabía, pero debía parar, y unió su frente a la de la joven con una sonrisa.

—Gracias, cariño. Gracias por haber hecho un milagro.

Varias horas más tarde, Leslie se miraba nerviosa en el espejo de su habitación. Era la hora de su cita con el licántropo, y no podía controlar el cosquilleo que sentía en el estómago. Se había puesto un sencillo vestido de verano, porque hacía bastante calor, y unas sandalias de cuero sin tacón.

Bajó las escaleras despacio, inspirando profundamente para no perder la calma. Se sentó en el estanque, como él le había sugerido, pero en vez de mojarse los pies cruzó las piernas y jugueteó con los peces con la mano. Sintió la presencia de Julian sin verle, parado a su espalda. Sonrió.

—¿Te diviertes? —preguntó ella.

—Disfruto de las vistas.

Ella miró hacia el cielo, que estaba completamente despejado esa noche.

—Tienes razón, el cielo está precioso hoy. Hay muchas estrellas.

—No era el cielo lo que miraba, Less, sino a ti.

Leslie volvió la cabeza para quedarse sin respiración. Julian llevaba unos vaqueros y una camiseta blanca que se pegaba a su cuerpo,

marcando sus músculos. Leslie se levantó del suelo y se acercó a él lentamente, atraída por el brillo de su cadena de oro.

—¿Piensas quedarte ahí parado toda la noche? —preguntó.

—Esperaba que terminases de jugar en el agua.

—Solo mataba el tiempo hasta que llegases.

Julian la cogió de la cintura y la pegó a su cuerpo.

—¿Ah, sí? Creí que venías al estanque todas las noches.

—Solo vengo cuando un hombre atractivo me espera.

Julian sonrió y rozó los labios de la joven con los suyos.

—¿Y cuántos hombres suelen esperarte,

Less?

—Solo tú.

No necesitó más palabras. El licántropo hundió la lengua en su boca, haciéndola estremecer. Exploró cada recoveco, sin darle tregua, sin hacer intento de acariciarla, pues si la tocaba terminaría haciéndole el amor. Leslie enredó los dedos en su pelo, acarició su cuello suavemente, y cuando rompió el beso, su respiración era tan errática como la de él.

—Vamos, cariño, es tarde.

—¿Ya me abandonas? Ha sido una cita demasiado corta.

—Lo sé, pero te deseo, nena, y no sé si seré capaz de contenerme mucho tiempo más.

—Pues no te contengas, Julian —susurró Less—. Hazme el amor.

El licántropo sonrió con ternura.

—Mi dulce princesa, no voy a hacerte el amor todavía. Necesitas cuentos de hadas, príncipes azules y finales felices, y para eso tenemos que tomárnoslo con calma.

Julian la acompañó hasta su habitación, la besó en la frente y se alejó por el pasillo. Leslie permaneció mirándole hasta que se perdió en las escaleras. ¿Príncipes azules? Necesitaba un demonio de ojos verdes que con tan solo una sonrisa la hiciera suspirar. Necesitaba a Julian Jones.



## Capítulo 17

Leslie caminaba de un lado a otro de la mansión ultimando los detalles de la despedida de soltera de su hermana. Aunque la muchacha no había puesto demasiado interés en los preparativos, parecía que ahora sí estaba ilusionada con casarse con su prometido el fin de semana siguiente. Tras días de hacer “castings” a los miembros más jóvenes de la congregación, había decidido que James sería el improvisado stripper, un joven rubio que hacía suspirar a la mayoría de las mujeres con su cuerpo fibrado y su sonrisa traviesa.

Estaba colocando los regalos sobre la mesa auxiliar que había colocado en el comedor cuando su hermana entró por la puerta.

—¿Todo eso es para mí? —preguntó.

Alargó la mano hacia uno de los regalos, pero Less la golpeó suavemente, impidiéndole tirar del lazo que lo envolvía.

—Los regalos son para el final, Dess. Antes tengo una sorpresa más interesante.

—¿Una sesión de tuppersex? ¿Un striptease? —Leslie solo sonrió—. ¡Vamos, Less, me tienes en ascuas!

—Aún falta una hora. Ve a ponerte la ropa que he dejado sobre tu cama.

—No me harás vestirme de conejita de Playboy, ¿verdad?

—Haz lo que te digo. Danny es mucho más obediente que tú, ¿lo sabías?

Dess subió las escaleras a toda prisa para hacerle caso. Danny y ella habían decidido decantarse por el clásico vestido de Marilyn

Monroe, blanco para la novia y rosa para ellas. Desiree llevaría una banda en la que ponía “La novia del año” y todas ellas se pondrían un broche en forma de pene con carita y una pajarita a juego con el traje. No saldrían de casa, serían apenas diez mujeres, pero se había propuesto que la noche fuera inolvidable para todas.

En ese momento llegó la tarta, y no pudo evitar reírse. Habían hecho exactamente lo que había pedido. Se trataba del cuerpo de un hombre sexy, con tabletas de chocolate incluidas, y un tanga rojo que tapaba una enorme erección. No quería ser demasiado obscena debido a su madre, y la idea de Danielle le pareció divertida.

Subió a su habitación a cambiarse de ropa. El vestido le sentaba de maravilla, y los

tacones de charol rosa chicle eran ideales para acompañarlo. Se puso su broche y se recogió el cabello en una coleta alta. Se reunió con las chicas en la habitación de su hermana, que no podía parar de reír al ver sus simpáticos broches.

—En serio, yo quiero el mío —protestó la novia—. ¡Son adorables!

Danny le pasó la banda por la cabeza, y le colocó la diadema con velo y pene incluidos, y Leslie rió.

—Ya la llevas en la frente, Dess —rió Ithuriel—. ¡Por Dios, es enorme!

Desiree se miró en el espejo de su tocador y se volvió hacia sus amigas.

—¿Vamos a divertirnos? —preguntó.

Cenaron, bebieron Margaritas y bailaron como locas por todo el salón. A las once, Leslie

apagó la luz de la habitación y obligó a su hermana a sentarse en una silla en mitad del salón con los ojos vendados.

—Aquí llega tu primer regalo.

Se sentó en su silla y comenzó a aplaudir, animando a las otras chicas, y dándole la señal a James, pero se quedó helada en el sitio cuando vio entrar al stripper. El traje de marine no podía sentarle mejor... a nadie podía sentarle mejor que a él. Las gafas de aviador dejaban sus ojos ocultos, pero sabía que su mirada estaba fija en ella. Llevaba el cabello engominado, como a ella le gustaba, y fantaseó con enterrar sus dedos en él mientras hacían el amor. ¿Qué demonios hacía allí Julian? Y lo más importante, ¿dónde demonios se había metido James?

Sus neuronas se calcinaron cuando el licántropo empezó a moverse. Se acercó a su

hermana y se deshizo de la venda y de las gafas, y se colocó de pie, con las piernas de su hermana entre la suyas, a mover las caderas. Desiree reía a carcajadas, y con todo el descaro del mundo subió las manos para acariciarle el pecho mientras él se movía. ¿Dónde había aprendido a moverse de esa manera? Ella estaba literalmente babeando, con la boca abierta, y el corazón a mil por hora. Julian le guiñó un ojo y cogió las manos de Desiree para pasarlas por sus muslos hasta apretarlas en sus nalgas, y su hermana echó la cabeza hacia atrás como si se hubiese desmayado.

Ella sí que iba a desmayarse. Moverse así debía ser pecado. Hacía demasiado calor en esa habitación, necesitaba un poco de aire fresco. Entonces Julian se puso de rodillas en el suelo y echó la cabeza en el regazo de su hermana, que

no perdió la oportunidad de sobarle, y comenzó a mover arriba y abajo la cintura. ¿Por qué tendría que haberse sentado en frente de su hermana? Ahora se moría de ganas de sentarse a horcajadas sobre él para cometer una locura. Las demás chicas aplaudían entusiasmadas al baile, incluso su madre le gritaba para animarle a continuar. ¿Quién era esa mujer y qué había hecho con su madre? ¡Ella jamás había actuado de esa manera!

Julian se colocó frente a Danny para que le quitase el chaleco que tenía puesto, y la muchacha se levantó dispuesta a cumplir su petición. Los musculosos brazos de Julian ondulaban cuando los movía para facilitarle el trabajo, y Less solo quería apretarlos mientras le cabalgaba. Bebió un buen trago de su copa para calmar un poco el ardor que sentía, pero él no se

lo estaba poniendo nada fácil. Se arrodilló frente a ella y se sacó la camiseta por la cabeza, flexionando todos esos deliciosos músculos, que ella se moría por tocar.

—Toca, cielo... eres la única que puede hacerlo a su antojo —susurró el licántropo.

Como ella se negaba a sucumbir, él agarró su mano y la paseó por su cuerpo, desde sus hombros hasta la hebilla de su pantalón... y un poco más abajo. Leslie dio un salto en la silla al notar el bulto de su miembro bajo la tela, y él le lanzó un guiño travieso antes de acercarse a su madre. ¿Qué pensaba hacer con ella?

Stephanie se levantó encantada cuando él se acercó y pegó su cuerpo al suyo para bailar sensualmente. Su madre reía, y ella necesitaba ocupar su lugar. Julian volvió a acercarse a su hermana, y con un bote de nata que no sabía de



dónde demonios había salido, se puso un poco de crema sobre una tetilla y se la dio a chupar. Le habría arrancado todos y cada uno de los pelos de la cabeza a Dess en ese mismo momento. Julian echó otro poco de nata, esta vez en su estómago, y su hermana aprovechó la oportunidad para apretarlo de las nalgas y atraerlo hasta su cuerpo.

Leslie tenía las uñas clavadas en la tela de la silla. No quería que ninguna de ellas le tocara, ¡Julian era suyo! Como si hubiese escuchado su protesta, el licántropo se acercó a ella y se puso de espaldas, sujetando sus manos para ponerlas sobre el cinturón.

—Desabróchalo —ronroneó.

—Que lo haga otra.

Él debió notar los celos en su voz, porque se volvió con una sonrisa y se acercó a lamerle

el cuello lentamente, haciéndola gemir.

—Con ellas solo es un juego. Vamos, desabróchalo.

Leslie hizo lo que le pedía a regañadientes, y Julian se sacó los pantalones de un tirón, quedándose en bóxers. ¡Por Dios bendito! ¡Qué bien le sentaban os bóxers negros! Siguió bailando con todas las presentes, levantó a su hermana en peso y bailó con sus piernas enredadas en la cintura. Y ella no podía apartar la vista de su mirada, que parecía prometerle un baile solo para ella más tarde, cuando todo el mundo durmiera.

Cuando creía que la cosa no podía empeorar... Empeoró. Julian se puso un kilt... seguramente de Gaby, y se bajó lentamente los bóxers hasta lanzarlos al aire... y hacer que cayesen en su regazo. El calor subió por sus

mejillas solo de pensar que estaba desnudo, y verle bailar con unas y con otras casi acaba con su paciencia. Pero lo mejor lo guardó para ella... De eso no le quedó ninguna duda cuando se sentó a horcajadas en sus piernas y cogió sus manos para pasarlas por sus muslos desnudos hasta llegar a su erección.

—Esto es solo tuyo, preciosa. No lo olvides nunca.

Después de ese instante, apenas se percató de lo que ocurrió. Solo supo que el striptease terminó, y que una vez decentemente vestido, Julian se reunió con ellas en el salón. Tuvo la desfachatez de sentarla sobre sus rodillas y besarla como si fuera su dueño delante de su madre, pero Dess empezó a abrir los regalos y todo se olvidó.

Le encantó el conjunto de lencería que su

madre le compró, pero le gustó mucho más el juego de masaje erótico con chocolate que encontraron Danny y ella por Internet. Creía que ya lo había abierto todo, pero encontró una caja escondida entre los globos.

—¿Y esto de quién es? —preguntó la novia— No trae etiqueta.

—Quizás sea de Aaron —dijo su madre.

—Vamos, ábrelo —insistió Ithuriel.

La sonrisa de su hermana murió en sus labios, sus manos comenzaron a temblarle, y habría dejado caer la caja al suelo de no ser por Ithuriel, que la cogió al vuelo. En cuanto inspeccionó su interior, maldijo y miró a Julian, que se levantó de inmediato. En la pequeña caja, sobre una cama de terciopelo rojo, descansaba un corazón humano, posiblemente el de una nueva víctima, con una nota de papel.

*“Si no me entregas a la chica, tú serás la siguiente. Acabarás como ella”*

Desiree se dejó caer en la silla, e Ithuriel le acercó un vaso de agua. Julian marcó el número de Gabriel, que lo cogió a los pocos segundos.

—La fiesta ha terminado, Gaby. Hay algo que debes ver.

Media hora después, Gabriel entraba por la puerta como alma que lleva el diablo, desesperado por ver que Danny estaba bien. En cuanto le vio entrar, la mujer se abalanzó a sus brazos, y cerró los ojos con un suspiro al verse protegida por su cuerpo.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho algo? — preguntó Gaby mirándola a los ojos.

—Estoy bien, no me ha hecho nada. Ha

dejado una caja entre los regalos de Desiree.

—¿Desiree? —preguntó Aaron preocupado— ¿Dónde está?

—En el salón —contestó Danny—. Está un poco afectada por lo que ha ocurrido.

Gabriel observó salir corriendo a Aaron, y se acercó con su chica a donde se encontraban Julian e Ithuriel.

—¿Qué había en la caja? —preguntó.

Julian se la tendió. Cuando vio el contenido, no puedo evitar rugir cabreado.

—El muy hijo de puta ha entrado en la casa —dijo Julian.

—Lo hemos registrado todo —continuó Ithuriel—, pero no ha forzado ninguna entrada.

—Eso quiere decir que es alguien de dentro —dijo Adriel.

—No tiene por qué —dijo Ithuriel—.

Hemos comprado muchas cosas para la fiesta, y han entrado mensajeros a todas horas en la casa. Habrá estado vigilándonos, y ha podido entrar disfrazado.

—Tienes razón, me temo. ¿Están todas bien?

—La más afectada es Desiree —dijo Danny—. Se ha llevado una gran impresión al abrir la caja.

—Ambas estáis en peligro, cariño. No quiero que salgáis de casa sin estar acompañadas de alguno de nosotros.

—Yo no pienso salir. Hasta que no atrapéis a ese cabrón no creo que pueda estar tranquila.

—Vámonos a la cama, ha sido una noche muy larga.

Gabriel acompañó a Danny hasta su

habitación, y se dejó caer en la puerta con un suspiro. Su chica estaba preciosa con ese vestido, y necesitaba hacerle el amor. Se acercó despacio a ella y la besó en el cuello mientras se deshacía de la cremallera de la prenda, que dejó caer al suelo lentamente. Ella se dejó hacer, apartando la cabeza para darle mejor acceso.

—Te necesito, cariño —susurró él—. Te necesito ahora.

Ella se volvió y unió sus labios a los de su hombre, enredando los brazos en su cuello y poniéndose de puntillas para pegar su cuerpo al de él. Los vaqueros le rozaban los muslos desnudos, y un cosquilleo muy familiar comenzó a subir por su columna.

Gabriel no podía esperar más. Le había dejado espacio para que se acostumbrara a su presencia, pero necesitaba sentirla entre sus



brazos esa misma noche. La apretó contra su cuerpo y la levantó de las caderas para cogerla en peso y dejarla caer en la cama, bajo su cuerpo. Ella sonreía, y él se alimentó de esa sonrisa uniendo sus labios a los de ella. El beso se tornó seductor, y su miembro creció en respuesta.

—Estás muy sexy vestido de marinero...

—ronroneó Danny.

No se acordaba del estúpido disfraz. Le había parecido una idea simpática cuando planeó la despedida, pero ahora se sentía ridículo. Se levantó para quitarse la camiseta, pero Danny tiró de él de nuevo y le tumbó en la cama, terminando a horcajadas sobre su cintura.

—Prefiero hacerlo yo... si no te importa

—dijo sacando un bote de nata—. Le he robado esto a Julian, me ha dado unas cuantas ideas

para poner en práctica esta noche.

—¿Julian? No sé si quiero oír eso...

—Ha sido el stripper de Desiree. Se le da muy bien, por cierto... Pero creo que a Leslie no le ha hecho demasiada gracia.

—¿Leslie? ¿Y qué tiene que ver Less con Julian?

—No te enteras de nada, ¿eh?

—Estoy demasiado ocupado encontrando a un asesino, cielo.

—Sospechaba que Julian y Leslie estaban liados, pero hoy tu amigo lo ha dejado claro como el agua. Ha sentado a tu prima sobre sus rodillas y la ha besado delante de su madre.

—Creo que voy a tener que hablar seriamente con él. ¿Pero tú no tenías algunas ideas para esta noche? —preguntó cruzando los brazos tras su cabeza— Estoy deseando

descubrirlas...

Danny se deshizo de su sujetador con una sonrisa y puso un poco de nata sobre su pezón, como había hecho el licántropo, y se lo ofreció a su chico. Él la sujetó de la cintura y lamió la nata lentamente, recreándose después en su pequeño pezón rosado.

—Mmm... Delicioso —susurró.

Vertió un poco más de nata, esta vez sobre la tetilla del hombre, y lamió su piel con lentitud. Sonrió cuando Gaby echó la cabeza hacia atrás, apretó los labios y cerró los ojos.

—Esto sí que está rico —dijo ella.

Gabriel le arrebató el bote de las manos y la tumbó en la cama con una sonrisa traviesa.

—Creo que voy a jugar un buen rato con esto...

Se deshizo de sus braguitas y le abrió las

piernas, puso un poco de crema sobre su pubis y comenzó a lamerlo lentamente. Las pasadas de su lengua la hacían enloquecer. Sentía cada caricia en el centro de su alma, cada roce en su clítoris hinchado la acercaba más y más a un orgasmo seguro. Gabriel volvió a poner un poco de nata sobre sus labios, y hundió la lengua en su canal, una y otra vez, haciéndola perder el sentido.

Después le tocó a él el turno de gemir, cuando ella le arrebató la nata y cubrió su miembro hinchado para metérselo en la boca. Sentir su lengua, sus labios moverse alrededor de su pene le estaba volviendo loco. Tuvo que apartarla para no terminar antes de haber empezado, y se tumbó de espaldas para que ella le montara. Verla subir y bajar por su cuerpo era tan excitante como sentir su sexo

aprisionándole. Tiró de ella para besarla, para sentirla pegada a su cuerpo. La ayudó a moverse, alzando las caderas cada vez que ella las bajaba, y cuando el orgasmo les arrasó, la llevó hasta la ducha, donde se quitaron el azúcar, y se tumbaron en la cama, quedándose dormidos al instante.

El tigre miraba satisfecho por la ventana. Había conseguido asustar al Bruce... dos veces. La primera fue con el ataque de los vampiros, en el que casi consigue a esa dichosa mujer. Pero ahora... ahora necesitaba que el maldito rey se pusiera a la defensiva. Jamás sería capaz de averiguar que él era quien realizaba las matanzas.

El grito silenciado por una mordaza le sacó de su ensimismamiento. La mujer atada en

la cama le miró enfadada. ¿Creía que podría con él? Le encantaría ver cómo lo hacía. Se acercó lentamente a ella y apartó la mordaza de su boca.

—¡Suéltame, maldita sea! No me gusta este juego.

—¿No? Pues a mí me está gustando mucho.

—O me sueltas o se acabó que me acueste contigo. Eres muy bueno en la cama, pero...

Él silenció su boca con la mano, y ella le mordió. Le encantó que lo hiciera, le ponía el salvajismo con el que Amy se lo follaba. No había otra palabra mejor para describirlo, lo suyo era puro sexo. Sin sentimientos, ni culpas... puramente instinto animal. Pero ahora ella formaba parte del equipo de defensa del

Bruce... y él estaba muy enfadado.

Sacó del cajón de su mesilla el cuchillo que había robado de la cocina, y se acercó a ella con una sonrisa socarrona.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¿Te has vuelto loco?

—Verás, tesoro... Ahora formas parte del equipo de Gabriel, y no puedo permitir que sigas viva.

—¡Eres tú! —la mujer se quedó con la boca abierta— ¡Todo este tiempo has sido tú!

—Bravo, querida... Al fin lo has entendido.

—¿Pero por qué? Tú siempre has sido una buena persona...

—¡Porque Duncan me robó lo que me pertenecía! ¡Yo debía ser el rey, no ese estúpido escocés!

—Vamos, suéltame y hablaremos de ello. No tienes que seguir haciéndolo, encontraremos juntos una solución.

—Ya es tarde, Amy... te has aliado con mi enemigo. Ahora tendrás que morir.

—No... ¡No!... ¡¡No!!



## Capítulo 18

Leslie daba vueltas en su habitación. No sabía si debía hacer algo, pero lo que había pasado en el salón le dio que pensar. Estaba celosa, lo admitía. Había sentido unos celos incontrolables cuando su hermana tocó a Julian. Y también cuando lo hizo Danny, o Ithuriel... Incluso cuando bailó con su madre. ¿Qué le pasaba? Ese hombre no le pertenecía, pero algo en su interior se encendía cuando le veía sonreírle a alguna mujer.

La noche que le encontró en la cocina la hizo sentirse deseada, única, especial... y cuando el día anterior le agradeció que consiguiera sacar a su hermano de la habitación, tuvo la sensación de que entre ellos había algo

especial. Pero no se lo había pensado dos veces a la hora de cambiar el puesto con James para restregarse contra todas las mujeres que pudo... incluida su hermana. ¡Había dicho que era su compañera! ¿Acaso los licántropos no respetaban a sus mujeres como hacían los weretigers?

Se paró en seco en medio de la habitación. Sentía los pies helados, pero ni siquiera eso logró calmar el enfado que sentía. ¿Cómo se atrevía a tontear con las demás mujeres cuando casi le había hecho el amor unos días antes? ¿Acaso ella era solo un juego para él? Salió de su habitación hecha una fiera, y subió a la tercera planta para golpear la puerta del maldito licántropo con fuerza.

—¿Less? ¿Qué ocu...

No le dejó terminar. Le cruzó la cara de

una bofetada y le empujó con fuerza.

—¿Cómo te has atrevido a dejarme en evidencia delante de todo el mundo? ¡No soy una muñeca con la que puedas jugar!

La cara de asombro de Julian era todo un poema, pero la cogió firmemente de la muñeca y la metió en su habitación, cerrando la puerta y aprisionándola contra ella.

—¿Me vas a explicar qué coño te pasa?

—¡Eres un estúpido! ¿Qué has hecho con James? ¿Por qué no ha sido él quien ha hecho el striptease?

—El muchacho se encontraba mal, estaba vomitando, y me ofrecí a sustituirlo. Si no me crees puedes ir a su habitación a comprobarlo.

Toda su determinación se desinfló como un globo.

—Oh...

—Vamos, Les... ¿Por qué estas realmente aquí? ¿Qué te ha molestado tanto?

—Creí que le habías hecho algo a James.

—No te lo crees ni tú. Tienes un ataque de celos, ¿verdad, preciosa? No has podido soportar ver cómo otras mujeres me tocan, y has venido a vengarte.

—Eso no es cierto.

—¿Seguro? —Acercó su boca a un milímetro de la de ella— ¿Y por qué me mirabas echando chispas por los ojos cuando bailaba con tu hermana?

La besó fugazmente antes de recorrer su cuello con los labios.

—¿Por qué hundías las uñas en la tela de la silla cuando me acercaba a Danielle? —siguió él.

—No digas tonterías.

El licántropo cogió la mano de la muchacha y la colocó sobre el bulto de su erección de nuevo.

—Te dije que esta era solo tuya, ¿no me crees?

—No me importa con quién te acuestes.

—¡Oh, sí que te importa! Pero no tienes que preocuparte por eso, porque no quiero a ninguna otra mujer en mi cama. Solo te quiero a ti.

Unió su boca a la de ella y la saqueó. Las piernas de Leslie se volvieron gelatina, y tuvo que agarrarse a su cuello para no caer. Julian desgarró el camisón que llevaba puesto de un tirón, dejando al descubierto su piel desnuda. La levantó de las caderas y la hizo abrazarlo con las piernas, y apartó sus braguitas para acariciarla a voluntad. Ella estaba ardiendo, a

punto de estallar. Jamás había sentido una pasión tan intensa, tan desesperada, con nadie. Ningún hombre le había hecho sentir lo que estaba sintiendo con él.

Julian no podía esperar más, controlarse le estaba matando, y se deshizo de sus bóxers para clavarse en su interior. Lo hizo lentamente, para saborear cada roce, pero se paró en seco al notar la barrera de su virginidad.

—¡Por Dios, Less! ¿Por qué no me lo has dicho? —gimió.

—No creí que fuera importante. ¿Quieres moverte ya?

—¿Cómo que no es importante? He podido hacerte daño, cariño. Vamos a tomárnoslo con más calma.

Julian salió lentamente de ella y la llevó a la cama. La acarició con ternura, rozando

apenas su piel con la yema de los dedos. No había palabras para describir lo que sentía en ese momento. Ningún hombre había tocado a su compañera, ella era total y completamente suya. Unió sus labios a los de la joven reverenciándola, porque esa mujer no se merecía otra cosa. Su dulce Leslie se derretía entre sus brazos, sintiendo la pasión por primera vez, entregándose a él sin reservas. Resiguió con la punta del dedo el contorno de su pecho, su pezón hinchado, y acercó su boca lentamente a su piel. Leslie se retorció entre sus brazos con cada caricia, con cada roce de su lengua en su pezón, con cada caricia de sus manos en su sexo.

Julian bajó la cabeza por su estómago, lamiendo su piel, y abrió sus piernas para poder encajar los hombros entre sus muslos. Hundió la

boca en su sexo, lamiendo sus jugos, deleitándose con su sabor y con sus gemidos de placer.

Leslie no podía parar de gritar, lo que Julian estaba haciendo con ella la estaba volviendo completamente loca. Sus caricias eran mágicas, y el calor serpenteaba por su vientre. Le hormigueaban los pezones, y sentir su lengua hundirse entre sus pliegues era embarazoso, pero a la vez tan placentero que no quería que terminase nunca esa dulce tortura. Cuando hundió un dedo en su interior sintió un placer indescriptible, y ahora estaba a punto de estallar. Sus caricias la elevaban, cada vez más y más, hasta el cielo. La serpiente de calor que sentía en el vientre subió y subió... hasta hacerla estallar en mil pedazos. Quedó desmadejada en la cama, respirando entrecortadamente. Julian



subió por su cuerpo y la besó con una sonrisa, se colocó sobre su cuerpo y entró dentro de ella, centímetro a centímetro, tan despacio que dolía.

Cuando estuvo enterrado dentro de ella por completo, Julian suspiró. Ninguna mueca de dolor, el escollo había sido salvado de una vez por todas. comenzó a moverse despacio, y Leslie abrió los ojos como platos antes de cerrarlos llevada por la pasión. Le encantaba verla así, totalmente entregada a sus caricias, rendida a lo que había entre los dos. Sus embestidas fueron aumentando de ritmo, y su chica hundió las uñas en su espalda cuando el orgasmo volvió a recorrerla. Sonrió satisfecho. Solo él la había llevado a la locura, nadie más había conseguido hacerla perder la cabeza y la compostura más que él. Sus embestidas se volvieron frenéticas, hundió la lengua en su

boca, imitando el movimiento de su miembro en su sexo, y cuando llegó al orgasmo supo que jamás sería capaz de separarse de esa mujer... Supo que había encontrado por fin a su compañera.

Nahuel se despertó al oír un ruido extraño. Miró el reloj del móvil y vio que eran las tres de la mañana. Abrió la puerta con cuidado y siguió el origen del ruido hasta la entrada de la casa. Se agazapó en la oscuridad, y pudo ver una silueta que dejaba un cuerpo sobre la alfombra. Se convirtió en tigre y se lanzó a su espalda con un rugido. El intruso gritó despavorido, y levantó las manos asustados.

—¡Por favor, no me mate! —dijo el vampiro— ¡Tengo un mensaje para Gabriel Bruce!

La luz se encendió en ese momento, y Gabriel bajó las escaleras a toda prisa seguido de los demás.

—¿Qué ha pasado? He oído...

La voz murió en su garganta al ver a Amy destrozada en mitad del recibidor. Se lanzó sobre el vampiro, pero su hermano se lo impidió.

—Tiene un mensaje —dijo.

Gaby le cogió de la pechera de la camisa y lo estampó contra la pared.

—¡Habla! ¡Qué te ha dicho ese cabrón!

—Uno menos. Faltan seis.

Gabriel rugió y de un bocado arrancó la cabeza del vampiro de sus hombros.

—¡Maldita sea!

—Cálmate, Gaby —dijo su hermano—.

Quiere cabrearte, y si lo consigue serás vulnerable.

—¡No puedo dejarle matar a más gente, joder!

—¡No sabemos nada de él! ¿Cómo vamos a atraparlo?

Adriel se acercó al cuerpo de la joven y comenzó a inspeccionarlo.

—Ha estado atada y amordazada —dijo—. tiene señales en las muñecas y los tobillos.

—Por eso ha podido con ella —añadió Abel—. La tenía indefensa.

—¿Pero cómo demonios consiguió inmovilizarla? —preguntó Tony—. Debía conocerle.

—Quizás le dio la droga también a ella —aclaró Adriel—. ¿Dónde estuvo esta noche?

—Estuvo con nosotras en la despedida —dijo Ithuriel—, pero se marchó cuando entregaron la caja misteriosa.

—¿Creéis que eran cómplices? — preguntó Brian— Quizás ella iba a delatarle y él la asesinó.

—Es otra opción que no habíamos barajado —dijo Nahuel—. Bien visto, muchacho.

—Se acabó el estar callado —dijo Gabriel dirigiéndose a la escalera—. Yo también pienso darle un mensaje.

—¿Y cómo piensas hacerlo, Gaby? — preguntó Abel.

—Por el mismo medio que él: un vampiro.

Gabriel subió a la habitación de Julian y golpeó con los nudillos. Abrió los ojos al ver salir a su amigo desnudo, pero más aún al ver un bulto acurrucado entre sus mantas. Levantó una ceja, interrogante, y Julian le empujó para poder cerrar la puerta.

—Hablaemos de eso mañana. ¿Qué ocurre?

—Nos vamos de caza. Tú y yo. necesito atapar un vampiro.

—Vale, pero, ¿qué ha pasado?

—Han asesinado a Amy. Ese hijo de puta ha matado a uno de los míos y ha tenido la desfachatez de amenazarme. Quiero enviarle un mensaje.

—Los vampiros no se caracterizan por cumplir su palabra, Gaby, pero haremos lo que quieras. Voy a cambiarme, espérame abajo.

Gaby fue a su habitación a cambiarse de ropa. Danny dormía apaciblemente, y evitó hacer ruido para no despertarla. Volvió la vista una última vez hacia ella antes de cerrar la puerta con cuidado. Julian ya le esperaba en la entrada, con una especie de cinturón en el que

llevaba varias estacas de madera. Le lanzó a él uno similar.

—Es de mi hermano, espero que te sirva.

—No vamos a matarlo, Julian.

—No a uno de ellos, pero los vampiros son como las ratas. Es mejor estar preparados para una emboscada.

Caminaron por las calles de la ciudad en silencio, hasta llegar a Central Park. Los vampiros solían alimentarse allí, era muy sencillo arrinconar a una persona entre los árboles y asesinarla sin ser visto. Los dos amigos caminaban en silencio, atentos a cualquier movimiento extraño. Aunque los hombres de Julian estaban patrullando, había dado orden de avisarle cuando vieran a un chupasangre, esa noche no moriría ninguno hasta que no mandaran el mensaje.

Gabriel respiraba profundamente para poder calmarse. La rabia le inundaba, y no podía permitirse el lujo de sucumbir a ella. Ese hijo de puta se había atrevido a asesinar a uno de los suyos, y no iba a permitir que se vanagloriara de ello. Sintió un movimiento a su derecha. Sobre el árbol, un vampiro esperaba agazapado a que se pusiera a tiro. Sonrió, le iba a encantar ver la cara de ese desgraciado cuando le tuviera tumbado en el suelo con una estaca apuntándole a la garganta.

El vampiro se atrevió a atacar... y Gaby se transformó. Agarró al chupasangre por el cuello y le lanzó al suelo. El golpe le dejó sin respiración lo suficiente para que Gaby pudiera estar sobre su cuerpo.

—¿Conoces al tigre de ojos amarillos? — preguntó— ¡Contesta!



El vampiro asintió.

—Quiero que le des un mensaje de mi parte.

En ese momento Julian apareció detrás de un árbol y se puso en cuclillas junto a la cabeza del vampiro. Chistó la lengua y miró a Gaby.

—¿En serio tienes que dejarle con vida?

—Solo si da el mensaje. Si me entero de que no lo hace, le arrancaré la cabeza de un bocado.

—¡Lo haré! ¡Lo prometo!

—¡Vamos, Gaby! Los chupasangres no cumplen lo que prometen.

—¡Lo haré! ¡Les doy mi palabra!

—Dile que Gabriel Bruce no va a parar hasta encontrarle, y que va a sufrir por cada una de las muertes que ha causado. Pero sobretodo... dile que voy a hacerle pagar el

haberse acercado a los míos. Dile que le despellejaré con mis propias manos.

Gabriel se levantó del vampiro, que salió a correr como alma que lleva el diablo en dirección al cementerio.

—Otra vez el cementerio... —dijo Gaby  
— Su escondite debe estar allí.

—Sí, pero ¿dónde? Lo registramos entero y no encontramos nada.

—No lo sé... Pero algo se nos escapa, estoy seguro.

—Vámonos, Gaby. Ya lo pensaremos mañana.

Julian tenía razón, pero no podía dejar de pensar en ello. Varias horas después, seguía mirando al techo de su habitación, pensando en la inspección al cementerio. Era una locura, pero algo en su interior le decía que la clave

estaba en el maldito mausoleo.

Danny se removió entre las mantas y se volvió para mirarle.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Amy ha muerto.

—¿Cómo? —Su cara perdió todo el color.

—Creo que conocía al agresor, Danny.

Creo que el asesino es uno de nosotros, que vive bajo mi techo. No quiero que te separes de mí, ¿de acuerdo? No quiero que andes sola ni un solo instante.

—Te lo prometo —contestó abrazándole

—. No me separaré de tu lado.

—Estoy asustado. Si te pasara algo yo...

—No va a pasarme nada, Gaby. Estoy aquí mismo.

—Hay algo que no te he contado. Hay algo que aún no sabes sobre nosotros.

—Me estás asustando.

—Eres mi compañera. Si me acuesto con cualquier otra mujer no hay diferencia con un humano cualquiera, pero cuando hicimos el amor por primera vez quedamos vinculados de por vida.

—¿Y eso qué significa?

—Si uno de los dos muere, el otro no podrá volver a amar a nadie nunca más. Serás la madre de mis hijos, y si alguno de ellos nace weretiger, tu esperanza de vida se regulará hasta ser la misma que la nuestra.

—¿Y cuál es vuestra esperanza de vida?

—Trescientos años.

—¡Dios santo! ¿y cuántos tienes tú?

—Noventa y cinco.

—¡¿Noventa y cinco?!

—Tengo treinta y tres años humanos,

Danny. No soy mucho más mayor que tú.

—Ya hemos hecho el amor.

—Lo sé. Ya estamos vinculados. Debí decírtelo, pero...

—Una forma muy original de pedirme matrimonio —bromeó ella.

—¿No estás enfadada?

—Me fastidia que no confiases en mí lo suficiente para decirme esto antes. Pero entiendo que no lo hicieras. —Acarició suavemente la mejilla de Gabriel—. Estoy enamorada de ti, Gaby, y nada ni nadie conseguirán que me aleje de tu lado.

—Te prometo que cuando todo esto acabe voy a hacer las cosas bien, Danny. Voy a consentirte, a mimarte, y a hacer que no te arrepientas de haberte venido conmigo.

—Jamás me arrepentiré de haber

confiado en ti, Gaby. Me has hecho volver a la vida.

El monarca la besó, y volvió a hacerle el amor con ternura, demostrándole con su cuerpo lo mucho que la amaba.

## Capítulo 19

Llegó el día de la boda... por fin. Desiree se miraba en el espejo de cuerpo entero de su cuarto, vestida solamente con el corsé de encaje blanco que le había regalado su hermana y las braguitas a juego. Aún tenía que ponerse las medias, el vestido... y el velo. Le había dicho a Leslie que quería una boda sencilla, nada ostentoso, pero reconocía que el vestido que había elegido para ella era precioso.

Suspiró. ¿Estaba haciendo lo correcto? ¿Casarse con Aaron la haría feliz? Sabía que su prometido era un hombre bueno, honorable, pero dudaba que alguna vez llegase a sentir por él lo que sentía por Tony. Aaron decía que ella era su compañera, pero lo dudaba. De ser así no

tendría tantas dudas, no estaría tan confundida. Se dejó caer en la cama con los ojos anegados en lágrimas. Su hermana entró en ese momento en la habitación y suspiró al verla en ese estado.

—Vas a estropearte el maquillaje, Dess. ¿Qué ocurre?

—Estoy asustada —admitió—. No sé si estoy haciendo lo correcto.

—¿Y por qué no ibas a estar haciéndolo? Aaron es un buen hombre y te quiere.

—Pero no soy su compañera.

—¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque no siento con él lo mismo que siento con Anthony.

—Espera, ¿te has acostado con Anthony?

—¡Claro que no! Pero me ha besado varias veces, y...

—¿Y?



—Siento como si algo dentro de mí explotase, Less. Como si el mundo fuera a terminarse si me suelta. No puedo respirar, me falta el aire cuando me mira.

—Es lo que yo siento con Julian —reconoció—. Te entiendo perfectamente.

—No puedo casarme con Aaron, Less. No puedo hacerlo.

—¿Estás segura? Quiero que seas feliz, Dess, pero...

—Lo estoy. He estado engañándome al creer que podría funcionar. —Se acercó a su escritorio y escribió una nota—. Entrégale esto a Aaron. Espero que algún día pueda perdonarme.

Anthony se paseaba como un perro enjaulado en su habitación. No podía permitir

esa boda, no podía dejar que su compañera se casara con el imbécil de Aaron. Brian le observaba divertido sentado en la cama.

—¿Quieres parar? Me estás poniendo nervioso —dijo su amigo.

—Tengo que detener la maldita boda, Brian. Desiree no puede casarse con ese imbécil.

—Pues hazlo. ¿Sabes que el cura suele dar la oportunidad de impedir una boda?

—Gaby me matará si le fastidio la vida a su prima.

—No creo que vayas a fastidiársela, sino que la estás salvando de cometer un error. A mí tampoco me gusta Aaron, es demasiado prepotente.

—Bien —dijo Tony mirando el reloj—. Vamos allá.

Se sentaron en su asiento en la segunda fila, justo detrás de la familia. Anthony no podía dejar de mover la pierna, nervioso por lo que su rey diría cuando interrumpiese la ceremonia. Pero tenía que hacerlo. Dess era la mujer de su vida, su compañera, y no podía casarse con Aaron por despecho. Sí, la estúpida se casaba con Aaron porque él había sido demasiado imbécil para pensar que podía ser suficiente para ella. Pero ahora entendía que no se trataba de clases sociales, de prestigio o posición, sino de amor. Su amor era lo suficientemente grande, lo suficientemente intenso, como para ser digno de estar con ella.

Todas las cabezas se volvieron hacia Leslie, que entró en la sala cabizbaja. La muchacha se acercó a Aaron y le entregó una nota.

—Lo siento —susurró.

Vio cómo el novio leía la misiva, cómo su rostro reflejaba un odio tan intenso que le asustó. Arrugo el papel y lo lanzó al suelo, y se acercó a darle un puñetazo, pero Gaby le detuvo.

—¡Tú, maldito hijo de puta! ¡Juro que te destruiré!

—Cálmate Aaron —dijo Gaby—. Él no tiene la culpa.

—¡Siempre anda detrás de ella! ¡La ha engatusado para que haga esto!

—¿De qué estás hablando? —preguntó Tony sorprendido.

—¡No te hagas el imbécil! ¡Tú lo has planeado todo!

Gabriel tiró de Aaron para alejarlo de Tony.

—Vamos, Aaron. Necesitas calmarte.

Vamos a tomar una copa.

Cuando salieron de la habitación, Anthony corrió a coger la nota de Dess.

*“Lo siento, Aaron, pero no puedo casarme contigo. Estoy enamorada de otro hombre, y no quiero hacerte infeliz el resto de tu vida. Busca a una mujer que te ame, a tu auténtica compañera, y sé todo lo feliz que te mereces”*

Corrió por los pasillos hasta la habitación de Desiree. La encontró metiendo su ropa en una maleta, con la cara surcada por las lágrimas. No hicieron falta palabras, en cuanto le vio cerrar la puerta a sus espaldas se abalanzó sobre sus brazos, llorando desconsolada.

—Shh... tranquila, cariño, has hecho lo

correcto.

—Me siento tan mal por él... pero no podía vivir una mentira. No podía casarme con el hombre equivocado.

—Mírame. —Ella obedeció—. Si no hubieras detenido la boda, lo habría hecho yo. No iba a consentir que te casaras con otro hombre, Dess. Te quiero demasiado para poder vivir con ello.

Unió sus labios a los de su compañera, y la pasión se desbordó. Apartó la maleta de la cama sin mucho cuidado y se tumbó con ella, acariciándola, sin apartar su boca de la de la joven. Sus manos recorrieron su cuerpo por encima de la ropa, haciéndola estremecer. Ella enredaba los dedos en su pelo, atrayéndole más cerca, saboreando su lengua, disfrutando de sus caricias.

—Tenemos que parar —susurró él—. Vendrán a ver cómo estás en cualquier momento.

—Mi madre ya ha estado aquí. No está muy contenta con mi decisión de irme de la mansión.

—Es que no vas a marcharte a ninguna parte. Si Aaron no soporta verte, que se vaya él. Tú no has hecho nada malo.

—Te odiará, Tony.

—Ya lo hace, corazón, me echa la culpa de tu decisión, pero no me importa en absoluto. Que intente vengarse si se atreve. Te quiero, Dess, y eso es lo único que importa.

Leslie permanecía quitando los lazos y las flores del salón. Todo se había ido al traste, pero se alegraba de que su hermana hubiese admitido

por fin que estaba enamorada de Tony. Sintió las manos de Julian en la cintura, y sus labios en el cuello, y sonrió.

—Deberías estar con Aaron —dijo ella.

—Estoy mejor aquí. Tu primo se ocupa muy bien de él. ¿Tú estás bien?

—Sí —contestó con un suspiro—. Me da pena todo el trabajo que he realizado para nada, no voy a mentir, pero me alegro por mi hermana. No le amaba, y creo que es mejor que se diera cuenta antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Sabes? Podrías aprovechar todas estas cosas.

—¿Cómo? No creo que Gaby profundice en su relación con Danny hasta que todo el asunto del traidor quede resuelto.

—No me refería a ellos —susurró—, sino



a nosotros.

—¿Qué? ¡Si acabamos de conocernos!

—No necesité más de un segundo para saber que eras mi compañera. No hay marcha atrás, cariño. Estás destinada a casarte conmigo.

—Necesito más tiempo, Julian. Eses el alfa, y es algo que hay que tener en cuenta.

—¿Y qué tiene que ver que sea el alfa con lo nuestro?

—Te pones en peligro a diario... no sé si podría lidiar con eso.

Julian se separó de ella lentamente, y se sentó en uno de los bancos.

—Less, no puedo evitar ser lo que soy, igual que tu padre no puede hacerlo. Soy un licántropo, y mi obligación es deshacerme de los vampiros. Como alfa tengo que estar lo más a

salvo posible, pero eso no quita que salga al ataque cuando un vampiro se pone en mi camino.

—Lo sé, es solo que no estoy acostumbrada a ver en peligro a las personas que me importa. Mi padre siempre ha sido hombre de diálogo, nunca de acción. No he crecido viendo cómo mi padre llegaba lleno de sangre de madrugada, como hace Gabriel. Mi primo es un guerrero, igual que tú. No sé si sería capaz de soportar despertarme una noche para descubrir que te he perdido.

—Ey, cielo... No vas a perderme. No vas a librarte de mí tan pronto, ¿me oyes? Si necesitas tiempo para acostumbrarte te lo daré, pero no pienses ni por un momento que voy a dejarte escapar. Eres mi mujer, mi compañera, y no hay nada que pueda cambiar eso.

Leslie se sentó sobre sus piernas y hundió la cabeza en su hombro.

—¿Crees que Aaron estará bien? —preguntó.

—Es un tío listo, creo que sobrevivirá.

Les separó un estruendo en el recibidor.

—Aaron... Vamos, muchacho, no tienes que irte —decía su padre.

—No puedo seguir viviendo bajo su mismo techo, Duncan. No soportaré verla con ese desgraciado.

—Pero esta también es tu casa...

—Lo siento, Duncan. No dejaré de trabajar para usted, pero voy a buscarme un apartamento.

—¿Y dónde piensas quedarte hasta entonces, hombre? —preguntó Gaby.

—Me iré a un hotel, señor. No formo

parte del equipo de defensa, así que no es necesario que permanezca aquí ni un minuto más.

—Eres de la familia, Aaron —dijo Stephanie—. No quiero que te vayas así.

—De verdad, lo siento mucho, pero no puedo quedarme. Nos veremos mañana en la oficina, Duncan.

Leslie observó cómo Aaron salía de la mansión. Le daba tanta pena... era un gran hombre, no se merecía estar pasándolo mal, pero su hermana tenía derecho a ser feliz. Julian la abrazó por la cintura y apoyó su barbilla en su hombro.

—Tu hermana ha hecho lo correcto —dijo.

—Lo sé, pero eso no significa que él se lo merezca.

—Anda, vamos a recoger todo esto. Necesitas distraerte un poco.

Danny observaba a Dess acurrucada en los brazos de Tony. Sabía muy bien lo que ella sentía, y sabía que había hecho lo correcto. Estaban todos en el salón, tomando café y un trozo de la tarta nupcial. Leslie entró en la habitación seguida de Julian, y se sirvió un trozo de pastel.

—Me parece una hipocresía, pero no podemos desperdiciarla —dijo.

—¿Dónde está mi hermano? —preguntó Julian.

—Se ha marchado a descansar un rato —contestó Danny—. Todo este asunto le ha recordado a su esposa, me temo.

—Ya está —dijo Gabriel entrando por la

puerta—. Todo está arreglado. He pagado la habitación de Aaron hasta que encuentre un apartamento, es lo mínimo que podíamos hacer.

—No tenía que irse —protestó Dess—. No quería hacerle daño.

—Lo sé, preciosa, pero no puedes evitar que le duela —dijo Gaby—. Necesita tiempo para recuperarse.

—Nosotros debemos marcharnos mañana —añadió Nahuel—. Ya no podemos hacer nada más aquí, y mi mujer y mi hijo me esperan.

Gaby asintió, y se sentó junto a Danny.

—Deberías subir a descansar un poco, Dess —dijo—. Han sido demasiadas emociones para una sola tarde.

Observó a su prima y a su amigo alejarse por el pasillo, y abrazó a su chica con fuerza.

—Creo que mi hermano y yo también

debemos volver a casa —añadió Julian—. Espero que se recupere más rápidamente si está con su hija.

—¿Qué? —preguntó Leslie apartándose de él— ¿Por qué?

—Mis hombres me necesitan, amor, y necesitas echarme de menos para pensar en lo que hemos hablado.

Leslie se levantó de un salto y salió de la habitación echando humo.

—Iré a hablar con ella —dijo Julian.

Dess estaba nerviosa. Anthony la había llevado a su habitación, y estaba preparando la bañera para que se diera un buen baño caliente antes de irse a dormir. Ella no quería dormir, sino hacer el amor con él. No entendía por qué ahora Tony se mostraba tan precavido, tan

cuidadoso con ella. No era una muñeca que se pudiera romper, era una mujer que deseaba a su hombre. Entró en el cuarto de baño y le abrazó por la espalda, subiendo lentamente sus manos desde su estómago hasta su pecho. Él sonrió y puso una de sus manos sobre las suyas, mientras con la otra vertía un poco de jabón en el agua.

—Hola —susurró el muchacho.

—Vengo a ver qué te queda.

—Ya casi está.

—¿Vas a acompañarme?

Anthony se volvió hacia ella y la cogió de la cintura.

—Tenía pensado dejarte un poco de intimidad, pero si quieres que lo haga...

—Te necesito, necesito estar contigo.

No hubo más palabras. Anthony unió su



boca a la de su chica mientras se deshacía poco a poco de los botones de su camisa. Dejó al descubierto su sujetador de encaje, y acarició sus pechos lentamente por encima de la tela. Ella gimió, arrasada por un calor indescriptible, delicioso, y pegó sus caderas a las del hombre, notando el bulto de su erección. Anthony desabrochó los vaqueros de Desiree y los bajó hasta los tobillos.

—Eres preciosa, cariño. Absolutamente irresistible.

La desnudó lentamente, y tras desvestirse él también, se metió en la bañera con ella entre sus piernas. Se dedicó a lavarle el pelo despacio, a enjabonarla, a mimarla como ella se merecía. Dess se sentía flotar entre sus brazos, sus caricias la hicieron sentirse amada, protegida, y cuando Tony enterró la mano en el agua para

acariciarle el sexo, creyó que moriría. Sus gemidos inundaron el aire, su boca atrapó la de él para saborearlo, para sentirle más cerca, y cuando su espalda estaba a punto de llegar al orgasmo, Anthony la colocó a horcajadas sobre sus piernas y la penetró lentamente.

Dess jamás se había sentido tan plena. Había hecho el amor con Aaron en un par de ocasiones, pero nada se podía comparar al placer de sentir a Anthony entrar en su cuerpo. Comenzó a mecerse despacio, arriba y abajo, agarrándose a los hombros del muchacho. Los labios de su amante atraparon uno de sus pezones y la hicieron enloquecer con sus caricias, y el miembro caliente entraba y salía de su cuerpo haciéndola gemir. Cuando el orgasmo la asaltó, dejó caer la cabeza en el hombro de Anthony, que la siguió tras un par de embestidas

más.

Cuando la tormenta amainó, Tony la levantó de la bañera y le tendió una toalla.

—Vamos, mi amor, es hora de irse a la cama.

Se secaron y se acurrucaron entre las sábanas, uno en brazos del otro.

—¿Estás bien? —preguntó él.

—No he estado mejor en mi vida.

—No te arrepientes, ¿verdad?

—¡Claro que no! —Dess se sentó en la cama—. Tony, estoy enamorada de ti, y que me casara con Aaron no iba a cambiar ese hecho. Habríamos sido desgraciados los tres, y no podía permitirlo. No voy a arrepentirme nunca de la decisión que tomé, es la mejor que he tomado en mi vida.

Anthony miró a su mujer con los ojos

lentos de ternura, y atrapó su cara entre las manos para besarla de nuevo. No podía cansarse de su sabor, era adictivo. Desiree se tumbó sobre su pecho, y poco a poco se quedó dormida.

Él sonrió mirando al techo. Por fin la vida le sonreía, por fin comenzaba a ser feliz.

## Capítulo 20

Leslie entró en su habitación dando un portazo. ¿Qué demonios se creía Julian? Le había pedido que se casara con él... ¿y ahora la abandonaba? Estrelló el cojín de su cama contra la puerta y se sentó en el sofá. Si en ese mismo instante le tuviera delante, le haría pagar por lo que le había hecho.

Se escucharon unos golpes en la puerta, pero ella no contestó.

—Less, abre la puerta —dijo Julian—. Tenemos que hablar.

—Márchate. No me apetece hablar contigo.

—Vamos, nena... abre la puerta.

—¡Que te largues! ¡Y no vuelvas a llamarme nena!

Leslie miró asombrada cómo el pestillo de la puerta saltaba en mil pedazos, y la madera se estampaba en la pared. Julian entró en la habitación y cerró lo poco que quedaba de la puerta, algo inútil, pues le faltaba un buen pedazo de madera en la parte de abajo.

—¿Se puede saber por qué me has dejado sin puerta? —preguntó ella.

—Vas a escucharme aunque sea lo último que hagas, Less. No voy a permitir que te enfades conmigo por irme a mi casa, cuando has sido tú quien me ha rechazado.

—¡Yo no te he rechazado!

—Lo has hecho.

—Solo he dicho que es demasiado pronto,

Julian.

—Es una forma de decir que no.

—¡Mira que eres cabezota! ¡Quiero casarme contigo, pero no ahora!

—¿Y por qué esperar? Eres mi mujer, te has acostado conmigo, no hay marcha atrás.

—Necesito algo de tiempo, Julian. Necesito hacerme a la idea de haberme emparejado con un guerrero.

—¡Less, vamos! Deja las excusas para quien se las crea. ¿Crees que yo no estoy tan asustado como tú? ¿Crees que a mí no me da miedo todo esto?

—¿Y si sale mal?

—No puede salir mal, Less. Estamos predestinados, y lo más seguro es que discutamos mil veces, sino más, porque los dos somos de carácter fuerte, pero eso no significa que vaya a salir mal.

Se acercó a ella y se puso de rodillas cogiéndole las manos entre las suyas.

—No pienso dejarte por muy difíciles que se pongan las cosas, cariño. Me perdería las reconciliaciones, que son lo mejor de la relación.

Leslie no pudo evitar sonreír. Julian era un hombre encantador, divertido, y ella estaba perdidamente enamorada de él.

—Pídemelo como es debido —ordenó.

Julian rió a carcajadas ante la audacia de su mujer, pero sacó de su mano el sello de oro de su linaje y se lo ofreció.

—Leslie bruce, ¿querrías concederme el honor de convertirte en mi esposa?

Ella asintió con una sonrisa e introdujo el dedo en el anillo, que le quedaba enorme.

—Lo sustituiré por otro de tu talla, amor, te lo prometo.



Gabriel entró en ese momento a su propia habitación. Estaba muy cansado, pero todo lo acontecido ese día le había dado mucho en lo que pensar. Estaba enamorado de Danielle, de eso no tenía ninguna duda, pero se había mantenido alejado de ella para poder concentrarse en la caza del asesino. No se había parado a pensar en cómo se sentiría ella, y ahora se arrepentía de haber tomado esa decisión.

La encontró sentada en el alféizar de la ventana, cepillándose el pelo mirando a la luna. En ese momento le pareció un ángel, su ángel, y se acercó despacio a ella para depositar un suave beso en su nuca.

—¿Todo bien? —preguntó ella.

—Por fin he terminado de arreglar todo este desastre. No he conseguido que nos

devuelvan el dinero, pero al menos ya todo está en orden.

—Vamos a la cama, Gaby. Debes estar muy cansado.

—Espera... siéntate conmigo, tenemos que hablar.

—Me estás asustando —dijo ella mirándole de reojo.

—Para nada, no es nada malo. Ven aquí.

Gabriel la levantó despacio y la llevó con él hacia la cama, donde se tumbó con la espalda apoyada en el cabecero, y la atrajo hacia su pecho.

—Quiero pedirte disculpas por haber estado tan distante estos últimos días —reconoció.

—No tienes que pedirme perdón, Gaby. Sé que has estado muy ocupado intentando

atrapar al asesino.

—No ha sido porque esté ocupado, he querido poner un poco de distancia entre nosotros hasta que terminemos con todo este asunto.

—No tengo nada que perdonarte entonces. Lo has hecho por nuestro bien.

—No... Te quiero, Danny, y no soportaría perderte. Creí que si me centraba en lo nuestro, terminaría por cometer un error y ese desgraciado podría atraparte por mi culpa. Pero me he dado cuenta de que el amor no te distrae, sino que te hace más fuerte.

Gabriel se volvió hacia ella. Estaban a solo un par de centímetros de distancia, con las miradas conectadas.

—Quiero hacer el amor contigo, cariño — prosiguió—. Quiero no tener que preocuparme

por otra cosa que no sea hacerte feliz. Necesito que seas feliz, porque solo así podré serlo yo también.

Unió su boca a la de Danielle, que tenía los ojos anegados en lágrimas. Gabriel la quería, su hombre estaba enamorado de ella, y no podía sentirse más dichosa. Pegó su cuerpo al de Gaby, y ahondó el beso, hundiendo la lengua en su boca y recorriendo cada rincón, cada escondite. Gabriel gemía, y esos gemidos se le clavaban en el alma, porque sabía que eran sinceros.

Gabriel apretó a Danny contra su pecho, y la pasión se desató. Se deshizo de la ropa de su chica, dejándola en braguitas, y acarició sus piernas suaves, antes de meterse un enhiesto pezón en la boca y succionarlo despacio, arrancándole un gemido. Recorrió cada

centímetro de su piel con besos lánguidos, y cuando posó su boca sobre el encaje de su ropa interior, Danny se estremeció.

Apartó la tela y se dio un festín con su carne húmeda, lamiendo, succionando su clítoris con delicadeza, deleitándose con su sabor, con los gemidos que escapaban de su boca. Danielle se retorció entre sus brazos, arrastrada por la vorágine de pasión que la alzaba hasta el Nirvana, y cuando el orgasmo la asaltó, enterró los dedos en el cabello de su hombre, quedando laxa entre las sábanas de seda.

Gabriel se situó sobre su cuerpo, y hundió su lengua en la boca de Danielle a la vez que enterraba su miembro en su interior. Tuvo que cerrar los ojos ante el placer que estaba sintiendo, y comenzó a moverse lentamente, con embestidas lentas, saboreando el roce de las

paredes vaginales sobre su carne, de las manos de su mujer apretadas en su espalda, del sabor de sus dulces besos. Sus caderas se movían cada vez más deprisa, el corazón le latía desbocado, y su sangre ardía con cada estocada. Estaba tan cerca del orgasmo... Pero no quería llegar solo, así que enterró la mano entre sus cuerpos y acarició el pequeño botón de Danny, que se convulsionó entre sus brazos arrastrándole a su propia culminación.

La bestia daba vueltas en su escondite. Se sentía enjaulado, traicionado... humillado. El maldito rey de los weretigers estaba ganando terreno, y por desgracia había perdido el As que tenía escondido bajo la manga. Ahora tendría que idear un nuevo plan para sacarle de su guarida, una trampa mortal de la que no pudiera

escapar con vida.

La humana era demasiado inteligente. No salía de la seguridad de la mansión a no ser que el rey fuera con ella, así que no tenía posibilidad de utilizarla para su maquiavélico plan. Pero había mucha más gente que le importaba, sería muy fácil atrapar a alguna de sus adoradas primas y hacerle pagar todo lo que él estaba sufriendo... Sonrió pensando en su próximo movimiento, ese que el cambiante sería incapaz de prever.

Gabriel estaba en la puerta de la mansión esperando a su hermano y a sus primos. Volvían a Escocia, y la verdad es que se sentía un poco nervioso de pensar en tener que lidiar con la congregación sin ellos cerca. Confiaba en su equipo, pero siempre había contado con el apoyo

del gran albino, a quien todos temían, y esperaba poder lidiar con ellos una vez desapareciese ese temor. El primero en bajar fue su hermano, que le envolvió en un caluroso abrazo.

—Espero que nos veamos pronto en tu boda, Gaby —susurró.

—Yo también. Pero antes tengo que terminar con la amenaza, de lo contrario no seré capaz de hacerla feliz.

—Ya lo haces, Gaby. Esa mujer está loca por ti, así que no esperes demasiado. El asesino es escurridizo, y tienes toda la vida para atraparlo.

—No me gusta que te vayas, hermano —confesó Gaby—. No sé si seré capaz de lidiar con esto yo solo.

—Es por eso que me voy. Si sigo aquí nunca cogerás las riendas del todo. Estás



acostumbrado a tenerme cerca, y debes aprender a desenvolverte por ti mismo.

—Lo sé... Dale un beso enorme a Leah y a mi ahijado de mi parte. Espero poder ir a visitaros pronto. ¿Estás seguro de que no quieres que os acompañe al aeropuerto?

—Podemos coger un taxi, Gaby, y tú haces falta aquí.

Tras despedirse de sus primos, vio cómo se alejaba el taxi calle abajo. No podía evitar sentir una opresión en el pecho. Necesitaba a su familia, llevaba cien años viviendo con ellos y el cambio se le estaba haciendo muy difícil. Sintió un beso en la espalda. Danielle le abrazó por la cintura y apoyó su cabeza en su hombro.

—¿Estás bien? —susurró.

—Voy a echarles muchísimo de menos.

—Yo también, pero tu hermano tiene que

irse. Tiene una congregación que gobernar.

—Lo sé, pero eso no hace que sea menos doloroso.

—¿Por qué no vamos a dar un paseo por la ciudad? Necesitas despejarte.

—No es buena idea, cielo. Ese loco está suelto en alguna parte y no podría protegerte si estamos solos.

—Tienes razón. —La muchacha se quedó pensativa—. Muy bien, sígueme. Vamos a distraernos un rato.

Le cogió de la mano y le arrastró hasta la cocina, donde Mara les miró como si hubiese visto entrar a un fantasma.

—¿Ocurre algo, señor? —preguntó la mujer.

—Vamos a hacer un pastel, Mara —contestó Danny—. ¿Dónde podemos ponernos

para no molestarla?

—Yo acabo de terminar aquí, Danny. La cocina es vuestra hasta las siete.

Gabriel vio divertido salir a Mara de la cocina, y se sentó en un taburete a observar a su mujer.

—Ni hablar, Gaby, no vas a estar de brazos cruzados. Ven aquí.

—No sé ni freír un huevo, cariño. No voy a serte de mucha ayuda.

A pesar de sus protestas, Gaby se acercó a ella y dejó que le pusiera un delantal de color negro. Danny abrazó su cintura para hacerle un lazo en la espalda, restregando sin mucho disimulo sus pechos por su cuerpo.

—Estás jugando con fuego, pequeña — susurró.

—No sé de qué me hablas.

Se separó con una carcajada cuando él intentó atraparla, y entró en la despensa para coger los ingredientes que necesitaban. Pasaron un rato muy agradable intentando preparar el bizcocho. Mientras ella medía los ingredientes, él se dedicaba a amasarlos con una batidora. Le encantó oír su risa cuando coló por accidente uno de los huevos en el bolsillo de su delantal, pero lo que más le gustó fue lamerle el chocolate que quedó olvidado en la comisura de sus labios cuando lo probó para ver si estaba bien de azúcar.

Salían de la cocina riendo, embadurnados de harina, cuando Anthony entraba en la mansión con cara de preocupación.

—¿Qué ocurre, Tony? —preguntó el rey, sobresaltándole.

—Otra muerte con mensaje —dijo

entregándole las fotos.

En las imágenes podía verse a una mujer cubierta de sangre, con el inconfundible zarpazo en el costado, y un claro mensaje para él.

*Entrégame a la humana, o de lo contrario la próxima mujer en morir será de tu propia sangre.*

El rugido de alarma que escapó de su boca trajo de inmediato a su equipo de defensa, seguido por su tío Duncan.

—¿Dónde están Leslie y Dess? — preguntó.

—Leslie está con Julian —contestó Stephanie—. Ha ido a conocer a su manada.

—Desiree debe estar en la oficina — contestó Anthony—. Yo mismo la llevé allí esta mañana.

—Voy a ver a Julian —dijo Gabriel—.

Anthony, ve a recoger a Dess y tráela a casa, está en peligro. Abel, cuida de Danny. Ese hijo de puta está traspasando la línea.

Se montó en su Harley, su última adquisición, y se dirigió a toda máquina a Central Park. Entró en la casa de los licántropos a toda prisa, y respiró aliviado al ver a Leslie jugando a las muñecas con la hija de Mathew en el salón.

—¡Gracias a Dios! —suspiró Gaby abrazándola.

—Yo también me alegro de verte —rió Less—, pero todos sabían dónde estaba.

—¿Y Julian? Tengo que hablar con él.

—Estaba en el despacho hablando con Mathew.

—Less, no salgas de aquí. Pase lo que pase no cruces esa puerta sola.

—¿Qué ocurre, Gaby? Me estas asustando.

—El asesino va a por vosotras.

El estruendo de cristales rotos a sus espaldas le sobresaltó. Julian estaba de pie en el quicio de la puerta, con la mano cubierta de sangre por haber apretado el vaso con demasiada fuerza.

—¿Cómo has dicho? —tronó su amigo.

—El asesino ha vuelto a atacar a otra humana. Esta vez ha dejado un mensaje.

Gaby le entregó la foto a Julian. El licántropo estaba en tensión, la aorta latía en su garganta, y la furia reflejada en sus ojos podría hacer estremecer a cualquiera que no le conociera.

—Le mataré —dijo con los dientes apretados—. Juro por Dios que le mataré.

—Cálmate, Juls. Leslie está a salvo. Tenemos que llevarla a la mansión, allí estará segura.

—Yo la mantendré a salvo.

—¡Escúchame, hombre! Ese desgraciado está en complot con los vampiros, ¿Quieres poner en peligro a tu gente? Danny y Dess también están en peligro, podremos protegerlas mejor si están las tres juntas.

—Tienes razón, iremos a la mansión.

—Creo que lo mejor sería llevarnos a Sarah con nosotros —añadió Gaby—. No quiero que la utilice para llegar hasta ti.

Julian asintió y fue a buscar a su hermano. Salieron del parque rodeando a la joven, que iba aterrada, con la niña en brazos y pegada al costado de su novio. Cuando por fin estuvieron a salvo dentro del coche, pusieron



rumbo a la mansión, con Gaby tras ellos en su moto. Al llegar a la casa, a Gaby le dio un vuelco el corazón. Encontró a su tía sentada en el sillón, llorando desconsolada en brazos de Danielle. Su tío se paseaba de un lado a otro, visiblemente preocupado.

En cuanto vieron a su hija ambos progenitores se lanzaron a abrazarla, pero una mirada de su tío le bastó para corroborar lo que ya sabía: el asesino tenía a Desiree.

## Capítulo 21

Gabriel estaba en shock. Que el hijo de puta se hubiese atrevido a tocar a su prima...

—¿Dónde está Anthony? —preguntó.

—Ha salido a buscarlo —contestó Duncan—. He intentado detenerle, pero no he podido.

—Abel ha ido tras él —añadió Danny.

—Ahora vuelvo. No os mováis de aquí.

Gabriel se adentró en el cementerio. Era la única pista que tenían, y sabía que su amigo comenzaría a buscar por allí. Registró el mausoleo, cada rincón, cada recoveco, pero no encontró ni rastro de Anthony. Cuando iba a salir de allí, vio por el rabillo del ojo un trozo de

tela atrapado bajo la pared del fondo. Se agachó con cuidado, intentó sacarlo, pero estaba bien atrapado. Marcó el número de Abel, quien respondió al instante.

—¿Le has encontrado? —preguntó el monarca.

—Qué va, he buscado por todas partes. ¿Tú tienes algo?

—Puede que sí, estoy en el mausoleo. Ven para acá.

Después de un par de tirones más, escuchó rasgarse la tela, y un trozo quedó entre sus dedos. Escuchó un gemido al otro lado... el gemido de una mujer.

—¡Joder! ¿Me escuchas? —No obtuvo respuesta—. Vamos, pequeña... dime que estás bien.

No obtuvo respuesta. Comenzó a golpear

la pared, intentando moverla, intentando encontrar algún mecanismo que pudiese accionar para abrir el escondite. Sus manos sangraban, tenía las rodillas en carne viva, pero no consiguió mover ni un ápice la piedra.

Abel llegó en ese momento, y al ver a su rey peleándose con la pared, intentó detenerlo.

—¡Hay una mujer ahí detrás! —gritó Gaby— ¡Tenemos que sacarla!

—¡Cálmate, Gaby! ¡Así no vas a conseguir nada!

Abel buscó algo con lo que poder golpear la pared, pero no había nada a mano que pudiesen utilizar. Al fondo de la habitación encontró una pala, e intentó hacer palanca con ella bajo el muro, que se movió lo justo para que ellos pudiesen comenzar a empujar. Diez eternos minutos después, Gaby tenía entre sus

brazos a una mujer herida. Había pedido bastante sangre debido al zarpazo, pero por fortuna no había signos de violación, y su pulso latía aún con fuerza.

—Está viva —susurró—. Voy a llevarla al hospital. Sigue buscando a Anthony y a Desiree.

—De acuerdo, te llamaré si tengo noticias.

Gabriel tumbó a la mujer en el asiento trasero de su coche y puso el vehículo a toda velocidad. Cada minuto que pasaba era crucial para salvarla, cada gota de sangre que escapaba de su cuerpo por la herida la alejaba más del mundo de los vivos.

En cuanto abrió la puerta del coche en la entrada de urgencias, un equipo médico se acercó con una camilla para llevarse a la desconocida. Gaby llamó al FBI, que se

encargaba del caso desde que Ithuriel se marchó, y puso en su conocimiento las nuevas noticias. Permaneció sentado junto a la cama de la joven hasta que el inspector de policía se personó en el hospital.

Cuando volvió a casa, se encontró con que Abel aún no había regresado. Quería ir a buscarle, pero también quería encontrar a ese desgraciado y hacerle pagar por todo el daño que había hecho. Sin tan siquiera pensarlo, se puso en camino al mausoleo. La cripta seguía abierta, el asesino no había regresado. Cuando encontraron a la mujer no se detuvo a inspeccionar el lugar, pero ahora que la chica estaba a salvo, pensó que quizás encontraría alguna pista que les llevase a descubrir la identidad del asesino.

Sintió náuseas al encender la luz de la

linterna. En el centro de la sala había una cama de hospital completamente cubierta de sangre. El cuero de las correas, que posiblemente servían para atar a sus víctimas de pies y manos, estaba desgastado, posiblemente por la fuerza con la que esas pobres mujeres intentaron soltarse. A la izquierda, encontró una pared repleta de fotos suyas y de su gente, con pequeñas anotaciones al pie. Era increíble, ese desgraciado le había tenido vigilado a cada instante... Fotos con Danny, con su hermano, riendo con Julian, entrenando, besando a su chica... parecía que el asesino estaba obsesionado con él. No era a Danny a quien quería... sino a él.

Un escalofrío le recorrió la espalda al darse cuenta de que había puesto en peligro a toda su familia. Todas las mujeres que habían

perdido la vida en manos de ese desgraciado, habían muerto por su culpa. Sintió un movimiento a su espalda. Un fuerte golpe en la cabeza le desestabilizó, y después... todo se volvió negro.

Se despertó en una especie de garaje. Estaba desorientado, sentía la sangre correr por su frente, y cuando intentó levantarse se dio cuenta de que tenía las manos atadas a la espalda, unidas a una columna. Miró a su alrededor, pero lo único que atinó a ver fue varias plaza de garaje vacías. El lugar le era conocido, pero no lograba ubicarlo. Gimió ante una oleada de náuseas, pero logró controlarse respirando hondo.

—¿Gaby? Gaby, ¿eres tú?

Jamás una voz le había sonado más celestial que la de Desiree en ese mismo



momento. Su prima estaba viva, gracias a Dios.

—¿Dess? ¿Dónde estás? No consigo verte.

—Estoy detrás de ti, atada en la siguiente columna.

—¿Le has visto la cara, Dess? ¿Sabes quién es?

—No, sentí un golpe en la cabeza, y cuando me desperté estaba aquí. Dios, siento la piel de los muslos congelada. Llevo aquí sentada más de cinco horas.

—Nos encontrarán, Dess. Te lo prometo.

Gabriel se retorció para alcanzar su teléfono, que estaban en el bolsillo de sus vaqueros cuando le atacaron, pero descubrió que el muy canalla se lo había quitado.

—¡Joder! —gritó.

—También se ha llevado el mío —

contestó su prima adivinando sus pensamientos.

—¿Te ha hecho algo, Dess? ¿Te ha tocado?

—No, estoy bien. Aún no me ha hecho nada.

—No voy a permitir que te haga daño, ¿me oyes?

—No puedes transformarte. Si lo intentas en esa postura te romperás las patas delanteras. Por eso te ha atado de esta manera.

—Si me convierto en pantera me las partiré —dijo empezando su transformación—, pero parece que no sabe que puedo convertirme solo a medias.

Los huesos de Gabriel comenzaron a mutar, haciendo que las cadenas estallasen en sus muñecas. Se puso de pie convertido en weretiger, y casi tuvo que agachar la cabeza

para no darse de bruces contra el techo. Se volvió para ver a su prima sentada en el suelo a pocos metros de él, con el pelo revuelto, la camisa medio abierta y las medias rotas. Se acercó a ella, que estaba con la boca abierta al verle a medio transformar, y rompió las cadenas que la mantenían cautiva.

—Vamos, salgamos de aquí.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó ella corriendo tras él.

—¿Acaso nadie aquí sabe que podemos controlar el grado de transformación?

—Es evidente que no... Jamás he visto a mi padre hacer algo semejante.

—Por suerte para nosotros el asesino tampoco lo sabe.

Introdujo las zarpas por debajo de la puerta del garaje y la levantó hasta arriba, para

encontrarse de bruces con la cara del asesino. Gabriel no habría estado más sorprendido en la vida. Aaron, el tío enclenque, debilucho y pacífico, era en realidad el salvaje que había matado a más de una veintena de mujeres para vengarse de él.

—¡Te mataré! —gritó Gabriel abalanzándose contra él.

Aaron reaccionó al momento convirtiéndose en weretiger. Ahora entendía Gaby muchas cosas. El tigre era escurridizo, lo suficiente para esquivarle, pero no lo bastante inteligente. Gabriel se convirtió por completo, y la pantera de dos metros acechó al tigre dando vueltas a su alrededor. Aaron era muy valiente con las humanas, pero no lo bastante para enfrentarse a su rey.

—¿Cómo has escapado? —preguntó

sorprendido el traidor.

—¿Por qué? —rugió Gabriel.

—¡Porque el trono me pertenece!

Duncan destronó a mi padre solo por ser un albino... ¡Yo merecía reinar, no tú!

—¡Duncan creó la congregación! ¡No ha destronado a nadie!

—¡Mi padre la creó, maldita sea!

¡Duncan solo se puso al mando!

Las piezas del rompecabezas comenzaban a encajar.

—¿Eres el hijo de McDougal?

—McDougal se acostó con la puta de mi madre, pero ella no quiso saber nada de él cuando descubrió lo que era. Tampoco quiso saber nada de mí, y me dejó tirado en un contenedor.

Ahora entendía el patrón de sus

víctimas... Se parecían a su madre.

—Los Farrow me recogieron, e hicieron de mí un hombre. Pero mi naturaleza era indomable, así que me dedicaba a corretear por Central Park. McDougal me encontró, y en cuanto vio mis ojos supo que era hijo suyo, pues él y yo éramos los únicos con esta mutación genética.

—Los ojos amarillos —susurró Gaby.

—Cuando Duncan se quedó con el trono me sentí furioso, y urdí un plan para vengarme.

—¡Esas mujeres no tenían la culpa de nada!

—La primera murió por error... pero descubrí que disfrutaba viéndolas así, muertas de miedo y cubiertas de sangre. La muerte de esas mujeres fue solo... Un hobby.

—¡Hijo de puta! ¡Te despellejaré por lo

que has hecho! ¿Quieres la corona? ¡Pues lucha por ella!

Gabriel se abalanzó sobre él, pero Aaron fue más rápido y se situó tras Desiree, agarrándola del cuello con sus enormes zarpas.

—No soy fuerte, Bruce, pero sí soy mucho más rápido que tú. Da un solo paso más y la mataré.

—¿No la amabas tanto? ¡Eres un puto cobarde!

—¿Amarla? —Aarón rió a carcajadas—. ¡Solo la quería para heredar la puta corona! Estaba a punto de sustituir a Duncan... ¡Pero tuviste que llegar para estropearlo todo!

Gabriel tenía la mirada fija en su prima. ¡Corre!, gritaba su subconsciente. Pero la defensa personal que habían aprendido no les serviría de nada con un tigre de metro y medio.

Desiree apartó la cintura, y le asestó un puñetazo en los genitales al cambiante, que aulló de dolor, pero lo único que consiguió fue que la sostuviera con más fuerza.

—¡Maldita hija de puta! ¿Acaso quieres que te mate?

—Suéltala, Aaron. Esto es entre tú y yo.

—¿Soltarla? ¿Crees que no sé que me destrozarás en cuanto lo haga? Ella es mi seguro de vida, majestad —dijo con sorna—. Ella se viene conmigo.

Los ojos del felino se abrieron como platos, y el cuerpo inerte de Aaron cayó a los pies de Anthony, que empuñaba su *Sgian Dubh*, la que Gabriel había regalado a cada uno de los miembros del equipo de defensa, cubierto de sangre. Desiree se refugió en los brazos de su chico, que la apretó con fuerza entre sus



brazos, respirando aliviado por primera vez en todo el día.

—¿Estáis bien? —preguntó Gabriel.

—Ahora sí —contestó Anthony.

—Vámonos a casa.

Gabriel cargó con el cuerpo inerte de Aaron hasta la mansión, y lo dejó caer a los pies de su tío.

—Aquí tienes al traidor, Duncan. Él era el asesino.

Su tío le miró con los ojos desencajados, temblando al darse cuenta de que había estado confiándole todos sus secretos al mismísimo demonio. Los ataques de los vampiros, las mujeres muertas... Todo era culpa de su mala cabeza, por haber confiado en quien no se lo merecía. Se dejó caer en la silla, derrotado, y miró a su sobrino con culpa... y pena.

—Todo esto es culpa mía —susurró—. Debí haberme dado cuenta, debí haber prestado más atención.

—No es culpa tuya, papá —dijo Desiree—. Tú no podías saberlo.

—Es cierto, Duncan —corroboró Gabriel—. Ni yo mismo fui capaz de darme cuenta de la clase de persona que era. Supo engañarnos a todos... por eso resultó tan escurridizo. Gracias a Dios encontré su escondite. De no ser así quizás ahora estaríamos lamentando otra muerte.

Danielle escuchó la voz de Gabriel y corrió escaleras abajo para abrazarle, pero se paró en seco al ver el cuerpo sin vida de Aaron a sus pies.

—Él era el asesino —aclaró su hombre abriendo los brazos—. Todo ha terminado.

## Epílogo

Danielle paseaba por los hermosos jardines del castillo de los Bruce en Escocia. Su cuñada Leah paseaba a su lado, sujetándose la enorme barriga y viendo con una sonrisa cómo su pequeño lince daba brincos delante de las dos mujeres. Se tocó su propio vientre, en el que llevaba dos meses descansando su bebé. Hacía ya seis meses que todo había terminado, seis meses de dicha absoluta al lado de su compañero. Hacía apenas dos semanas que se habían casado en una sencilla ceremonia a la que asistieron los miembros de la congregación, Julian y Mathew.

Desiree seguía viviendo en la mansión, pero ahora que estaba comprometida con

Anthony no dormía ni una sola noche en su propia cama. Después de la muerte de Aaron, Anthony no tardó en pedirle que se casara con él, y pronto se celebraría la ceremonia en el jardín de la casa.

Leslie continuaba llevando de cabeza a Julian, que disfrutaba enormemente persiguiéndola a todas horas. Ahora que Less era su mujer, vivían en la casa de los licántropos, pero todos decían que ahora el alfa era la pequeña humana que había robado el corazón de su jefe.

—¿En qué piensas? —preguntó Leah.

—En lo felices que son todos ahora. Dess y Leslie están enamoradas, viven su propio cuento de hadas, y me alegro por ellas.

—¿Acaso tú no lo estás viviendo?

—Yo llevo inmersa en él desde el mismo

día en el que Gabriel entró en mi celda del sanatorio y me rescató de mí misma.

—Insisto en organizaros una boda por todo lo alto aquí, en Escocia.

—En serio, Leah... no necesito nada de eso. —Le enseñó su sencilla alianza de oro—. Esto es todo lo que necesito para saber que Gabriel me pertenece.

—Me alegro. Pero ya sabes, si tienes alguna duda solo tienes que preguntarme. Estos hombres nuestros pueden ser muy autoritarios a veces, lo llevan en la sangre, pero con un poco de entrenamiento podrás controlar a Gaby.

—¿Controlarme? —preguntó el aludido desde atrás— ¿En serio, Leah? Creí que tú y yo éramos aliados.

—Y lo somos... la mayor parte del tiempo. Pero ahora ella necesita mi apoyo

mucho más que tú... Majestad.

—Como vuelvas a llamarme majestad vas a terminar en la piscina —advirtió Gaby.

—Hermano —añadió Nahuel—, creo que no llegarías ni a dar dos pasos antes de sentir la venganza de mi adorable mujer.

—¿Crees que el niño será un weretiger? —preguntó Danny a su cuñada.

—¿Y por qué no iba a serlo? —contestó Leah— Los genes de los Bruce son muy fuertes, estoy segura de que será una bolita de pelo, igual que Mikael.

—¿Pero y si no es así?

—¿Qué te preocupa, cariño? —preguntó Gabriel pasándole el brazo por los hombros.

—Si el niño es humano, mi edad no tendrá que amoldarse a la del niño y envejeceré mucho más deprisa que tú.

—¿Eso te ha dicho este pelmazo? — preguntó Yvaine acercándose del brazo de Blake—. Tu vida no se amolda a la de tus hijos, Danny, sino a la de tu compañero. Nosotras moriremos el mismo día que ellos lo hagan, es uno de los muchos errores que cometió la bruja que les maldijo.

—Eso no es lo que nos contó mi madre —protestó Gaby.

—Lo descubrimos en los archivos familiares cuando estuvimos investigando sobre los renegados —contestó Yvaine.

—Esta noche estará todo preparado para que digas tus votos, hijo —dijo Blake.

—¿Esta noche? —preguntó Danielle sin comprender.

—¿No te lo he dicho? —rió Leah—. La gran ceremonia escocesa es esta noche.

—Pero no tengo vestido... Yo...

—No te preocupes por nada —la calmó su cuñada—, yo me encargo.

Cuando las primeras luces de la luna llena entraron en la habitación, Leah colocó el velo sobre la cabeza de su cuñada. Había arreglado su vestido para Danny. El vestido de novia típico escocés estaba formado por tres piezas. La parte de arriba estaba formada por un corsé sin mangas, imitando el plaid de la familia Bruce. La falda blanca, estrecha por las caderas, se abría en una cola de dos metros de largo. El conjunto se completaba con un abrigo blanco largo, entallado, con los colores de los Bruce por el forro, el cuello y los puños.

Danielle se miró en el espejo sin apenas poder respirar. Jamás había visto un vestido más bonito, jamás se había sentido tan preciosa como



en ese momento. Su cuñada llevaba un vestido negro de tirantes que disimulaba su abultado vientre con capas de seda que se superponían dándole algo de vuelo. La miró con una sonrisa y le tendió la mano.

—¿Lista?

Gabriel esperaba en el mismo lugar que hacía dos años, pero en el puesto en el que aquella vez estaba su hermano. Estaba nervioso, aunque Danielle ya era su esposa no había pronunciado sus votos weretigers, esos que ligarían sus vidas para siempre. Cuando todas las cabezas se volvieron a ver a Danielle, levantó la vista y tragó saliva. Su mujer estaba preciosa llevando los colores de los Bruce, sonriéndole a través del velo, fijando su mirada en él como si fuese lo único importante en ese

momento.

Cuando ella llegó a su lado, sus primos y su hermano les rodearon convertidos en felinos, y se tumbaron a sus pies, como mandaba la tradición. Había llegado el momento.

—Ambos escogimos juntar nuestras vidas. Yo, Gabriel Bruce, descendiente de Robert Bruce y actual monarca de los weretigers en Nueva York, me entrego a ti, Danielle Stuart, sabiendo que la magia de nuestro amor es caminar juntos. Quiero que seas mi compañera todos los días de mi vida. Mi vida se ha vuelto centro de la tuya, nuestras vidas no son nada si no están juntas. Danny, quédate siempre a mi lado, se mi amiga fiel, mi amante, mi confidente. Yo seré tu compañero incondicional para todos los días de tu vida. Prometo amarte y cuidar de ti, e intentar ser

digno de tu amor. Siempre seré honesto, amable, paciente y fiel, y aprenderé a perdonar. Pero sobre todo, me comprometo a ser un verdadero amigo leal a ti. Te quiero.

Sellaron su promesa con un beso. No sabía qué les depararía el destino en una ciudad llena de seres sobrenaturales, ni si alguna vez serían capaces de vivir en armonía, pero si algo sabía, era que todo sería más fácil teniendo a su lado a una mujer como Danielle.